

GARIBALDI

PUBLICACION ANUAL DE LA ASOCIACION
CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Montevideo 1989 - Año 4

En este número:

✓ LOS PINTORES DEL RISORGIMENTO:
I MACCHIAIOLI
por Carlos Novello.

✓ 150 AÑOS DE LA REPUBLICA
DE SANTA CATARINA

✓ LUCE FABBRI CRESSATTI
- La herencia de Garibaldi en el Plata.

✓ FLAVIO A. GARCIA
- Semblanza de Melchor Pacheco y Obes.

✓ CARLOS NOVELLO
- El espíritu del Risorgimento.

✓ SALVATORE CANDIDO
- Italiani dell'Uruguay ed uruguayanî alla difesa di Roma.

✓ MARIE-JEAN VINCIGUERRA
- Sens d'un itinéraire
- Un prêtre rebelle:l'Abbé Semidei

✓ GUIDO ZANNIER
- Los compañeros de Garibaldi: Jessie White Mario.

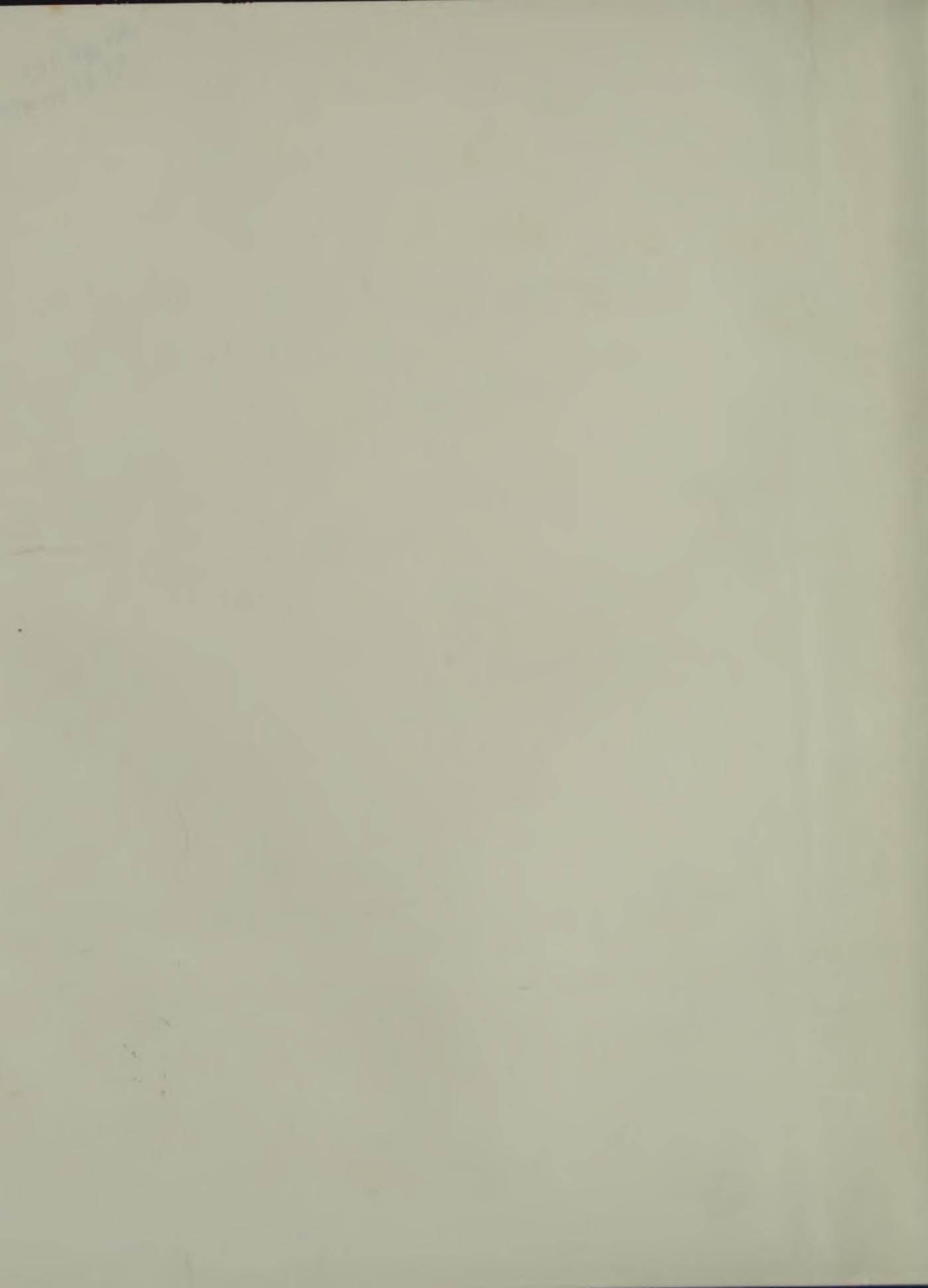
✓ ALFONSO FERNANDEZ CABRELLI
- Participación de los masones italianos en la transformación de la sociedad oriental.

**"Infelici i popoli
che aspettano il
loro benessere
dallo straniero"**
José Garibaldi



XVI-94-2
PPe 043602

1760/2



ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE MONTEVIDEO

Miembros de Honor

Ministra de Educación y Cultura Dra. Adela Reta
Embajador de Italia Dr. Paolo Angelini Rota

GARIBALDI

Director: Prof. Guido Zannier
Redactor Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo-Uruguay

La Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo
AGRADECE

Al Ministerio de Educación y Cultura
A la Embajada de Italia en Uruguay
Al Ministerio de Relaciones Exteriores de Italia
Al Museo Histórico Nacional



por las diversas colaboraciones recibidas, que hicieron posible la actividad
desarrollada por esta Asociación hasta el presente y la aparición de esta revista.

ASOCIACION CULTURAL GARRIBALDIA
DE MONTEVIDEO

Se autoriza la reproducción total o
parcial del material contenido en esta
publicación citando su procedencia.

GARRIBALDI

La Asociación Cultural Garribalda de Montevideo
ORGANIZA

Composición e impresión:
cba s.r.l. - juan carlos gómez 1439
Depósito legal 229.919/89.
Comisión del papel - Edición
amparada en el artículo 79 de la ley
Nº13.349

que los derechos reservados de autoridad autorizada para la impresión y la publicación de la obra
quedan reservados por una Asociación que se dedica a la difusión y al desarrollo de la cultura uruguaya.

“L’assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne’ suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l’indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d’ogni specie. Proverà il potere d’una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d’un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l’ammirazione del mondo”.

Giuseppe Garibaldi (dalle sue "Memorie")

EDITORIAL

José Enrique Rodó escribió en 1904, como prólogo a un libro de Vollo titulado "La bandera de San Antonio", hermosas páginas de las cuales extractamos: "Pero además del Garibaldi universal; de aquel que está tan alto que de todas partes se divisa su sombra veneranda, erguida, como un genio benéfico sobre la esperanza de los oprimidos y el miedo de los opresores, hay el que los hijos de esta parte de América conocemos y sentimos; el evocado gloriosamente en nuestra memoria por el nombre de este opúsculo; el Garibaldi conciudadano nuestro y general de nuestro ejército, el soldado de la inmortal Defensa; el que peleó contra Rozas; aquel a quien recordamos como a un gran viejo de la casa y nombramos con orgullo"

"Una vez que se me encomendó escribir una convocatoria con objeto de que el pueblo de Montevideo adhiriese a la conmemoración anual de la unidad italiana, recordé ya, no sólo lo que Garibaldi representaba para ese pueblo, sino lo que él había representado para Garibaldi".

"Y partiendo de esta indeleble impresión que la grandeza guerrera y moral de la Defensa dejó, como un sello de fuego, en el espíritu del Héroe, y teniendo en cuenta, además, la inmensa parte que a su prestigio personalísimo hay que atribuir en los sucesos preparatorios de la unidad y la libertad italianas, no se forzaría ciertamente el alcance de las relaciones históricas si se afirmara que hubo influencias de la Defensa de Montevideo en el movimiento liberal de 1848, que hizo levantarse a Italia de su tumba; que hubo recuerdos de la Defensa de Montevideo en cada página de la leyenda garibaldina y en las abnegaciones espartanas de Caprera; que hubo plomo de la Defensa de Montevideo en los fuegos de los mil de Marsala, en la campaña homérica de las Sicilias, en Volturno, en Aspromonte, en Mentana; en todo lo que abrió camino al episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reinvindicación de Roma intangible para la Italia una".

Coincidiendo con el sentimiento y las expresiones del gran escritor, y realizando un considerable esfuerzo para que este editorial no se transforme en una transcripción total de las páginas a las que hacemos referencia, recordamos que nosotros permanentemente

estamos mencionando respecto a Garibaldi esta multiplicidad de héroe italiano y de héroe uruguayo y de héroe brasileño, que no es más que consecuencia de su ser héroe universal, por ser un raro y precioso ejemplar de ser humano cuya patria fue el mundo -y él así lo sentía- y su pueblo la humanidad entera.

Lo recordamos nosotros con orgullo "como a un gran viejo de la casa", lo recuerdan los brasileños, especialmente durante este año en que se celebra el sesquicentenario de la instauración de la República Catarinense (1839), en el marco de la Revolución Farroupilha, celebración a la que adherimos fervientemente, involucrando en el recuerdo a esa heroína brasileña y latinoamericana, a nuestra Anita, madre uruguaya y luchadora italiana en aquella tierra venerable donde descansan sus restos junto a los de la criatura que no pudo ser, pero lo recuerdan también en esta parte del mundo, los argentinos, porque admirán en él a un luchador por la libertad que tuvo como compañeros de empresa a muchos de sus conciudadanos que, desde este lado del Plata, enarbocaban las mismas banderas.

Nuestra Asociación es la única en nuestro medio que se dedicó y se dedica a la investigación esclarecedora de los acontecimientos de la gesta garibaldina y de todo su entorno europeo y americano; que hace resurgir a la luz elementos de juicio que dormían en cajones o en estanterías, polvorientos, y que son capaces de permitir una evaluación de aquellos hechos y de aquellos hombres y mujeres, con la serenidad y el desprejuicio con que es posible hacerlo a casi un siglo y medio de distancia, de algunos de ellos.

Esto es factible y tiene más valor, porque se hace en el ambiente de libertad que permitió la restauración de nuestra tradicional democracia.

Desde 1985 hasta la fecha, y esperamos que por muchos años más a través de los jóvenes que, con su libre criterio, saben encontrar los valores permanentes que unen aquellos acontecimientos históricos al devenir de nuestros días, continuaremos por esta senda que nos hemos trazado.

Nuestro estimado amigo, el Prof. Wolfgang Ludwig Ráu, nos hizo llegar, entre otros valiosos materiales, que agradecemos, la hermosa alegoría de la cual es autor, que aparece en la página siguiente, en conmemoración del sesquicentenario de la proclamación de la República Juliana Catarinense. Consideramos de mucho valor el hecho de que Garibaldi figure en la misma entre los principales héroes de la Revolución Farroupilha y entre las autoridades de la República, como el Gral. Bento Gonçalvez, David Canabarro, Bento Manoel Ribeiro, el Padre Vicente F. Dos Santos Cordeiro y otros. Al pie aparece, entre otros símbolos, la casa de Anita, en Laguna, la heroína junto a Garibaldi y una reproducción de su monumento, así como el célebre traslado de los lanchones por tierra, tirados por bueyes. Tenemos el agrado de publicar este interesante trabajo, como una forma más de adhesión de nuestra Asociación a tan fausto acontecimiento.



150 AÑOS DE LA REPUBLICA DE SANTA CATARINA

*Texto de la nota de adhesión enviada por la
ASOCIACION CULTURAL GARIBALDINA DE
MONTEVIDEO a los organizadores de los actos
celebratorios del sesquicentenario de la República
Catarinense, en Brasil, Estado de Santa Catarina.*

En un aniversario tan especial cual es el sesquicentenario de la proclamación de la gloriosa República Catarinense, durante aquellos días de julio de 1839, anticipándose en medio siglo en el camino que luego seguiría el Brasil todo, la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, asumiendo la representación de un sentir tradicionalmente caro a los uruguayos, se solidariza con los hermanos brasileños en tan fausta celebración y adhiere fervorosamente al júbilo que nos es común, porque profesamos la misma fe en los ideales republicanos, de democracia y de libertad.

También nos es común uno de los héroes que hicieron posible aquella hazaña: nuestro Garibaldi, vuestro Garibaldi, el Garibaldi de Italia y del mundo porque defendió la libertad, los derechos de autodeterminación y de igualdad de todos los pueblos del mundo, sin distinción ni discriminación algunas.

También nos es común la formidable mujer que se unió al prócer y lo acompañó hasta el fin, compartiendo las horas amargas y las horas de gloria y de felicidad que les fue dable tener juntos: Anita, heroína brasileña, nacida como un fruto selecto de esa espléndida naturaleza lagunense, madre uruguaya y luchadora en la Italia que la recibió en su seno, joven, muy joven aún, junto con el hijo que no pudo ser. Ella fue una mujer del mundo porque se dio por entero a la causa de la humanidad, es de Italia, es vuestra y es nuestra.

Las ideas mazzinianas que impulsaban e impulsarían las luchas en Italia por la unidad nacional en un régimen republicano y democrático en el cual la libertad no fuera sólo proclamada sino una realidad, se insertaron con suma facilidad en el ambiente patriótico de la Revolución Farroupilha, especialmente a través de la pluma incondicional a esta causa sagrada de Luigi Rossetti, en las páginas de "O Povo", habiendo llegado a ser designado Secretario de Estado del gobierno provisional de la República Juliana.

El Seival, que venció las dificultades a las que no pudo dejar de sucumbir la otra nave garibaldina e intervino en el ataque a la Laguna imperial, es un verdadero símbolo, es como la materialización de una idea que es capaz de vencer cualquier obstáculo –cuando es justa– e imponerse triunfalmente.

Garibaldi estaba presente y jubiloso en la histórica sala del Municipio lagunense cuando Canabarro, el comandante en jefe del ejército de Santa Catarina exclamó: "¡Viva la Nación de Santa Catarina! ¡Viva el régimen republicano!".

El mismo General Canabarro solía decir que "de la laguna de Laguna surgirá la hidra que devorará el Imperio" y así como aquella gloriosa República Romana del '49 necesitó casi un siglo para plasmarse en realidad en la República Italiana de 1946, medio siglo después de aquel 1839 juliano y republicano de Laguna el Brasil comenzaría a recorrer el claro camino que lo iría convirtiendo en el moderno país que es hoy, potencia en lo económico, pero potencia, sobre todo, porque, guiado por aquellos lejanos y permanentes ideales de libertad y democracia en un régimen republicano que vieron la luz del límpido cielo lagunense durante la Revolución Farroupilha, su pueblo es una potencia moral por su humanismo y su fraternidad.

Muchos son los lazos que nos unen a uruguayos e italianos con los hermanos brasileños, pero los principales, creemos, son los ideales que nos son comunes y este concepto común del hombre solamente apto para vivir en libertad.

Estamos junto a vosotros en esta jornada de alegría y de esperanza.

Recibid nuestro abrazo fraternal y un ¡viva! de corazón a aquellos hombres y mujeres que abrieron como precursores el camino que estamos recorriendo juntos hacia un futuro de paz y prosperidad en libertad.

Montevideo, julio de 1989

LA HERENCIA DE GARIBALDI EN EL PLATA

Luce Fabbri Cressatti

En la charla del año pasado cometí la imprudencia de anunciar el tema de esta de hoy, que debía ser: "La prensa italiana en el Uruguay y el gran aluvión inmigratorio".

Como pasa a menudo, el tema, visto más de cerca, se reveló como demasiado denso y complejo para una sola charla, por lo que tuve que reducirlo a un tercio de sus dimensiones primitivas, encerrándolo grosso modo en las dos décadas que van de 1850 a 1870. Le di el título de "La herencia de Garibaldi en el Plata", pues, en el perfil histórico de la inmigración italiana en el Uruguay que estoy intentando bosquejar, las dos décadas que siguieron a la Guerra Grande tienen aún un carácter francamente garibaldino. Hacia la mitad del período en estudio, en mayo del año 1861, los italianos residentes en Montevideo festejaron con entusiasmo el primer aniversario de la expedición "de los Mil", con la que el año anterior Garibaldi había conquistado el reino borbónico de Nápoles y Sicilia para unirlo a la nación italiana en formación.

Hacía solo 13 años que Garibaldi había dejado Montevideo en las postrimerías de la Guerra Grande, y su recuerdo era aún vivo en la ciudad cosmopolita, en la que la colonia italiana era numéricamente la segunda después de la española y todos los extranjeros juntos sumaban una cantidad prácticamente igual a la de los criollos (en 1860 el 47,83%; el 13,10% eran italianos).

El historiador Juan Antonio Oddone nos da noticia de estos festejos resumiendo las palabras insólitamente coloridas con que el cónsul Raffo los describe en su correspondencia diplomática: "En su informe se recrea la impagable visión de un Montevideo nocturno iluminado a gas, conmovido por un desfile barullento de faroles, serenatas y estandartes regionales, mientras en el aire alternaban el estallido de los petardos con la claridad difusa de las bengalas, y la ciudad vieja aparecía cubierta de

banderas italianas que flameaban sobre las terrazas y los balcones, multiplicándose en la bahía sobre los veleros de gran porte y sobre las goletas de cabotaje. Si alguien hubiera subido a la torre de la Catedral -escribe Raffo- creería encontrarse en una ciudad italiana. "Cada una de aquellas banderas señalaba una residencia o una propiedad italiana. Jamás la estadística de nuestros connacionales se presentó en un cuadro pictórico más imponente". (1)

Ahora, a tanta distancia de tiempo, se presenta natural la pregunta: ¿A qué obedecían esos festejos, esas luminarias, esas bengalas? Seguramente ese año, de mayo 1860 a mayo 1861, había sido decisivo en la historia de Italia: iniciado con una hazaña fabulosa que se resumía en el nombre de Garibaldi, al que la mayor parte de los habitantes de Montevideo recordaban, no como un mito, sino como una figura que había sido físicamente familiar en el reducido casco urbano, había sido luego denso en acontecimientos que habían llevado a la unificación de la mayor parte de Italia. Eso era suficiente para explicar el entusiasmo de la población italiana de Montevideo, en cuyo seno existían aún muchos de los combatientes de la Legión Italiana que había luchado en la Defensa y muchos de los comerciantes que habían empeñado en la guerra contra Rosas una parte, a veces considerable, de sus bienes.

El gobierno de ese momento, encabezado por Bernardo Berro, un hombre del Cerrito, debía mirar el pintoresco espectáculo con ojos más bien alarmados, sabiendo, como sabía, que Venancio Flores, hombre de la Defensa, que había combatido al lado de Garibaldi, cuya hazaña italiana se festejaba esa noche, en Buenos Aires estaba preparando una revolución.

A este punto no tenemos más remedio que plantear el problema básico de toda esta vicisitud, el del papel desempeñado por la inmigración italiana en la historia tan agitada del Uruguay y también de la Argentina en la parte del siglo pasado que siguió al proceso de la Independencia. Y en forma especial habría que plantear el problema de la conciencia de este papel.

En la figura misma de Garibaldi se puede estudiar *in nuce* este problema. Su mito empezó aquí, pero nunca en estas tierras tuvo el mismo carácter que adquirió con el tiempo en Italia, donde nadie puede quitarle cierta solemnidad de estatua, mientras su Anita queda en la imaginación como la vemos en el Janículo y la transfiguramos después en el recuerdo, hermosa guerrera a caballo con la espada en el puño y su cabellera de bronce al viento.

Nadie allá puede ver esta casa donde vivió con su hombre y sus niños, de donde salía probablemente a diario para comprar la carne y la verdura para la sopa, de donde Garibaldi salía para dar sus clases de matemáticas o con un libro en la mano para ir a la costa a leer y a echar miradas nostálgicas al mar. Muchos de esos italianos que en Montevideo conmemoraban con luminarias y música el primer aniversario de la más espectacular de sus hazañas y celebraban a la vez la concreción del ideal de la unidad nacional, lo habían conocido personalmente o, al menos, lo habían visto a diario por las calles en el Montevideo de la Defensa; y algunos habían combatido con él en la Legión

italiana. La misma familiaridad con su figura tenían los demás habitantes de Montevideo, con la diferencia de que, para los no italianos, su significación no era nacional, sino partidaria. Había sido un elemento militarmente importante entre la gente de la "Defensa", y "los del Cerrito" lo consideraban un adversario político.

MONARQUIA Y REPUBLICA

En Italia no: sólo algún trasnochado partidario del absolutismo borbónico o algún tradicionalista católico aristocratizante adversario de la unidad nacional y partidario del "ancien régime", podría mirarlo con esos ojos después de 1860. En Italia, por otra parte, Garibaldi, originariamente mazziniano (a tal punto que, en el primer período de su estadía en Brasil, había propuesto a Mazzini que le enviara, como si fuera un jefe de estado, patente de corso para atacar en su nombre navíos austriacos en aguas brasileñas), sin cambiar su posición ideológica básica, se había situado, a su regreso y especialmente a raíz de la derrota de la República romana en 1849, en un plano de realismo no tanto político, como militar y con eso se había puesto fuera de los partidos. La guerra contra Austria era, para él, como para la mayoría de los militantes del llamado "Resurgimiento Nacional" lo primordial y a eso subordinaba la solución de los demás problemas políticos e institucionales, pensando que la unidad entre tantos estados sólo podía hacerse alrededor del más fuerte de ellos; y el más fuerte era el monárquico Piamonte. (2) Así se puso, muy condicionadamente por cierto, al servicio de esa monarquía sabauda que en 1834 lo había condenado a muerte y se sumó a los muchos que gritaban "Italia y Víctor Manuel". Los más moderados y conservadores en esa nueva Italia en formación, lo consideraban peligroso y, si podían, tomaban precauciones contra él; pero no podían declararse sus adversarios.

Mirando las cosas con la perspectiva de los 140 años transcurridos, creo que, desde su propio punto de vista, se equivocaba, y que sus amigos republicanos, como la Jessie White de que les hablaba aquí hace poco el profesor Zannier, y su marido Alberto Mario y Agostino Bertani y tantos otros, tenían razón. Seguramente, si no se hubiera situado en ese terreno, la expedición de los Mil hubiera sido mucho más difícil. No sirve de nada tratar de rehacer la historia cambiando uno de sus datos e imaginando las variantes posteriores: es un juego completamente estéril desde el punto de vista histórico, aunque podría tener un interés literario. Lo que se puede decir, sí, es que esa actitud significó para Garibaldi una pesada responsabilidad, pero que fue acompañada por el más absoluto desinterés personal y lo que es mucho más difícil, por la más completa independencia espiritual. Después de haberse acercado en Nápoles al mundo oficial de la corte para transferir al rey la mitad de Italia por él conquistada (lo que significaba para él mucho más que la renuncia al poder; significaba renunciar, por el momento, a su objetivo supremo: la liberación de Roma), no se dejó absorber ni un día por ese ambiente en que, en ese momento, él tenía derecho a brillar como una estrella de primera magnitud, sino que se retiró inmediatamente, amargado por la empresa trunca y

pensando ya en reanudarla en la primera oportunidad, a su casa de Caprera, donde lo esperaba una vida de pastor y campesino en una isla tan pequeña, que no le permitía olvidar su profesión de navegante.

La década del '50 que en ese entonces se cerraba fue la de sus mayores ilusiones sobre la monarquía y fue la década de su alejamiento de Mazzini.

Después de la expedición de los Mil, sin que tuviera nada que rectificar desde el punto de vista ideológico, pues no su adhesión, sino su acatamiento -que es distinto- a la monarquía había sido una posición estratégica que no lo ataba, se encontró de nuevo en el terreno de la conspiración y de la confianza en la acción popular.

La década del '60 para Garibaldi fue caracterizada por Aspromonte, por la participación en la guerra contra Austria del '66 en la que él conquistó el Trentino para tener que abandonarlo luego por orden del rey y, por fin, por la tragedia de Mentana, esa tentativa desafortunada de conquistar Roma por acción guerrillera. Cuando Roma cayó en manos del ejército monárquico en setiembre de 1870, Garibaldi, que desde 1860 no había pensado en otra cosa que en Roma, no estaba en la brecha de Porta Pía. Estaba en Caprera, a punto de irse a Francia, con el objeto de combatir para una república, para esa república francesa que resurgía sobre las ruinas del Segundo Imperio. Y luego, en su vigorosa vejez, en la última década de su vida, su corazón estuvo cerca de todas las causas que le parecían apuntar hacia un porvenir mejor para todos. "Mi republicanismo difiere del de Mazzini por ser yo socialista" dijo en un reportaje (3). Iba a los Congresos "por la paz y la libertad", fue amigo de Bakunin sin compartir todas sus ideas, defendió a la Primera Internacional de los Trabajadores, con la que estaba de acuerdo en todo -dijo- menos en lo que se refiere a la propiedad privada. Estaba en contra de los ejércitos permanentes y en favor del pueblo armado. Era un hombre de la primera mitad del siglo XIX, formado como Mazzini, en la época del auge del romanticismo, pero trataba de entender los nuevos tiempos. Los que combatieron con él en Montevideo, en Marsala, en Calatafimi y aun en Bezzecca, se dispersaron luego en abanico: algunos fueron oficiales en el ejército del rey, como Médici, otros llegaron a ministros como Crispi y reprimieron movimientos obreros, otros, los más jóvenes, integraron las bandas que, en la década del '70, quisieron repetir, en nombre de la Primera Internacional y del socialismo, la hazaña de Pisacane y la de los Mil. Hay mucho de garibaldino en esas expediciones un tanto alocadas, que, caídos los Borbones, querían liberar a las masas campesinas del sur de Italia de la opresión de los latifundistas locales y de los carabineros piemonteses. Con el fracaso de esas microguerrillas se cerraba el ciclo de las revoluciones del siglo XIX. Los que llevaron a cabo esas últimas "garibaldinadas" eran jóvenes que pensaban haber superado la problemática resurgimental, pues su ideal ya no era la nación independiente y la república, sino la internacional obrera y el socialismo. Pero el método era el del viejo maestro, al que aún amaban.

EL MALENTENDIDO

Luego Garibaldi murió, los tiempos cambiaron y cambiaron las luchas. Esto, en Italia. Pero nuestro tema es el Plata. Sin embargo no se pueden desligar las dos historias, pues hay aquí núcleos de inmigrados italianos, que, a partir de 1870, se hacen masa, quienes traen la problemática italiana, la viven a distancia, a menudo deformada a medida que el tiempo pasa. El problema de la herencia garibaldina aquí es complejo, pues pasa a través de varios filtros, como la política local, los viejos y nuevos inmigrantes, la masonería.

Se puede decir que, ya en el punto de partida, es decir en los años que Garibaldi transcurrió aquí, hay un malentendido. Garibaldi y los italianos que conscientemente lo acompañaron en esto, combatían con la idea de que lo hacían para defender la independencia y la libertad del Uruguay del ataque de una potencia extranjera, gobernada dictatorialmente, que la atacaba por medio de un ejército de uruguayos que se habían puesto a su servicio. Era esta, para ellos, una continuación de la lucha antiabsolutista que la Carbonería y la Joven Italia estaban llevando a cabo en Europa. Con el mismo espíritu habían combatido por la república y contra el Imperio en Río Grande. Para ellos el exilio de los argentinos en Montevideo era análogo a su propio exilio. Y era natural que pensaran así, porque el lenguaje era casi el mismo. Y era un lenguaje sincero. Sólo que las mismas palabras, en contextos distintos, tienen una potencialidad distinta, que la historia posterior se encargará de revelar. Hay pequeños síntomas que preanuncian las diferencias posteriores: Garibaldi admiraba a Artigas al que Mitre, el más joven de esos exiliados, por nacionalismo argentino y por sus ideas centralistas, juzgaba negativamente.

Por eso Garibaldi, que defendía la patria oriental, como del otro lado del Océano defendió la patria italiana, combatiendo, él republicano, al lado de los monárquicos y en beneficio de la monarquía en una posición discutida y discutible, pero que no lo clasificó, aquí fue considerado, desde un principio, hombre del Partido Colorado.

La situación política de la Banda Oriental en la década del '50 era bastante confusa. La mayoría de los inmigrantes más recientes probablemente entendía muy poco de lo que pasaba y se apoyaba en los más viejos, que eran los de la Defensa. Así se encontraban naturalmente encuadrados, aunque un tanto vagamente, en el Partido Colorado, que, por otra parte, era el que había favorecido siempre la inmigración. Todo esto, para decir que, en los festejos por la unidad italiana de ese año 1861 que tanto impresionaron al cónsul Raffo, había probablemente una componente política partidaria. No sé hasta qué punto esas músicas y esas luces no se parecían a uno de nuestros caceroleos de hoy.

LA INMIGRACION ITALIANA DESPUES DE LA GUERRA GRANDE

Con la finalización de la Guerra Grande, se reanudó un modesto flujo inmigratorio italiano en el Uruguay, modesto en cifras absolutas, pero bastante significativo en un

país de población tan reducida, en la que, además, el aporte francés, importante en el período anterior, llegó a cesar casi del todo. Era de todos modos demasiado relevante como para diluirse en la masa criolla, aunque su tendencia natural la llevaba a eso. En todas partes la emigración italiana se ha fundido a través de un proceso rapidísimo con la población local. Pero aquí, en esos años, los recién llegados se incorporaban a una tradición ya formada, aunque reciente, que podemos llamar garibaldina, pues los acontecimientos de la Guerra Grande tiñeron de su color los momentos sucesivos. Esta tradición se mantenía vigente y se iba actualizando día a día, por los acontecimientos que se iban produciendo en Italia y que creaban, aquí donde elecciones y golpes de estado se alternaban con rapidez cinematográfica, algo así como una historia paralela. Las dos historias llegaban a fundirse en las generaciones siguientes en que lo específicamente italiano se iba perdiendo y quedaba solo, junto con un patrimonio de costumbres familiares y folklóricas heredadas, la forma mental democrático-republicana, que se confundía con la mentalidad mayoritaria en el país, reforzándola o, mejor, contribuyendo a reforzar en ella algunos matices a expensas de otros. (Esa química de la mentalidad colectiva ha sido siempre muy difícil de estudiar).

En esa pátina ideológica que caracterizaba a la colectividad italiana en su parte más visible y descollante, incidían en sentido conservador no solo el hecho de que el proceso a través del cual se estaba trabajosamente estructurando la unidad italiana estuviera ya orientado y dominado a esa altura por la monarquía piemontesa, sino también la actitud filomonárquica que había tomado en la década del '50 el mismo Garibaldi. Pero de ninguna manera se perdió el impulso revolucionario y republicano que había llevado antes y volverá a llevar después al mismo Garibaldi a la conspiración y a la acción directa. Se crea, pues, dentro de la misma colectividad, un sordo conflicto que incide en las diversas relaciones que sus distintos sectores van a tener, después de 1860, con las autoridades diplomáticas italianas, que representaban a la Italia recién y parcialmente unida, pero a la Italia oficial de Víctor Manuel II y no a la Italia de Mazzini.

En los últimos tiempos de la Guerra Grande se tuvo noticia aquí de que habían afluido a Génova, tratando de embarcarse, muchos ex combatientes de la República Romana de 1849, de la revolución milanesa antiaustríaca de 1848 y de los otros movimientos populares de aquellos dos años turbulentos y entusiastas, que se habían enganchado en el ejército piemontés para seguir combatiendo contra Austria y que la derrota dejaba desamparados. Eran -dice Salvatore Cándido que ha estudiado el punto (4), "fugitivos y desertores del ejército austro-húngaro, restos de las compañías suizas de mercenarios, desertores del ejército napolitano, ex soldados pontificios, supérstites de las fuerzas voluntarias que habían acudido al llamamiento de Garibaldi, y, entre estos últimos, algunos compañeros suyos de Montevideo". Después del desastre, se encontraban en la disyuntiva de entrar a servir por 8 años en el ejército de la derrotada monarquía sarda, siendo ellos en su mayoría republicanos, o ser entregados, en virtud de los tratados de paz, a su país de origen, con las terribles consecuencias que se pueden imaginar. Para escapar al dilema había que irse lejos. El cónsul general del Uruguay en Génova, José

Mateo Antonini, logró reclutar cierto número de ellos para soldados de la Defensa y enviarlos a Montevideo, sin la autorización explícita del gobierno piamontés, que deseaba liberarse de esos incómodos ex-aliados, pero en este caso, no podía comprometerse abiertamente, por la natural oposición del gobierno argentino con el cual mantenía buenas relaciones y por la oposición más extraña del gobierno español, que temía que el verdadero destino de esos embarques fuera Cuba. Esto hizo que Antonini pudiera enviar menos gente de la proyectada (queda documentado el viaje de 171 hombres). El gobierno uruguayo se comprometía a entregar a cada uno de ellos tierra para cultivar una vez firmada la paz. Ni la prensa de Génova, ni la de Montevideo publicaron nada sobre este viaje que fue semiclandestino por las dificultades diplomáticas ya especificadas. Si hubo otros viajes análogos, las precauciones adoptadas fueron mayores y la historia no se enteró. De todos modos, en la emigración italiana al Uruguay de los años sucesivos, que, firmada la paz que puso fin al decenal sitio de Montevideo, empezó a aumentar y tuvo prevalentemente un carácter económico, cierta cantidad de esos veteranos -en su mayor parte aún jóvenes veteranos- seguramente se siguió embarcando.

Esas sucesivas inyecciones, que podemos llamar resurgimentales, impidieron que desapareciera, en el conjunto de italianos inmigrados, la que se puede llamar "herencia garibaldina", en cuyo seno, como entre los garibaldinos en Italia, la división entre monárquicos y republicanos se iba ahondando, alentados estos últimos por el hecho de vivir en una república y los primeros por la actitud de Garibaldi en ese momento y, naturalmente, por las autoridades diplomáticas italianas. Unos y otros eran anticlericales pues querían a Roma como capital y esta característica que hacía que el pensamiento de Garibaldi fuera considerado subversivo en los países en que el estado era confesional, hacía sentir cómodos aquí a los garibaldinos, especialmente cuando el gobierno estaba en manos de los colorados. Hay que decir que, en los dos decenios que siguieron a la Guerra Grande, produjo cierta confusión el hecho de que entraron en conflicto con la Iglesia los hombres del Cerrito (especialmente Berro) y la revolución colorada de Flores tuvo por bandera el retorno de los jesuítas y la abolición de las reformas laicas de Berro.

A pesar de todo, me atrevería a decir (es una impresión que quisiera profundizar) que hay cierta incomprendión recíproca entre coloradismo y garibaldinismo y que este último nunca fue verdaderamente "colorado", aunque apoyara al Partido Colorado, con el que lo unía la tradición de la participación de Garibaldi a la Defensa de Montevideo, hasta que al final del siglo fue -eso sí- batllista.

Pero la inmigración finisecular constituye una etapa sucesiva de nuestro tema, la etapa del próximo año, en la que habrá que estudiar, además de la continuación de esta veta garibaldina ya sedimentada, el aporte de los inmigrantes italianos al incipiente movimiento sindical. En ese aporte el impulso resurgimental perduraba, pero con otros objetivos, ya no políticos, en el sentido corriente de la palabra, sino sociales.



LA PRENSA

A fines de la década del '50 se reanuda la presencia italiana en el periodismo montevideano inaugurada por Juan Bautista Cúneo con *L'italiano e Il legionario italiano* en tiempos de Garibaldi. Al principio es bastante esporádica. Sale *La Speranza*, diario, en 1859, bajo el gobierno de Pereyra, pero no alcanza a durar dos meses. Cinco años después, otra tentativa, más modesta, pero más exitosa: *Il propugnatore italiano*, que llega a durar 9 meses, de enero a setiembre de 1864, pero sale sólo tres veces por semana.

Se respira en sus páginas cierta atmósfera oficialista, no en relación con el gobierno uruguayo, que era entonces el de Berro en el penúltimo año de su duración, sino en relación con la Legación italiana, que representaba aquí al gobierno del rey Víctor Manuel II. Las correspondencias desde Italia a esta publicación dan amplio relieve a las ceremonias oficiales, a los viajes del rey, a las aclamaciones con que este es recibido.

La orientación del periódico es liberal, anticlerical y, limitadamente a Italia, monárquica. Frente al gobierno uruguayo blanco, enfrentado a una cripto-oposición colorada interna y en guerra con las huestes coloradas de Flores que dominaba en una parte del interior apoyado por Brasil, el periódico adoptaba un tono de obsecuencia intermitentemente irónica, declarándose neutral entre los partidos. Al hablar de la defensa de Paysandú, que aún resistía, elogia el heroísmo de ambas partes a la vez que deplora que haya lucha.

Mientras las autoridades diplomáticas (y no solo las italianas) se inclinan generalmente hacia los blancos por afinidades instintivas de casta, estos periódicos (*Il propugnatore* y la mayor parte de los que lo siguieron) reflejan la posición y los intereses de los miembros más adinerados de la colonia italiana, ex-carbonarios casi todos, en ese momento generalmente masones, deseosos de un orden y una paz que aseguren el desarrollo de sus empresas comerciales e industriales y, por lo tanto, obsecuentes hacia las autoridades constituidas, la Legación y la monarquía italiana, pero, en lo local, inclinados, a pesar de sus declaraciones de neutralidad, hacia el Partido Colorado, pues la mayor parte de ellos había participado de un modo o de otro en la Defensa.

La parte del garibaldinismo que conservaba aquí sus primitivos ideales republicanos no tenía una voz periodística. La tenía, sí, en Buenos Aires, donde salía *L'Italia del giorno*, que ataca al *Propugnatore* de Montevideo, acusándolo de propender por los blancos, de defender a los vencedores de Quinteros y a los vencedores de Aspromonte. Contestan los de *Il Propugnatore* que ellos no son blancos ni rojos, aman a Garibaldi y han llorado por Aspromonte, pero quieren a Italia una y libre, quieren la concordia entre italianos y no van pues a atacar a la *Italia del giorno* por querer la emancipación de Italia "más bajo los auspicios de Bruto que de César". Este era el tono de las polémicas entre monárquicos y republicanos en las colectividades italianas del Plata hace un siglo y pico.

La misma polémica se reanuda algo más tarde, porque *L'Italia del giorno* ha citado

elogiosamente a Proudhon, que recomendaba para Italia una solución federalista. La serie de artículos antiproudhonianos del *Propugnatore* está firmada por Alessandro Pesce.

Il propugnatore italiano cesa sus publicaciones sin aviso (si la Biblioteca Nacional tiene -como parece- la colección completa) el 29 de setiembre de 1864. En diciembre de ese mismo año empezó a salir otra publicación italiana, esta vez diaria, *L' Italia* cuyo director se declaraba republicano, pero aceptaba para Italia la monarquía, porque se inclinaba ante la voluntad de 22 millones de compatriotas, pues esa voluntad mayoritaria significaba que la república en la península aún no estaba madura. En la política local recomendaba la prescindencia ("né bianchi, né rossi, ma bianchi, rossi e verdi"), aun sosteniendo que "los italianos no pueden ser adversarios de los que proclaman sus mismos principios liberales" (n.5 del 20 de diciembre de 1864). Aparte de la declaración platónica de fe republicana y de una neutralidad un poco más inclinada hacia los colorados, la posición es análoga a la de *Il propugnatore italiano*. Como este último, se debe defender de la acusación de los diarios porteños (entre otros de *La nación argentina* de Juan María Gutiérrez) de ser partidario de los blancos y defiende de la misma acusación a la Legación, que en realidad lo era (las simpatías de su jefe Barbolani por el gobierno blanco de Berro han sido ampliamente documentadas por Oddone en el libro en que recoge los informes de los agentes diplomáticos italianos a su gobierno de 1862 a 1915). El diario no: era solo, digamos, prudente, en relación con el gobierno y en relación con la misma Legación. De todos modos, su último número es del 18 de enero de 1865. En febrero, Flores hacía su entrada triunfal en Montevideo. En el período inmediatamente anterior, cuando la invasión de Flores empezó a ser una seria amenaza para la capital, Berro se había puesto de acuerdo con Barbolani para establecer aquí un protectorado italiano con el apoyo de naves y tropas enviadas desde la península. El proyecto no fue aceptado por el gobierno de Turín. A último momento Barbolani ejerció funciones de mediador para evitar que se repitiera la tragedia de Paysandú. Oddone nos cuenta todo eso, basándose en los sucesivos informes que la Legación envía al gobierno italiano y agrega: "La entrada de Flores, recibido con grandes ovaciones por la población extranjera, no es motivo de regocijo para Barbolani, que consigna con indisimulada contrariedad las estrepitosas demostraciones de los italianos, que felicitan al caudillo triunfante con desfiles callejeros precedidos por bandas de música" (5).

Al principio de marzo de ese año 1865 empieza a salir *Il garibaldino*, trisemanario (sale martes, jueves y sábado), que se declara "sin patrocinio diplomático" y por lo tanto independiente, aunque rinde homenaje a Barbolani por su contribución a la causa de la paz en los últimos acontecimientos, llama a Flores "el Garibaldi oriental", evoca la Defensa, se demuestra fuertemente anticlerical. Transa -eso sí- con la monarquía, como Garibaldi en esos mismos años. Hay unos malos versos neoclásicos a la *Camisa roja garibaldina*: "Di Bruto e Cassio/ ti gridan l'ossa/ Salve, o carissima/ Camicia Rossa./ Dalla tirannide/ Vinegia è doma,/ dalle sue lagrime/ consunta è Roma./ Ambe sol sperano/ nel Re e in tua possa./ valorosissima/ Camicia Rossa." ("De Bruto y Casio,

gritan los huesos: Salve o amadísima Camisa Roja. Por la tiranía Venecia está subyugada, Roma está consumida por sus propias lágrimas. Ambas solo esperan en el rey y en tu fuerza, oh muy valiente Camisa Roja).

Otros versos que figuran en el Nº 3 profetizan que la blanca Cruz de Saboya un día se levantará en el Vesubio transformado en itálico Calvario para que de ella cuelgue "no Cristo salvador, mas su vicario" (es decir el Papa), con el Austríaco crucificado a su derecha y el Borbón a la izquierda". El poeta es anónimo y los versos son tan malos como los anteriormente citados, pero expresan bien, a través de una macabra fantasía, el papel que estos ex-republicanos le asignaban al rey en la complicada vicisitud del Resurgimiento italiano. El episodio de Aspromonte del agosto del año '62, en que las tropas del flamante reino de Italia habían combatido contra Garibaldi y un puñado de voluntarios que querían liberar a Roma por acción directa, hiriendo al mismo general que quedó prisionero y expuesto a proceso, no incidió en esta actitud del periódico, aunque es probable que no haya dejado indiferentes a otros italianos de Montevideo, por ejemplo, a esos 129 que se habían organizado clandestinamente en Legión bajo el gobierno blanco para combatir en favor de Flores, aunque demasiado tarde para entrar en acción.

En su segundo número, *Il Garibaldino* publica traduciéndola del diario montevideano *El Pueblo* una carta de Garibaldi a Mateo Magariños Cervantes, escrita antes de los últimos acontecimientos, en que aquel expresa su esperanza en la victoria de Flores. Dice que los italianos residentes en Montevideo son para este último aliados naturales. Lo mismo pensaba -como vimos- la mayoría de los italianos aquí y la redacción de *Il Garibaldino*. Garibaldi respiraba aún, a distancia de espacio y de tiempo, la atmósfera de la Defensa; por otra parte había sufrido mucho (en una carta que le escribió a Sacchi, en Montevideo, el 30.V.1858 (6) -dice haber llorado) cuando tuvo la noticia de la masacre de Quinteros. Era amigo de César Díaz y de Tajes, a cuyo lado había combatido; y junto con estos habían sido ejecutados varios italianos "restos de la Legión de San Antonio".

DESPUES DEL '60

El hecho de que pudieran salir estas publicaciones diariamente o trisemanalmente, en gran formato, era índice de la presencia en el país de una considerable masa italiana. Las cifras de que disponemos no ofrecen ninguna seguridad; su valor es sólo aproximativo. Cándido nos dice (7), sobre la base de documentos diplomáticos, que muchos barcos aceptaban irregularmente en Génova pasajeros con falso destino (por ej., Gibraltar), para desembarcarlos clandestinamente en Uruguay en un punto cualquiera de la costa, evitando así el pago de los impuestos consulares y la presentación de los certificados sanitarios y de buena conducta. Y estos pasajeros no figuran en los anuarios estadísticos que se volvieron a publicar a partir de 1860.

Después de este último año se intensifica la contribución del Sur de Italia (Campania, Calabria, Sicilia) al aflujo inmigratorio, que hasta entonces había sido esencialmente

septentrional (en su mayoría lígur). Alrededor del '60 llega también desde Piamonte (Pinerolo) el núcleo de agricultores protestantes, de lengua francesa, que se establece en la costa del Plata cerca de Colonia. Del '60 al '70 la inmigración italiana al Plata aumenta lenta y constantemente. Ya en 1864, *Il propugnatore* (8) calculaba que iba llegando al Uruguay un promedio de 8000 italianos (incluyendo ticineses) por año. Cada barco -dice- desembarca un tercio de su carga de inmigrantes en Montevideo y los dos tercios restantes en Buenos Aires. (Se demoraba 3 meses de Génova al Plata y el viaje costaba 220 liras). Había Comités en Como, en el Cantón Ticino y en otras provincias del Reino, que organizaban la emigración.

"Es en su mayor parte gente activa, económica, honesta; si bien se dedican a la agricultura solo en la floreciente colonia valdense del Rosario oriental, la horticultura está casi exclusivamente en sus manos, como también el pequeño comercio, la construcción terrestre y naval, el servicio de los puertos, el oficio de pilotos prácticos para los navíos mercantes y de guerra, el cabotaje en unas 1500 embarcaciones..." El diario calcula que desde el '40 a ese año '64, debe haber habido un trasiego de unos 100.000 italianos al Plata. Y agrega "Es constante el aflujo de nuevos Italianos, pero es también rápido, más bien diría precipitado, su desaparecer y confundirse con la población española".

Justamente por esa capacidad de asimilación, fue considerable el influjo de esa masa de personas en el ambiente que los acogía; a través de ellos todo lo que pasaba en Italia repercutía aquí, especialmente, por las razones circunstanciales apuntadas, en el ámbito colorado.

A nivel de las minorías cultas montevideanas este influjo se encarnaba en determinadas personas, que representaban la tradición garibaldina por haber pertenecido al círculo de los amigos de Garibaldi durante la Defensa, como Susini, los Antonini, Massera, el pintor Gallino, Odicini (que seguirá teniendo actuación en terreno médico y en el periodístico y fue el gestor del primer proyecto de Hospital Italiano), o bien llegados algo después como el profesor Luigi Destefanis, que con su cátedra y sus publicaciones dio gran impulso a los estudios históricos. Se trataba en general, de masones. Si en el período anterior a 1850 se hablaba de Carbonería y Joven Italia, en el proceso posterior a esa fecha, que fue para la colectividad italiana de sedimentación y crecimiento, es especialmente activa la reorganizada Masonería. Garibaldi fue masón aquí y tuvo importancia, inmediatamente después, en el resurgir de la masonería en Italia.

Es probable que la Masonería haya dado impulso a la fundación, ya en 1864, de la **Sociedad de Socorro Mutuo de los Obreros Italianos**, aquí en Montevideo. Vimos la vez pasada que Zambeccari, vuelto a Italia desde Brasil, después de haber reorganizado en su ciudad natal, Bolonia, la masonería, fundaba allí, en 1860 la primera **Sociedad obrera**. Aquí, 4 años después, una Comisión de italianos, en la que figuran, entre otros, los nombres de Martinelli, Figari, Ricaldoni, Maggiolo, Podestá, fundan esta mutualista, con el propósito, "inspirado en la caridad, de crear un oasis en el desierto del exilio y un refugio para los afligidos" (*Il propugnatore italiano* N° 2 tercera página). Muy distinto

será el lenguaje de las sociedades obreras que surgieron después, en el período del aluvión inmigratorio, cuando los fundadores fueron los mismos obreros.

Alrededor de 1870, mientras va creciendo el número de italianos, especialmente campesinos y meridionales ahora, que llegan aquí y a la Argentina en busca de un pan que su patria no les puede dar, llega también una segunda oleada garibaldina. Son los republicanos descontentos con la solución monárquica que ha tenido el Resurgimiento, que han combatido con Garibaldi en Francia, como Angel Luisi, o, antes, en la desafortunada tentativa de Mentana. El cónsul francés en Montevideo, Maillefer, escribía en 1867 a su gobierno "Después de la derrota de Garibaldi, 1700 aventureros, sin contar mujeres y niños, nos han llegado precipitadamente desde Génova" (9). En otro lugar Maillefer habla de "la execrable raza de los inmigrantes italianos" (10) refiriéndose evidentemente a los que él llamaba "aventureros", los derrotados de Mentana.

El mundo diplomático, por razones de "nivel social", estaba más ligado -repite- a las viejas familias del partido blanco que consideraban con cierto desprecio a los inmigrantes, a los que en cambio los gobiernos colorados trataban de incorporar.

Poco después de 1870 empiezan a llegar también otros refugiados: junto con los franceses perseguidos por haber participado en la Comuna de París, llegan los obreros italianos y españoles miembros de esa primera Internacional de los Trabajadores que, fundada en Londres en 1864, empezó a ser hostilizada por los gobiernos del Occidente Europeo después del '70. Entre estos también había una herencia garibaldina, pero conflictual. Todo esto pertenece al tema de la charla del año próximo. Hoy me tengo que detener en 1870.

Hasta ahora hemos hablado del color garibaldino de la inmigración italiana, que es substancialmente nuestro tema. Mucho más sutil y difícil sería rastrear la herencia garibaldina en la cultura y en la vida política más propiamente uruguaya, pues se confunde con la herencia de la Revolución Francesa, sobre todo a través de la Masonería, y se reconoce sólo a través de indicios exteriores como las conmemoraciones de Garibaldi y los distintos homenajes a su memoria (estatuas, nombre de calles, etc.) o ciertos hechos típicos; por ej., el haber consagrado el 20 de setiembre, día de la liberación de Roma, como "día del Pensamiento libre" viene de la tradición local masónico-garibaldina. Este vínculo con Garibaldi está denunciado por la falsa creencia, dominante en el Uruguay, aun en los medios cultos hasta después de 1930, de que la conquista de Roma el 20 de setiembre de 1870 fue obra de Garibaldi.

Hay aspectos mucho más profundos de la veta garibaldina en la historia uruguaya. Carlos Rama (11) los ha estudiado parcialmente y nosotros volveremos sobre el punto en la próxima etapa de nuestro estudio, pues tales aspectos emergen en los últimos dos decenios del siglo y son evidentes en forma especial, en la primera fase del batllismo.

EN LA ARGENTINA

En la Argentina, el garibaldinismo tuvo naturalmente un carácter menos autóctono:

aquí en el Uruguay no es solo un fenómeno inmigratorio; es uno de los colores de la Defensa de Montevideo, del sitio de la "Nueva Troya". Por eso mismo, en los períodos en que los hombres de la Defensa o sus descendientes políticos detentan el poder, tiene cierto carácter oficial (está a veces más cerca de las autoridades locales que de las autoridades diplomáticas italianas), mientras que en la Argentina, donde la religión católica es la del Estado, donde los refugiados en Montevideo en la época de la Defensa, amigos entonces de Garibaldi, vueltos a su patria, han tomado distintos rumbos, aristocratizándose bastante, el garibaldinismo ha caracterizado la parte más radical de la inmigración italiana y, en la opinión pública, en la segunda mitad del siglo pasado, significaba rebelión y anticlericalismo. Allá muy pronto el temor y el odio hacia el gaucho se transforma, por idénticas razones, en el temor y el odio hacia el "gringo" en los mismos que habían soñado "civilizar" la campaña con inmigrantes. Ese impulso negativo desde arriba hizo que el "garibaldinismo", cuyos abanderados en la Argentina fueron, por el poco tiempo que duró su vida, Silvino Olivieri y por todo el período que nos interesa, es decir hasta su muerte en 1875, Juan Bautista Cúneo, conservara más que en Montevideo, su originario carácter mazziniano y tuviera un tinte más proletario.

Silvino Olivieri, un mazziniano meridional que había luchado contra Austria en 1848 y luego contra Rosas en la Legión italiana de Montevideo, y, en seguida después, nuevamente en Italia, donde fue detenido, refugiado ahora en la Argentina organizó de nuevo allí una Legión italiana bajo los auspicios cercanos de Cúneo y remotos de Mazzini, que veía en él a un posible nuevo Garibaldi, en un momento en que el Garibaldi auténtico le parecía perdido para la causa republicana.

La nueva formación se llamó Legión agrícola y su cometido en la Argentina iba a ser la fundación de una colonia de agricultores soldados en los límites del desierto. En efecto surgió en 1856 **La nueva Roma**, con ese carácter, en la zona de Bahía Blanca. El fin último, como para la Legión italiana de Montevideo, era el combate en Italia. Empezó a salir una revista de la colonia: *La legione agricola* de la que se publicaron 14 números, hasta setiembre de 1856, cuando la muerte violenta de Olivieri puso fin a la iniciativa. La asistencia a la Legión agrícola y la constitución de células del Partido de acción, de inspiración mazziniana, en la colectividad italiana desparramada en toda la Argentina, fueron en ese período las principales preocupaciones de Cúneo. Mazzini le escribía exhortándolo a basarse en el elemento obrero, naturalmente republicano (12).

Mazziniana, pues, fue, hasta el '70, la parte más radicalizada de la inmigración italiana en la Argentina. Y la gente los llamaba "garibaldinos". El rasgo más acentuado era, como en el Uruguay, el anticlericalismo, que se manifestaba a veces ruidosamente, suscitando reacciones diversas, sobre todo en la parte más católica de la misma colectividad italiana. Los salesianos que vinieron al Uruguay y a la Argentina con miras a evangelizar a los indios de la Patagonia, se horrorizaron al darse cuenta de que multitudes de italianos inmigrantes en las capitales y en la Pampa "civilizada" estaban más lejos de la ortodoxia católica que los mismos indios. Un adelantado de las misiones salesianas, el Padre Cagliero, en 1877, escribía desde Buenos Aires al P. Barberis en

Turín: "Los que deben venir por aquí, si no son hijos de Hércules es mejor que se queden en Europa. Aquí el diablo tiene veinte cuernos y no dos como allá... Aquí hay entera libertad, y los argentinos, o, mejor, los extranjeros, quieren libertad en política, en religión y en las costumbres" (13). Y en una carta a Don Bosco, Él mismo anuncia que allí les querían dar la parroquia de la Boca, "donde -dice- todos son italianos y es llamada por ellos mismos la Boca del Diablo. Y parece que no es sin razón..." (14)

Pascual Paesa, que nos da estos detalles en su libro "El patiru Domingo" (biografía del padre Domingo Milanesio, el principal evangelizador moderno de la Patagonia), habla de la "Bastilla masónico-garibaldina de la Boca". Ese padre Milanesio, en una carta del año siguiente (1878) da cuentas de la inauguración "a son de banda" de una escuela gratuita por parte de los italianos de la Boca. Hubo tres discursos y el primero empezaba con las palabras "Los jesuitas son nuestros enemigos". Y, al disolverse la reunión, alguna voz gritó: "Abajo la escuela de los curas!" (15). El mismo Paesa nos dice que las logias masónicas, traspasando el medio siglo de vida independiente, aumentaron su virulencia. "El ambiente social hondamente católico en la tradición argentina, fue torcido y desnaturalizado. Y las turbas sin arraigo, principalmente garibaldinas, fueron azuzadas hostilmente para demoler los seculares sentimientos religiosos de la nacionalidad" (15). Más lejos, en el mismo libro, habla de los "desechos anarco-garibaldinos alegamados en nuestra tierra" (17). Ese "garibaldinismo" se encontraba entonces también en el Sur argentino. Para documentarse, dice Pascual Paesa, hay que leer las colecciones de los periódicos italianos de Bahía Blanca y Patagones del último cuarto del siglo pasado (18).

Esta denominación de "garibaldinos" con que se conocía a los italianos liberales de la segunda mitad del siglo pasado en la Argentina, tiene probablemente su origen, además que en la propaganda del garibaldino Cúneo y en la tentativa colonizadora del garibaldino Olivieri, en el hecho de que cierto número de los supérstites de la Legión italiana de Montevideo, especialmente de los lígures, fuc a dar a la Boca del Riachuelo.

POR ENCIMA DE LOS PARTIDOS

Pero la herencia garibaldina propiamente dicha no fue tan intensa en la Argentina como en Uruguay, donde Garibaldi es un héroe doméstico, y su recuerdo se vincula a algo más que a una estatua y a un vago mito. Todavía en 1913, el encargado de negocios italiano aquí podía escribir desde Montevideo en un informe oficial a su gobierno, aludiendo a una larga lucha jurisdiccional entre el Gobierno italiano y el uruguayo por una embarcación llamada "María madre": "Naturalmente "gringos" e italianos simpatizan en su mayor parte con los "colorados", que se mantienen desde hace muchos años como partido dominante. Garibaldi se batía por los "colorados"; y su memoria, grata a estos, es cordialmente execrada por los "blancos", quienes, en consecuencia, odian a los italianos. Por otro lado muchos "blancos", después de la sangrienta derrota del partido, se han unido al ala derecha de los "colorados", fundiéndose bien o mal con ellos. Romeu,

por ejemplo –el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto– es un antiguo blanco (...), por lo tanto mal dispuesto (...) contra los italianos. He aquí como el “poncho” de Garibaldi termina por meterse en los nudos de la “María Madre”, o, mejor dicho, de la “María Abuela”, como la llama *El Siglo...*”. (19)

Han pasado tres cuartos de siglo desde esas palabras. Mucha y turbulenta agua ha corrido bajo los puentes. Hoy Garibaldi, pienso que ya no es aquí, como no es en ninguna parte, una figura de partido, o, por lo menos, se encamina a no serlo. Desde que estoy en el país (llegué en 1929), su imagen ha ido perdiendo la clasificación tradicional que tanto me sorprendió al llegar.

Por un lado, su trayectoria ha sido estudiada mejor, adquiriendo también aquí su dimensión internacional, en la que lo circunstancial y local queda absorbido; por otro lado (o, mejor dicho, por eso mismo), su gran impulso de libertad se ha injertado en la ruta grande de la historia uruguaya, que va desde Artigas (al que Garibaldi valoraba en el período del auge de la leyenda negra) hasta la posición antifascista y antinazi de la casi totalidad del pueblo uruguayo a mediados de este siglo y al plebiscito del año 1980, ruta que marca verdaderamente una característica nacional y no partidaria.

NOTAS

- (1) Informe de B. Raffo - Montevideo, 30 de mayo, 1861 en AMAE (Archivio Ministero Affari Esteri) Roma - Legajo: Consolato di Montevideo. 1861 - 68- XV (14), citado en Juan Antonio Oddone. Una perspectiva europea del Uruguay - Universidad de la R.O.U. Facultad de Humanidades y Ciencias - Montevideo 1965, p. 7.
- (2) G. Garibaldi - *Epistolario* - Vol. III(1850-1858) - Ed. Istituto per la Storia del Risorgimento Italiano - 1981 -. En la p. 62 Carta a Mazzini del 28 - 2- 1854 en la que recomienda “rannodare i brani al maggior pezzo di tronco” - y a la p. 202 en el “Programma Italiano” - (Appendice IV) “Il piú forte degli elementi italiani lo credo il Piemonte e consiglio di amalgamarsi a lui”
- (3) Diario *Il Secolo*, Nº del 20-12-1880 (citado en C. Rama - Garibaldi y el Uruguay - Montevideo 1968, p. 40).
- (4) Salvatore Candido - *Prenenza d'Italia in Uruguay nel sec. XIX (1835-1860)* Ed. I.I.C. Montevideo - 1966 - pp. 18 sgg.
- (5) Obra citada en la nota (1), p. 13
- (6) G. Garibaldi “*Epistolario*” (Ed. Istituto per la Storia del Risorgimento italiano. Roma, Vol. III, p. 169).
- (7) S. Candido, op. cit. pp. 15-16.
- (8) Nº 2. Ip. 4^a columna.
- (9) “Informes diplomáticos de los representantes de Francia en el Uruguay” citado en Rama - Garibaldi y el Uruguay - Ed. Nuestro Tiempo, Mont. 1968, p. 98.
- (10) Ibidem - p. 99
- (11) Carlos Rama - obra citada.
- (12) Para todo este período en la Argentina, ver - Alma Novella Marani. El ideario mazziniano en el Río de la Plata. Ed. Universidad Nac. de la Plata 1985. pp. 82-87.
- (13) Archivo de las Misiones Salesianas de Turín, en R.A. Entraigas. El Apóstol de la Patagonia. p. 181, citado en Pascual R. Paesa - El patiru Domingo (La cruz en el ocaso mapuche). Rosario de Santa Fe - 1964 - p. 39.

- (14) P. R. Paesa - obra citada p. 64
 (15) Ibidem. p. 67
 (16) Ibidem. p. 112
 (17) Ibidem p. 114
 (18) Ibidem p. 115
 (19) Juan Antonio Oddone - Obra citada en la nota (1) p. 93.



Por gentileza del Sr. Bruno Vignaga publicamos esta interesante foto de Garibaldi, con su firma y una dedicatoria, que enviará a un amigo suyo de Montevideo llamado Ramón Irigoyen. No tiene fecha. La fotografía, como dice en el reverso, fue hecha por Alessandro Pavia, de Milán, que estaba instalado en Génova, "con diritto di Privativa", en el N° 4 de la Piazza Valoria, donde "da lezioni e vende apparati fotografici a prezzi bassi".

EL ESPIRITU DEL RISORGIMENTO

Carlos Novello

En un nuevo aniversario del 20 de Setiembre, en nuestro país celebramos el Día de la Libertad de Pensamiento o, mejor dicho, el Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento puesto que no hay tiranía que pueda impedir el libre vuelo del pensamiento pero puede, sí, impedir que éste se exprese, que el pensamiento de un individuo se difunda, se transmita, se interrelacione con el de otras personas y de este modo evolucione, crezca, se eleve, elevando consigo a toda la Humanidad.

El pueblo oriental, el pueblo uruguayo, a pesar de los eclipses que hayan ensombrecido el sol de la libertad, es muy consciente de que esa luz no se apaga, de que es un pueblo que no nació para vivir en la penumbra y sabe que a cada ocaso sigue un nuevo amanecer en el que se aprecia más aún, si es posible, el valor de la luz.

No sabemos que en otro país exista un día dedicado a la libertad de expresión del pensamiento, que es como decir un día dedicado a todas las libertades imaginables porque cuando el pensamiento de cada ciudadano, de cada componente de un pueblo, se puede manifestar pública y libremente, es porque ese pueblo es totalmente libre en todos los órdenes de la vida; por tal motivo, nos sentimos orgullosos de que en el Uruguay se valore de este modo el goce de las libertades, a tal punto de dedicarle un día en especial, como hay un día de la paz o podría haber un día del amor al prójimo o un día de la tolerancia.

Este día no se debe dejar pasar por alto y desde que existe la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo lo celebramos y revalidamos su significado profundizando en él.

Nuestros niños deben saber que quien dijo "con libertad no ofendo ni temo", nuestro Artigas, estaba, con tal afirmación, echando una de las bases fundamentales de la ética social de nuestra nación.

Nuestros jóvenes deben darle cada día, a medida que se van haciendo hombres, un mayor valor a esa profesión de fe que exalta la libertad de las mentes y de la acción, libertades que están solamente limitadas por las mismas libertades a que tienen derecho nuestros semejantes.

¿Por qué, entonces, es el 20 de setiembre? ¿Por qué es cuando se conmemora aquel 20 de Setiembre de 1870, que se celebra nuestro Día de la Libertad de Pensamiento? Porque el 20 de Setiembre de 1870 es la culminación de todo un glorioso período histórico italiano, el Risorgimento, durante el cual, a lo largo de decenios, se luchó contra tiranías, contra fuerzas de ocupación extranjeras, contra gobiernos despóticos, por la independencia, por el patrimonio común arrebatado, por la unificación del territorio fraccionado y enajenado, en fin, por la libertad de un pueblo que fue cuna de una de las civilizaciones más importantes del mundo, cuya influencia todavía rige nuestros actos sin que siguiera reparemos en ello, tan natural es en nosotros.

Durante décadas el pueblo italiano luchó sin desmayos. Derrotas y victorias fueron haciendo posible, paso a paso, pero sin interrupción, la ardua y gigantesca tarea.

Todo estaba en movimiento en las mentes y en los brazos italianos para lograr esa finalidad suprema: la insurrección contra el ocupante; los voluntarios; la acción del ejército regular, primero del Reino de Piamonte y luego, del aún incompleto Reino de Italia; la acción diplomática, en fin, que también buscó, por esa vía, un lugar en el mundo para el nuevo Estado.

Garibaldi fue el gran catalizador que supo amalgamar todas esas fuerzas y ponerlas en acción. Fue la esencia misma del pueblo italiano en lucha por su libertad.

Por tal razón ese mismo pueblo casi lo santificó.

Pero fueron fundamentales, también, los teóricos y luchadores como Mazzini, los visionarios dirigentes de la gloriosa República Romana del '49, que, aún con su derrota, se transformó en leyenda y marcó un hito en las luchas por la unificación del país, porque estaba demostrando al mundo la determinación inquebrantable de un pueblo que estaba decidido a retomar su propio camino, a pesar de que debía batirse contra las fuerzas más poderosas y reaccionarias de Europa.

Es esta determinación lo que queremos señalar muy especialmente, porque ella fue, sin ninguna duda, el motor vital que movió aquellas multitudes.

En el orden político y militar se desarrolló esa gran tarea que señaláramos anteriormente, pero es en el orden ideológico que debemos buscar la explicación de ese movimiento que nadie pudo detener, ni con las armas, ni con prisiones, ni con exilios, ni con las mil formas de represión que se accionan contra un pueblo que se encuentra oprimido y quiere ser libre.

La nueva ideología, que se fue consolidando desde el siglo XVIII pero, en especial, desde principios del siglo XIX, debía impulsar en ese pueblo indomable el reencuentro consigo mismo, entroncándose con las formidables tradiciones culturales de esa nación y derrotando las tendencias nihilistas que los invasores y algunos de sus servidores pretendieron imprimirlle; debía valorizar el ancestral sentimiento de libertad y de democracia que algunos podían creer o querían creer dormido en el pueblo italiano, pero que estaba muy despierto.

Muchos fueron los patriotas que, desarrollando un ingente trabajo intelectual, brindaron sus esfuerzos a tales fines.

Podemos recordar algunos de los más conocidos: músicos como Vincenzo Bellini, con su "Norma"; Gioacchino Rossini con su "Moisés" y su "Guillermo Tell" y el inolvidable Verdi, que realzó el sentimiento patriótico en obras como "I Vespri Siciliani", "Nabucco", "I Lombardi", "La Battaglia di Legnano", entre otras; pintores, como los del importantísimo movimiento conocido como de los "Macchiaioli", precursores de los impresionistas, todos ellos hombres del Risorgimento, pero algunos, como Giuseppe Abbati, de Nápoles, el romano Giovanni (Nino) Costa, Giovanni Fattori, de Livorno o el florentino Raffaello Sernesí, participaron directamente en las luchas por la independencia. Escritores como Edmondo De Amicis, que en su famoso "Cuore" buscó no solamente desarrollar una labor educativa entre los niños italianos, que luego se extendió a los niños de muchas otras partes del mundo, en relación al amor y al respeto hacia el prójimo, basados en una actitud de convivencia y de tolerancia, sino que, en forma especial, buscó elevar los sentimientos -los buenos sentimientos-patrióticos de la niñez y de la juventud italianas. En el campo de las letras también encontramos a hombres como Luigi Settembrini que, así como Dante reivindicó a través de la presencia de Virgilio en su Commedia la unidad inalienable de las culturas latinas e italianas, buscó en la historia literaria de Italia -en esa monumental historia que es ya patrimonio de la Humanidad toda- los lazos indestructibles que fueron llevando el pensamiento italiano desde la civilización greco-latina hasta los días de la emancipación resurgimental, que comenzó a restaurar el país verdadero.

Ya en los tiempos de la República Partenopea Luigi Rossi escribía:

D'un dispotico potere
ite al fuoco infami editti;
son dell'uomo i primi dritti
uguaglianza e libertà

Non v'è servo, né signore,
vincitor non v'è, né vinto;
sol dall'un l'altro è distinto
per comune utilità...

Solo il popolo è sovrano;
egli solo ha scettro e brando;
nascer dee dal suo comando
ogni giusta autorità

Y el calabrés Filippo Greco, de Acri, uno de los mejores poetas regionales de la segunda mitad del '800, después de su famosa "Ero corda di liuto/ e m'àn fatto ammutolire", tema y cadencia que parecen haber inspirado a Eduardo De Filippo en su recordada "Io vulesse truvà pace", cantó la libertad exclamando:

Libertà! Libertà! Sopra quei culmini
 fate che io possa adagio respirare!
 in questa putrid'aria
 mi par di soffocare!
 mi pesan queste mura
 come una sepoltura!
 Io grido a te, Signore, questo era il termine
 d'ogni mio grande e nobile ideale?
 Tutto quaggiú è sì piccolo,
 piccolo è il bene e il male,
 perfin l'amor, perfino
 l'odio quaggiú è piccino!

Versos que nos recuerdan las magistrales páginas de Settembrini cuando en sus "Ricordanze della mia Vita" describe las lúgubres prisiones borbónicas.

Y podríamos nombrar a tantos otros...a Silvio Pellico, Alessandro Manzoni, Massimo D'Azeglio a Francesco Domenico Guerrazzi...

Esta era la idea prevaleciente. El arte italiano tomó sobre sí la responsabilidad de difundirla, con su toque mágico, entre el pueblo que fue ávido receptor, y a su vez, estimulador e inspirador.

Ese siglo de lucha por la libertad que fue el siglo XIX en Italia, tuvo su punto culminante el 20 de Setiembre de 1870.

No sólo una Italia unida, sino una Italia libre, era la consigna.

También en esta celebración estamos hermanados uruguayos e italianos, como Garibaldi es héroe nuestro por la libertad y héroe italiano por la libertad.

La Italia que hoy se muestra al mundo justamente orgullosa por el destacado lugar que, desde el punto de vista económico alcanzó a través del trabajo de sus hijos, sabe muy bien que si no hubiera existido un Risorgimento, esto que algunos llaman "milagro" y es sólo trabajo, pero trabajo en libertad, trabajo en democracia, trabajo en justicia, no hubiera sido posible.

Hoy millones de italianos esparcidos por el mundo vuelven felices sus ojos a su madre patria, no porque sea más fuerte, más poderosa o más rica que antes, sino porque aquella semilla de sentir nacional auténtico, medido, entrañable, que se sembró principalmente a lo largo del Risorgimento, generó plantas siempre renovadas que crecen fecundas y mantienen siempre vivo el sentimiento de italianidad que los enorgullece.

SEMLANZA DE MELCHOR PACHECO Y OBES

Flavio A. García

Señora directora del Museo Histórico Nacional, integrantes de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo, compañeros de tantos años de la docencia y de la historia aquí presentes. El tema elegido por la Asociación Cultural Garibaldina es el de "Semblanza de Melchor Pacheco y Obes"; es culpa mía sí, la de haber pretendido alcanzar e integrar este personaje que fue gran amigo de Garibaldi y desde luego uno de los apoyos más importantes que tuvieron durante los primeros veintidós meses del Sitio Grande, Garibaldi y la Legión Italiana.

La deferente indicación en consecuencia que se me ha hecho, por parte de esta Institución organizadora me insta a trazar rasgos salientes de uno de los personajes de la amistad e identificación con Garibaldi y la Legión Italiana: el General Melchor Pacheco y Obes. Intentaré, a través de mis fichas documentales, apenas una selección magra, apuntes y búsquedas historiográficas de la hemeroteca, una aproximación al tema, referido a una de las figuras más singulares y fascinantes de nuestro historial nacional, por 30 años cabales, 1825-1855, multifacética personalidad de primera línea de actuación.

Sus valores afirmativos lo hicieron gravitar como calificado protagonista: militar, político y diplomático, al margen de agudezas y contraluces de su inusitada individualidad, éstos a menudo enfocados diestra o aviesamente por adversarios y enemigos aprovechados en subestimar al hombre y a la causa por él asumida. Pleno de virtudes que proyectó en decidida y dinámica acción; capaz, inteligente, de fecunda imaginación, poseedor de enérgico carácter, temerario valor, especialísimo temple e indeclinable idealidad, en peculiar encuadre de honor, lealtad y genio de exclusiva hipersensibilidad espiritual. Producto indudable de la generación romántica de su tiempo, vivió y actuó en pugna tenaz entre los ensueños de su idealidad y la cruda realidad cotidiana; proclive a la exacerbación de sus sentimientos en el choque de las libertades anheladas y las conquistadas recientemente, ante el rebote de su espiritualismo con la verdad diaria del

medio político y social comprometido por el caos y la opresión ambiente.

Fue desde la adolescencia amigo de Lavalleja y de Rivera; supo acompañarlos y señalar sus méritos, virtudes y divergencias. En momentos gravitantes de la nacionalidad, buscó su prestigio indiscutido por sobre sus falencias para hacerlos encabezar el programa de sus comisiones políticas, para la nueva hora de encauce normal y pacifista sosteniéndolos hasta el fin. A esta somera semblanza de su ser y circunstancias siguen su talento impar, a través de su espada de soldado, de su pluma de hombre de letras y de su palabra de tribuno al servicio pasional de su corazón que latió al unísono de causas y soluciones justiceras en bien de la colectividad.

Su ciclo vital transcurrió entre los años 1809-1855. Su partida de bautismo cristiano está datada en la Iglesia de la Merced de la ciudad de Buenos Aires el 9 de enero de 1809 sin prejuicio de lo cual Pacheco se proclamó y cantó a todos los vientos ser Oriental del Uruguay. Su identificación fue plena y nítida en instancias y actitudes. Cuando en 1854 la "Tribuna" bonaerense lo calificó de gran ciudadano argentino, se apresuró a advertirle: "He llevado por más de 40 años los colores orientales, por honor, por afecto no debo llevar otros". En la situación especial de auto-exilio en que se encontraba entonces abundó: "La Patria es el sólo amor que no puedo olvidar; podrán disputarme mi calidad de oriental, podrá dejar aquel suelo que llena todos mis recuerdos y al que consagré todo el entusiasmo de mi alma pero por nada del mundo llevaría los colores de otro pueblo. Aprecio y admiro la noble nación argentina pero no se olvide lo que uno ha sido durante medio siglo. Si viviera hoy la Roma que fue dueña de medio mundo no cambiaría el título de ciudadano oriental por el de ciudadano romano". El periodista sólo logró excitar su hipersensibilidad habitual e inferirle un gratuito e injusto agravio patriótico.

No quiero entrar en la polémica que a fines del siglo y a principio de éste se entabló en torno a la nacionalidad de Pacheco y Obes pero sí quiero decir que su primer biógrafo y dilecto amigo Don Lorenzo Batlle Grau que escribió su primera biografía, que es preciosa, explica las circunstancias en que apenas nacido él, se enfermó (porque siempre fue un carácter enfermizo pero siempre estuvo presente, sin pedir licencia cuando nuestro país lo necesitó y nunca se enfermó, se enfermaba en los intervalos) y, en consecuencia, enfermo, fue llevado con toda la familia a Buenos Aires y sólo meses después pudo, como se usaba en aquella época, efectuarse el bautismo correspondiente. Fueron sus padres Jorge Pacheco Zeballos y Dionisia Obes, el primero Capitán de Blandengues de recordada actuación en el litoral uruguayo al comenzar la época hispánica, la segunda hermana de Lucas Obes de notoria vinculación histórica en nuestros orígenes provinciales, núcleo familiar que fue su numen y guía educativa dentro y fuera del país. Su infancia transcurrió entre Buenos Aires y su ambiente urbano y el medio rural de Paysandú con el cual estuvo siempre estrechamente conectado por razones sentimentales y de trabajo. En la capital porteña y en Río de Janeiro formalizó estudios liceales y de Humanidades bajo la orientación educativa de sus padres y tíos naturales y políticos maternos. Al sobrevenir el movimiento patriótico de los Treinta y

Tres Orientales de 1825 abandonó las aulas sin el conocimiento familiar, se incorporó al ejército de los "patrias" comandado por Juan Antonio Lavalleja. Es de destacar que pese a divergencias sobrevenientes mantuvo especial amistad con el Gral. Lavalleja hasta sus últimos días. Contaba apenas con dieciséis años y medio de edad y era de apariencia infantil, bajo, rubio, de ojos claros, mirada penetrante y sumamente delgado; evidenciaba ánimo resuelto, e ingenio agudo.

El retrato de Darino que se nos muestra hoy por parte de la Dirección del Museo, ya lo refleja en la plenitud de su vida, con su figura de pequeña cabeza leonina, pequeño cuerpo y alma de gigante. Evidenciaba ánimo resuelto, ingenio agudo y decidido. Se incorporó a Lavalleja y a Laguna en 1825, en setiembre, en la Villa de Mercedes en calidad de voluntario. De inmediato, recomendado por su padre a Lavalleja, pidiéndole que no dijera nada al chico, que había vendido todos sus útiles para incorporarse a la revolución, a los 16 años, lo pusieron de Distinguido en el escuadrón de Milicias de Caballería entre los ríos Yí y Negro. Luego fue Alférez en la plana mayor y ayudante del Coronel Julián Laguna, y de Lavalleja en el ejército de operaciones; participó en la reducción de los Dragones orientales y Milicias de Paysandú. Hacia fines de 1826 obtuvo el grado de Teniente Segundo. A esta altura se casó. Se casó siendo un postadolescente, en 1826, en Paysandú, el 10 de noviembre, con la hija del Coronel Faustino Tejera, Dionisia Tejera, nacida en Canelones en 1812. El joven matrimonio de adolescentes, había de ser disuelto legalmente sólo con el fallecimiento de la señora en la misma ciudad de Paysandú en 1849. Del mismo tuvieron como único vástagos a Máximo Pacheco Tejera. Sólo en 1853, viudo y con la vida en un hilo, Pacheco y Obes se decidió a contraer enlace con Matilde Stewart, su admirada amada por más de una década, la romántica ensoflación a la cual le ha dedicado páginas poéticas y en prosa de corte romántico, habituales en las gentes de aquellos momentos.

Estuvo en Ituzaingó con el grado de Teniente Segundo en el Escuadrón del Regimiento de Milicia de Paysandú y ascendió a Teniente 1º. Pasó a la Comisión de Servicio de la Provincia Oriental, estuvo en 1828 en el Cuartel Gral. de Durazno, en la Comandancia Gral. de Armas; en el 29 luego de una breve actuación bonaerense fue promovido a Ayudante Mayor. Al restablecerse la paz se le otorgó un empleo de Capitán. Radicado en nuestro país, una vez constituido nuestro Estado, estuvo al mando de la 4^a Compañía del Batallón de Infantería del Coronel Quintero como Capitán de Caballería. Ya alcanzamos el año 32 en esta primera síntesis militar que realizó del personaje tratando de buscar su integración luego cronológica a través de todas las otras capacidades que lo distinguían. Se graduó de Sargento Mayor en 1834 a la orden del Coronel Raña. Por disposición del Presidente, terminadas las revoluciones lavallejistas pasó al Ministerio de Hacienda y ya empieza su período de hazañas.

Entre otras circunstancias, lo vamos a ver como agente de enlace en la Ciudadela para la contrarrevolución que se va a efectuar en una de las revoluciones. Al año siguiente el nuevo gobierno le dio de baja por resultar "sobrante" y no alcanzar su tiempo para la reforma militar. En la fratricida disidencia que siguió, se mantuvo al margen.

Volvió a la actividad una vez producida la renuncia del Presidente Oribe. A fines de 1839 entró como Sargento Mayor destinado a la Comandancia General de Armas. A partir de 1840 revistó en el Estado Mayor General como Teniente Coronel. Luego de diversas comisiones en el invierno del 42 Rivera le confía una misión confidencial y secreta ante las autoridades de la provincia brasileña de Río Grande do Sul. El 30 de octubre el Presidente Rivera, en ejercicio del cargo de Jefe del Ejército de operaciones en campaña le otorgó el cargo de Coronel. En preparación para la campaña de Entre Ríos, en ese momento, Rivera le asignó la comandancia militar y la jefatura política del Departamento de Soriano; aquí es cuando va a conocer a Garibaldi, en Mercedes. En ese cargo desarrolló una gestión extraordinaria que serviría de invaluable apoyo al ejército derrotado en la Batalla de Arroyo Grande, entrerriano, al mando de Rivera en 1843. Desde el momento en que efectuó el enlace con las fuerzas de retroceso hacia Montevideo, Pacheco y Obes se constituyó en hombre fundamental de su Defensa.

En el decurso del Sitio Grande se desempeñó como Ministro de Guerra en el Gobierno presidido por Joaquín Suárez durante el período de febrero del 43 a noviembre del 44. Al tiempo que ejerció su comisión en el 44 y la última fecha mencionada en el cargo de Comandante General de Armas de Montevideo no dejó de atender también el despacho de Ministro. Desde tan elevados cargos fue nervio y alma de la Defensa; su espíritu creativo prevaleció y dio la nota dominante, hasta que un incidente inesperado precipitó una alta renuncia y alejamiento al Brasil. Al cabo de un año se le llamó nuevamente para hacerse cargo de la Jefatura de la Primera División del Ejército organizada con fuerzas de la guarnición de Montevideo. Es de notar que ascendido a Coronel Mayor en ese momento desechó los despachos respectivos. Sobre vino una situación harto conceptual y sumamente confusa al producirse el regreso de Fructuoso Rivera lo que precipitó un nuevo alejamiento y más prolongada y penosa permanencia esta vez en el Brasil, en la que sufrió muchísimo; hizo múltiples trabajos, incluso fue fabricante de vinagre. Volvió en el 48 y en el 49 volvió a Montevideo y cumplió una misión extraordinaria ante el gobierno francés, que realizó acertadamente, nombrándosele miembro de la Asamblea de Notables. Mientras tanto, en el interín, tras su regreso, se le confirió un cometido complementario en París, que culminó lúcidamente ante las nuevas circunstancias de finiquitación de la Guerra Grande.

Pacheco regresó a Montevideo luego de la caída de Rosas. A su paso por Río de Janeiro cambió ideas con el Gral. Rivera, que se encontraba allí, sobre sucesos políticos y circunstanciales. Los acontecimientos de 1853 lo llevaron a ser el jefe de Estado General Mayor del Ejército y a constituirse en factotum del triunvirato que debían integrar Lavalleja, Rivera y Flores. Renunció al cargo de Jefe del Estado Mayor el 26 de octubre, es decir: al mes, demostrando su desapego y su desinterés en ese sentido por esos cargos y desecharlo toda ambición. Producida su baja, del ejército en 1854 volvió al exilio voluntario porteño a principios de 1855 donde habría de fallecer en el mes de marzo.

Retomando su época juvenil he de señalar su intelectualidad que supo aunar en sus

funciones militares con eficacia secretarial y civilista. Fue estudioso y permanente lector, pleno de ideales que cantó con Adolfo Berro en versos a la paz de América. Un escritor y un periodista que siguió desde "El Talismán" con Juan M^a Gutiérrez los nuevos rumbos literarios liberados por Juan Bautista Echeverría y un elocuente orador, sin perjuicio de trabajos campesinos que supo manejar con provecho. Cuando estuvo de baja del ejército era transportista de ganado y con eso pudo vivir eficazmente. Sobrevenido el conflicto platense y la guerra contra Rosas: En 1842 Rivera lo llamó para confiarle esa misión secreta de que hablamos ante el Estado brasileño de Río Grande do Sul. Se conserva parte del diario de viaje, íntimo, de su gestión confidencial, espejo de su alma, de su estado emocional, de sus valores literarios en prosa y en verso, entre los que se destaca la descripción geo-social de la República Farroupilha en la zona de Alegrete y la semblanza del Ministro de Guerra y Encargado de la vice-presidencia riograndense, el Coronel Mariano José De Matos. El resultado fue el envío de un destacamento de tropas gaúchas en refuerzo del ejército de Rivera que no alcanzó a incorporarse a sus filas al producirse el desastre en Arroyo Grande. Yo no sé si se ha podido comprobar la existencia en nuestros archivos de este diario porque solamente una parte es la que nos reveló Don Raúl Montero Bustamante.

El Coronel Pacheco tomó posesión de la Comandancia y Jefatura de Soriano en completo desgobierno. El acierto de su plan de acción fue inmediato, organizó las milicias que elevó a un número considerable de integrantes, supo elegir las personas indicadas para la imprescindible organización, supo hacer comprender a los indiferentes y a los desafectos al gobierno, a los preocupados solamente en sus bienes materiales en qué consistía el interés nacional, merced a proclamas, discursos, iniciativas, a sus poderes de convicción, de su presencia directa donde fuese preciso. Envío entregar los proyectos que impulsaron los elementos de riqueza y engrandecimiento territorial tendiente a la seguridad y garantía de los criadores, labradores e industriales. Regularizó la administración haciendo visibles los beneficios del orden y el goce de los derechos. Abrazó el conjunto de sus deberes; favoreció la enseñanza pública, el arreglo de los pasos y caminos, se ocupó de hermosear la Villa de Mercedes, crear comodidades a su población, construyó veredas, alumbró sus calles y puso el empleo de carros de higiene y limpieza pública para lo cual solicitó y obtuvo la imprescindible cooperación vecinal.

A su impulso se redujo considerablemente el núcleo de habituados a vivir al margen de la sociedad, alzados y refugiados en los montes desde donde hacían sus correrías y depredaciones. Creo que este episodio de Mercedes es el laboratorio, el antecedente y la palanca para las realizaciones inmediatas que tuvo que enfrentar en el Sitio Grande.

A la par, realizó los aprestos militares correspondientes a su jurisdicción en estrecha colaboración con el Ejército Nacional. El 8 de diciembre de 1842 empezó a enterarse de la desgraciada acción de Arroyo Grande en los campos entrerrianos y tomó una composición de lugar que lo consagraría en nuestro historial. Advirtió el caos que se presentaba ante la invasión que iba a asolar el país. La mayoría de los departamentos se mostraban inermes, sin organización militar adecuada, sin recursos y sus gobernantes

sin posibilidades mayores de remediar la comprometida situación. El Coronel Pacheco ante el espanto y la postración iniciales, tuvo el envidiable saber y el raro ascendiente de cambiar la situación de desaliento, en renovados bríos y esperanza excitando la abnegación y el civismo. Por de pronto el propio pueblo de Mercedes y sus familias suministraron y cosieron uniformes y ropas para sus fuerzas; sus talleres se convirtieron en maestranza, armería y parque. En ellos se construyeron carros, trabas de campaña para hacer y componer armas, carroajes y municiones. Requisas rigurosas colectaron cuantas armas existían; amigos y comerciantes facilitaron fondos. Sin distinguir ricos ni pobres, concretó el enrolamiento para el servicio activo a partir de los 14 años, en tanto que formó la milicia pasiva con los de más de 50 años. Efectuó la formación de un batallón de infantes de gente local; sumó a sus filas los dispersos del ejército. Es en este momento en que conoce a Garibaldi en Mercedes. Además, autorizado por la ley suprema de la propia conservación se anticipó al cuerpo legislativo montevideano y decretó la libertad de la esclavitud, convirtiendo en hombres libres a sus hombres, imponiéndoles el deber de la defensa nacional. Se mantuvo en activísima correspondencia con los departamentos próximos, sus militares y gobernantes comunicándoles eufóricamente su patriotismo exaltado, trasmítiendo a todos su optimismo y condición triunfal, lo mismo que haría luego en Montevideo.

Batlle en su biografía nos dice que Pacheco conservó hasta su muerte un recuerdo tierno de afecto e interés por Mercedes y el Departamento de Soriano porque fue la cuna de su gloria y allí por vez primera repercutió su palabra sonora y simpática invocando Patria y Libertad. Con su división de más de 800 hombres disciplinados y marciales se incorporó, en el Paso de Villasboas, al grueso del ejército infundiéndoles su ejemplo y decisión. Se convirtió en consultor ineludible del Gral. Rivera y animador incansable de la resistencia a la invasión; prodigó su palabra recorriendo los cuerpos en elogio de los valores del soldado oriental, rememorando su gesta patria e independencia y prediciendo que la injusta agresión sería vencida, como las precedentes, inculcando orden, moralidad, fe y entusiasmo por la causa patria.

A su llegada a Montevideo Pacheco fue recibido calurosamente; la prensa lo saludó esperanzada en su talento administrativo, militar y patriótico en la apurada emergencia. El conflicto platense entró, ante el asedio Oribe-Rosista a partir de febrero del 43 en el período del Sitio Grande, 1843-1851.

La participación de Pacheco y Obes fue decisiva en los primeros 20 meses, en su calidad de componente, del Ente Gubernamentivo. Fue Ministro de Guerra y se constituyó en alma mater y factotum de la defensa. Los decretos, las proclamas, las arengas se sucedieron, breves, conminatorias, elocuentes; asignaba y aterrorizaba. En sus escritos se mezclaban la belleza y el sentimiento trágico, en el mismo arrebato hablaba de la gloria y la ignominia, de la vida y de la muerte. Sus palabras y sus gestos tuvieron virtud de creación. Dinero, armas, pólvora, cañones, arreos, uniformes, murallas, baluartes, trincheras, legiones, hospitales, cuarteles, escuelas, brotaron de la nada, como por arte mágico.

Con la voz y la palabra el Ministro estaba en todas partes, en el Consejo de Gobierno, en las murallas, en los combates, en las avanzadas, en los puestos de escucha en los campos de batalla, en los buques de la escuadrilla garibaldina, en los templos, en los hospitales de sangre, en las escuelas, en los hogares de huérfanos, en las redacciones de los diarios, en los torneos donde se formaban poetas mientras sonaban los cañones del sitio y también debía estar aquí en esta misma casa donde Doña Bernardina presidía la Comisión de Damas Orientales que cooperaba con el gobierno. De esa manera pudo formalizar una particular dictadura ministerial que involucró una cabal y victoriosa resistencia. Los dos rasgos que más me atrajeron del personaje cuando empecé a estudiarlo y a vibrar con él fue: el primero, la renuncia de su propio nombre para una embarcación, una cañonera; había dispuesto que se armaran cuatro cañoneras y a una se le puso el nombre de Joaquín Suárez, a otra el de Santiago Vázquez, de otra no me acuerdo, y a otra se le puso el nombre de Pacheco. De inmediato, cuando le comunicaron la orden dijo: "Vamos a ponerle a la cañonera que ustedes denominan Pacheco, Libertad". El otro rasgo ocurre mucho después, allá por el año 50 o 51 cuando se constituye en uno de los adelantados del aire: sobrevoló en globo, en un aerostato París. Los vientos lo llevaron más al Norte y fue a caer, a descender, allá en uno de los puentes del Marne.

En tanto el ejército invasor del Gral. Oribe avanzaba hacia Montevideo, las murallas de la ciudad se levantaron como por ensalmo, los viejos cañones castellanos fueron desenterrados y montados sobre carenadas y cureñas, coronando las explanadas del recinto, todos los hombres hábiles de 15 a 50 años trabajaban en las obras de fortificación y en la maestranza o hacían ejercicios militares, guardias en los cuarteles, en los puestos avanzados. Mientras los hombres vigilaban en las murallas, arma al brazo, en los hogares se cosían ponchos, camisas y uniformes y los niños hacían tiras para los hospitales y cartuchos y tacos para los fusiles. Claro que no se detuvo ante nada ni ante nadie cuando se trató de la defensa. La ley marcial suspendió las garantías individuales, suspendió y limitó el derecho de propiedad y las relaciones jurídicas entre las instituciones y los individuos; dispuso que los bienes públicos y privados estuvieran bajo su fiscalización, organizó el trabajo a su antojo, convirtió los hogares en talleres donde las mujeres cosían para los combatientes.

Se abocó al conocimiento de las causas, juzgó y sentenció en última instancia, invadió el foro eclesiástico, apostrofó a los diplomáticos y jefes de escuadras extranjeras, habló de poner grillo a los propios jefes del gobierno; creó una singular dictadura ministerial. Cuando hubo necesidad de fondos los exigió en forma conminatoria a los ciudadanos. Clasificó a todos de acuerdo a sus bienes y fortunas, y les fijó de antemano la cuota de contribución y envió notas y circulares que más que pedidos eran amenazas. Cuando fue preciso acuñar moneda requisó los ornamentos de las iglesias; las vajillas y joyas de las familias y con ellos alimentó los crisoles de la casa de la moneda. Más tarde, fuera ya del gobierno exigió que se examinaran las cuentas de su administración "yo he violentado a los ciudadanos para exigirles oro y sangre que aplicar a la defensa

de la Patria". Pidió que para juzgarlo se formara un tribunal con sus propios enemigos. Antes había declarado que, si se probaba que él había obtenido ventajas en el gobierno consentía en ser declarado infame.

La organización del ejército de la Plaza tuvo momentos épicos: la entrega de las banderas a los regimientos fue uno de ellos. Tal vez a lo Napoleón, se dirigió al altar de la Patria, aproximadamente a la altura de lo que es hoy Plaza de Cagancha, que había sido erigido frente a la línea y donde se hallaban las banderas custodiadas por la guardia de honor y las distribuyó teatralmente entre los jefes de los regimientos. Empezó por el Batallón 1º que era de las guardias nacionales con el Coronel Batlle, siguió con el de Labandera, Orgán, Albariño, y con cuerpos de libertos de la Legión Argentina con la infantería, caballería, en fin con toda la organización interna. Todavía no estaban ni los franceses ni los italianos: en ese momento se estaban preparando. Para cada cual tuvo una frase alusiva, inspirada; a los libertos, por ejemplo, les decía "que defiendan con valor de hombres libres, bajo esta bandera que ampara su libertad la independencia de la República que la ha proclamado". Mariano Pelliza en su "Historia Argentina" dice que aquella escena relativamente grandiosa en una modesta ciudad de América, para los que la presenciaban tenía algo de la distribución de las Aguilas Imperiales por Napoleón en el Campo de Marte. El 14 de febrero, a las 5 de la tarde, hasta el anochecer de un día tormentoso 19 de julio se realizaron otras demostraciones equivalentes porque no todos los cuerpos habían podido ser objeto del ceremonial y se prosiguió con el resto y siempre con las palabras conmovedoras y elocuentes de Pacheco y otros intervenientes, en el homenaje y ceremonial que se realizaban en el cual no podía dejar de estar ni Joaquín Suárez, ni Santiago Vázquez ni el Gral. Paz también. En "El Nacional" se decía que a estas arengas sucedían réplicas de los jefes de cuerpos y la crónica establece que el entusiasmo y el clamoreo del pueblo presente infundieron mayor fe en el éxito de la resistencia. En ciertas alocuciones, dice la crónica, se cubrieron de lágrimas los ojos del Ministro de Guerra y la tempestad que avanzaba era como la imagen de nuestra situación actual, que como ella, era precursora de hermosos días de calma y ventura.

Pero fueron siguiendo los días y Casana, Mucio, Molinari, Giuste, Zaroya, Brian, Belendo, propusieron tomar las armas en defensa de la causa a su colectividad; inmediatamente presentado el proyecto a Pacheco, éste lo aprobó. Empezaron con 100 hombres, cuya organización confiaron a Vacarezza y en la noche del 3 de abril se hizo esa reunión de aquellos extranjeros manifestantes en la cual se formaron los vélites permanentes y los legionarios bajo los lemas de "Unión y Fraternidad", "Orden y Humanidad" y desde luego "Muera Rosas". La organización provisoria estuvo a cargo de una comisión compuesta por Garibaldi, Napoleón Castellani, y Pascual Frugoni. Hay que tener en cuenta que en aquel momento, de acuerdo al padrón que tenemos, Montevideo tenía más de 31.000 habitantes; los hombres eran 2.000 más que las damas. Había: nacionales 11.000; argentinos 2.500; brasileños casi 500; norteamericanos 49; otros americanos 76; ingleses 606; franceses 5.324; italianos 4.205; españoles 3.400; portugueses 659; otros europeos 183; 1.344 africanos y, sin patria conocida, alrededor

de 1.000. El 9 de junio ya la gente de la Legión Italiana y la gente de Garibaldi con su escuadrilla en conexión a través de la Bahía, a través del río, participaron en las acciones del Cerro. En la tarde del 11, en plena plaza, Pacheco mandó formar la Legión Italiana y pronunció una encomiástica arenga con esa elocuencia arrebatadora que lo caracterizaba, lo que consta en las memorias de Garibaldi, que lo llenó de inmenso júbilo. También en esos días, poco después del 8 de julio la plana mayor de esas legiones vino a esta casa y aquí al mediodía se entregaron las banderas francesa e italiana donadas por Doña Bernardina. Doña Bernardina fue la madrina de ambas y el padrino fue el Ministro Santiago Vázquez. Salieron los integrantes de la plana mayor de aquí y las llevaron desde luego a la Iglesia Matriz donde estas banderas se bendijeron; la italiana la recibió Mancini que era el jefe en ese momento; habló Missaglia, que no hablaba bien castellano y emitió una proclama en nombre de la libertad, el honor y la civilización y haciendo alusión a ese color negro del Vesubio, en medio; "su color misterioso", decía Missaglia "parece que indicase la orfandad, pero vosotros la haréis fecunda en brillantez, esta bandera es símbolo de luto y de ira". También estuvo la francesa en presencia del Presidente Suárez y todas las autoridades que estuvieron en el altar que se hizo en el frente de la iglesia y habló por los franceses el capellán Desombres que encaró la bandera de su legión como emblema de la civilización, de la humanidad y de la justicia para los pueblos oprimidos que la imploran. El 1º de octubre del 43, ya con más éxitos, aparte de ciertos desajustes y conflictos que se habían producido, los éxitos trajeron nuevos elogios y nuevas arengas por parte de Pacheco. El 1º de octubre había rumores de que los integrantes de la Legión estaban actuando coaccionándose y les dijo, con todo el poder de convicción que poseía: "Lo que ha hecho la Legión Italiana hasta aquí, le asegura la gratitud de la Patria. La Legión Italiana, testigo especial de sus servicios, me complazco en declarar que ha actuado en favor de las armas de la República y merecido el título de soldados valientes y leales amigos del pueblo oriental, por eso en nombre del gobierno y de la Patria les prevengo que no deben continuar en el noble servicio que prestan si a ello no los impulsa vuestra franca, libre y pronunciada voluntad. El gobierno y la Patria, ahora como antes, no quiere que vuestras vidas se arriesguen en su defensa sino así. Los enemigos de la causa que sostengamos hacen saber que algunos de vosotros sólo continúan en servicio porque no tienen una protección que de ello los exonere, yo vengo aquí para probar o desmentir este hecho. Todos los que deseen dejar el servicio pueden hacerlo ahora mismo y retirarse bajo la seguridad de que el gobierno no mirará en ello una ofensa. Antes, agradeciendo lo que han hecho hasta ahora, les concederé la más especial protección, no permitiendo que nadie los incomode o los vilipendie por este paso; nada quiero decir de las cosas, deben decidir las armas que no empuñen en vano los defensores de la República; que cada cual mida los peligros presentes por la magnitud de su corazón; entre vosotros no caben los servidores a la fuerza". Once legionarios dieron paso al frente y entregaron las armas. Siguió otra vibrante alocución por el estilo al comprobar el éxito que solamente tan escaso número había decidido escindirse y seguidamente, desde luego el gobierno y los tres Ministros felicitaron a

Garibaldi y a la Legión por haber tomado la resolución de permanecer al lado de la República aunque ella había quedado sola en la pelea contra la barbarie y el despotismo. Esa era resolución magnánima, digna de los descendientes de los héroes que emprendieron la conquista del mundo para imprimir la civilización romana y de los que abrían altos pensamientos de emancipación social no menos grande. La República no lo olvidará y espera que el triunfo sobre sus enemigos asegurará a los italianos todos los goces de ciudadanos de un país libre y todos los premios que la nación reserva a sus valientes defensores.

La Legión Francesa actuó en determinado momento apremiada por su cónsul y por su gobierno a tener que dejar de usar la bandera francesa si deseaban participar en la Defensa y ocurrió aquel episodio tan conocido: que renunciaron a su nacionalidad y se alistaron igualmente.

No es posible seguir al personaje en su multiplicación de tareas, en su estar en casi todo, absorbente, desgastador, conflictual. Impuesto sin discusión por su eficacia coyuntural, el natural desgaste de actuación, habría de provocar la crisis de la primavera del 44 que habría de decidir su exilio al cabo de un año y nueve meses de gestión. Fue aquel episodio con el Almirante Grenfeld a raíz de que un soldado de su escuadra había pasado a la de Garibaldi y se reclamaba la devolución y viene aquello tan fantástico de que renuncia. No fue nada diplomático, se olvidó de que a veces el silencio es el único camino correcto que le resta al hombre público, encerrándolo en su conciencia. La justicia y los procedimientos internacionales imponían una actitud calma y equilibrada, que es la que tuvo el gobierno, que es la que tuvo Joaquín Suárez y Santiago Vázquez y tuvo que ser desautorizado, porque Pacheco estalló. Acaba de sancionarse por el gobierno un acto que a criterio de él era infame y baldonaría para siempre el decoro de la República y renunció diciendo "Yo no puedo formar parte de un gobierno cobarde, no quiero compartir la responsabilidad de un hecho que reprebo y es el más sucio que conocen nuestros anales" lamentaba que no se le hubiera permitido demostrar que nuestros cañones no son de papel. Fue un desborde, seguramente inmaduro; era muy joven aún, de acostumbramiento guerrero, incontenible, de inesperada ofuscación. El gobierno se vio obligado ante la inconveniencia política de su actitud, pese a sus méritos, desinterés y abnegación, a prescindir temporalmente de sus servicios y aceptar su dimisión.

Vivió el interludio de un año de permanencia en el Brasil, al cabo del cual regresó a Montevideo, llamado para ejercer el cargo de Jefe de la 1^a División del Ejército. Se habían presentado las condiciones que aparentemente hacían posible, imprescindible su presencia, para asegurar con su personalidad la continuidad de la Defensa en esta interminable contienda. En esta oportunidad su permanencia fue prácticamente episódica, al producirse la revolución riverista y el regreso del caudillo en 1846. Tuvo que volver al exilio a Brasil, a Río de Janeiro, doblemente más extenso y estoicamente sufrido que el anterior, a la espera del cambio de circunstancias que permitieran ejercer sus dotes positivas en beneficio del país. En el interín, en Praia Vermelha, compuso en junio de

1847 una memoria explicativa y justificativa de su actuación como Ministro y en descargo de las acusaciones que se le formularon: que había sido abusador, arbitrario, intrigante e instigador contra el gobierno. Afirmó haber sido inflexible en la cuestión capital de la Defensa, haber elogiado o anatemizado en público sin tener nunca en vista afecciones o desafecciones, haber elogiado hasta el último soldado o ciudadano que daba sus servicios a la Patria, haber reprochado a los simuladores que en la hora de los sacrificios no se empeñaban y desplegaban inmensa habilidad para no encontrarse en las avanzadas. En el análisis de su gestión ministerial ensayó cálida autodefensa, al margen de la participación de los demás, que justificó por su prioritaria ocupación organizativa de la Defensa de sustitución de las influencias personales, amistosas o familiares, que quiso reemplazar por la influencia de las instituciones. Quiso que los extraordinarios sacrificios de todo género, luto, sangre y miseria, decía, compartidos por todos e impuestos por las circunstancias fueran en beneficio y salvamento de la independencia y la libertad, procurando la organización y el funcionamiento constitucional. Para que no fuera utópico, son sus palabras, no concedió privilegio a nadie en disgusto de amigos y parientes cercanos y lejanos, por ej.: la familia tenía una hermosa casa en Rincón y Juncal, donde él vivía, y la tomó para hospital de sangre. Actuó con sacrificio personal, en inspección continuada y digna de los valores esenciales de nuestra dignidad nacional; no consintió, en el gobierno, que se hablase de colorados y blancos, que se exigiese sacrificio y persecuciones políticas basados en tales denominaciones. Sin ninguna fiscalización de los millonarios caudales a su disposición salió sin recursos hacia el destierro y aún alivió la situación de los emigrados refugiados en Río Branco. Como militar no había experimentado ningún contraste con las fuerzas a su mando. En fin, consideró que nada debía hacer para sostenerse en los destinos a los cuales había accedido. "Si soy necesario el pueblo me ha de mantener a despecho de todo, si no, que venga otro"; esta posición ha sido una constante en su vida.

Desde luego es discutible y opinable su composición de lugar. Sin margen de flexibilidad, integración y convivencia que le han sido explicablemente adjudicados, cuando menos por inexperiencia y falta de mundo. En la lejanía carioca se mantuvo enfermo y penosamente haciendo múltiples tareas de escaso rendimiento; en el silencio participativo del uruguayo, quería que su trabajo de ventura y decepciones debían brindarse a la Patria en esa forma, hasta su reputación "cuando suene la hora de la justicia ella demostrará que mi tránsito sobre la tierra ha contribuido con el contingente de bien debido por todo hombre a la sociedad".

Lorenzo Batlle tenía dos años menos que él pero formaba parte del núcleo de oficiales que voy a nombrar ahora que se preocupaban de una organización seria y una eliminación de los hábitos caudillesscos; evidentemente este es el momento en que se enfrentan nada menos que a Fructuoso Rivera. En una especie de cónclave que hubo respecto a su destierro en Brasil en el cual estuvo Garibaldi, Garibaldi opinó que la presencia de Pacheco traía una pronta acción sobre el enemigo. César Díaz opinó que con él se intensificarían las operaciones en toda la línea de combate, Tajes no dudó que

era el cambio más favorable para las cosas por su afirmatividad, y Batlle en cambio le dio un alcance más político que militar. Batlle fue el que se preocupó por cartearse con él, e hizo que todos los demás le escribieran a Brasil para que viniera. Aquí hay una correspondencia muy interesante. La guerra y el sitio montevideano en desalentadora prolongación seguían pautando otros rumbos de solución del conflicto platense cuando decidió volver, sin desdecir jamás la causa a la que se había consagrado; militó en la alternativa opositora, en tanto que el Almirante Le Prédour preparaba un tratado con Rosas al margen de los intereses de la Defensa y sin consultarlo, concebido como un alto en las acciones, el armisticio que entonces se logró. Momento preciso en que, el 18 de julio de 1849, se funda la Universidad. El gobierno de Montevideo, excluido de participación, decidió emplear un recurso diplomático que neutralizara las graves consecuencias que significaría su aprobación: una misión ante las autoridades francesas a cargo de una persona capacitada, hábil y leal y de confianza que explicara y sostuviera la significación de su lucha y resistencia comprometida con las nuevas circunstancias. La empresa se confió sin discusión a Pacheco y Obes, indicado como pocos para liderarla. A fines de mayo del 49 marchó a París con su plenipotencia para actuar con el Ministro Ellauri y con el Comandante Juan Pablo Goyeneche Beltrán y el Oficial Juan José Gallardi agregados a la delegación, formando un dinámico equipo y además un chico que en aquel entonces tenía 14 años para 15, Mariano Ferreira, y en todo esto también actuó eficientemente el que iba a ser cónsul uruguayo en París, Lelong, del cual tenemos tan hermoso libro con tan hermosas ilustraciones aquí en el Museo.

Desde el momento en que se instaló en su departamento de la calle Monsigny en París, eso fue el 16 de agosto de 1849, cumplió una febril actividad tendiente a detectar los progresos del convenio Le Prédour-Arana y la propaganda periodística antimontevideana pagada por el rosismo desde el periódico "La Presse".

Estos habían hecho privar la idea que nuestra capital era una ciudad de aventureros, indios y negros, ladrones y marginados, y en esta línea también, apoyando a Rosas y contra la Defensa, estaba la política circunstancial inglesa. En poner las cosas en su lugar puso el intrépido empeño y celo de los días iniciales del asedio oribe-rosista, y a todo el mundo desde los Ministros al Presidente Luis Napoleón y varias veces y continuadamente, estaba en permanente antesala y audiencia. Visitó a los legisladores de la Asamblea General, e interestó a las principales autoridades en beneficio de su gestión; se hizo presente con su pequeño núcleo en todos los lugares de trabajo, actos públicos y ante los personajes intelectuales, artistas y hombres de letras para brindarles la imagen verdadera y la situación dramática de los defensores de su causa. Aquí, sin querer, estamos deformando un poco las cosas porque lo estamos haciendo participar a él sólo; hay que tener en cuenta que esto es un plan combinado con Manuel Herrera y Obes, su primo. Se querían mucho pero estaban siempre en tendencias políticas divergentes. Era Herrera y Obes precisamente, en el ejercicio de la otra política, de la alianza americanista que estaba buscando dilatar los acontecimientos y le decía que no perdiera de ver a todo el mundo que pudiera beneficiar la causa de Montevideo. La

interesada composición de lugar rioplatense, planteada por los adversarios y los aliados rosistas, fue prontamente desdibujada porque evidentemente eran los únicos que escribían en París y todos escribían en contra de la Defensa y en favor de Rosas. Libró una verdadera batalla periodística consiguiendo la publicidad de los remitidos y comunicados de su delegación; inundó París de hojas sueltas y folletos contestatarios y esclarecedores que desmentían las aseveraciones adversarias y convencían de la impropiedad de los planes manejados por Le Prédour. Con su habitual y vehemente elocuencia, no exenta de énfasis romántico y sobreactuación, conquistó simpáticamente la opinión pública parisina, pero no al gobierno. El gobierno siguió su línea política, no lo conmovió ni el gobierno de la Defensa, ni nadie. Las palabras que recibió del Canciller Tocqueville y del Presidente le abrieron un panorama optimista que se apresuró a hacer divulgar en Montevideo. Planteado el tema en la Asamblea quedó hábilmente encarpetado y el objetivo procurado fue conseguido. El Ministro Ellauri escribió eufórico al Ministro Manuel Herrera y Obes: "Viva la Patria, Montevideo está salvado, nuestra independencia está asegurada y los sagrados principios que sostenemos han triunfado". Mucha euforia, mucho entusiasmo para seguir oprimiendo a la gente, que era lo que interesaba. Otras realidades simultáneas determinarían diversos conductos. En tanto la diplomacia de la Defensa conquistaba logros de alianzas americanistas que modificarían radicalmente los nuevos planes de Pacheco y encaminarían hacia una paz platense definitiva. De esta presencia de nuestro protagonista en París resultó la publicación por parte de Alejandro Dumas de su libro "Montevideo una Nueva Troya". El célebre creador de los "Tres Mosqueteros" igualmente asesorado por un guión pachequista puso en él el movimiento dramático, sentido evocativo y soplo de vida inspirado en el historial de la Guerra Grande. Más allá de parcialidades, errores y exageraciones, acostumbrado a su especial literatura, su invaluable testimonio circuló profusamente por el mundo en múltiples formas, ediciones e idiomas de que nos han dado cuenta Jacques Duprey, Ariosto González, José Joaquín Figueira en sus últimos años. Algunos autores han entendido que el propio Pacheco hubo de ser su directo redactor, aún en nuestros días, lo que no condice con los estilos respectivos. Es posible advertir un ensamblaje de ambos escritores a la manera de lo que por aquel entonces se dijo: "la fabrique de romans de Dumas et compagnie". Cabe agregar que la influencia de Melchor Pacheco sobre Dumas es poderosa y transparente. Se le presenta como centro de la obra, como el héroe indispensable, como el insustituible defensor de los intereses nacionales, el partícipe incorruptible, energético, y batallador. Sin él dentro de la novelada relación todo el drama de Montevideo palidece y declina, incluso la imagen, la hermosa semblanza que hace de Garibaldi. Mas Dumas no omite decir que Pacheco conoce también el agravio y la derrota, el desengaño y el ostracismo, la reparación y la injusticia. Pacheco pisó Río en junio del 50 desde la isla de la Libertad. Había cuarentena por la fiebre entonces existente, de la epidemia; efectuó la distribución de la obra a sus amistades. Desde ese momento su divulgación periodística y su traducción al español y al italiano fue intensa, incluso "El Defensor de la Independencia Americana", es decir el periódico del Cerrito,

dedicó nada menos que 20 ediciones a su refutación punto por punto. Indudablemente, "Montevideo, nouvelle Troie" era una obra de propaganda. Angel Floro Costa haría más tarde un elogio encendido del libro equiparándolo al "Emilio" de Rousseau al "Genio del Cristianismo" de Chateaubriand, a las "Palabras de un creyente" de Lamennais o a la "Cabaña del Tío Tom", de Enriqueta Beecher Stowe.

Por encima de su estricto y discutible valor literario, gracias a él supo atónito el mundo europeo, cuando más nos oprimía la cintura de hierro de los tiranos del Plata, que existía en uno de los confines de América un pueblo numantino que fue el taller y la escuela donde templaron sus armas homéricas, Suárez, Rivera, Garibaldi, Paz, Pacheco, César Díaz, Mitre, Varela, Tajes, Lamas, Herrera, Batlle, Marcelino Sosa, Gómez, Flores, Anzani y tantos otros a quienes el destino les había reservado un rol prominente, los unos en ambos mundos, los otros en el continente sudamericano y a quienes todos los pueblos que sirvieron con su genio y con su espada han erigido estatuas en aquel momento, menos nosotros. Tal como lo expresó el cónsul uruguayo, en Francia, Juan Lelong en correspondencia al Ministro Herrera, su misión había conquistado para la causa de Montevideo todas las simpatías de los hombres de corazón y porvenir. Destruídas quedaban las calumnias divulgadas y las preocupaciones que existían contra el gobierno y los habitantes de la heroica ciudad. Desde luego que el gobierno francés acompañó el juego político a sus intereses nacionales e internacionales que aparentemente amenguaron u opacaron estas gestiones, pero finalmente los resultados hablarían. Aquí en esta segunda instancia de su vuelta a Francia, actúa en Río de Janeiro y tiene contactos fundamentales con los brasileños, incluso consigue ayuda económica, porque en Francia el problema de los subsidios mensuales tuvo un severo tropiezo al pretendérseles aplicar presupuestalmente.

Melchor, vivió una segunda instancia de relevante actuación en el otoño del 51 en París, en renovada prosecución de su cometido. Tal vez su gestión más feliz fue su presencia en la Corte de "Assises" de París. Se consideró nuevamente ofendido en forma semi-oficial y buscó y logró la forma de hacerse respetar, ante ese Tribunal: emplazó a Armando Bertin gerente del "Journal des Débats", y Alejandro Thomas redactor y director de la "Revue des Deux Mondes" por difamación y calumnias, a raíz de artículos relacionados con sus gestiones diplomáticas equivocadamente divulgadas. Bertin, Thomas y de Mars estuvieron defendidos por el prestigioso abogado Chaix d'Est Ange y Pacheco y Obes y su edecán Juan José Gallardo que le acompañó asistidos por el destacado abogado Flandhin. En la audiencia, el 14 de octubre de 1851 presidida por Monsieur Zangiacomi, el procurador General Mongis y el jurado pertinente, el propio Pacheco, luego de la defensa de su abogado hizo uso de la palabra en francés, pronunciando una alta alocución de vigorosa y enérgica acentuación, una relación historial de réplica y ampliación que quedó registrada en los anales judiciales franceses y fue recibida calurosamente por los presentes. Los acusados declararon en forma solemne no haberse referido en sus artículos a Pacheco y Obes, lo que equivalía a una retractación y el jurado de acuerdo a la solicitud del Doctor Flandhin estimó que los

prevenidos debían ser condenados al pago de los gastos del juicio. La Corte de Assises del Sena, condenó los periódicos a satisfacerlo. En toda esa época no dejó de gestionar la atención de hombres franceses y recursos prestos a una provechosa colocación. Buscó en el Partido Demócrata Italiano ayuda, cooperación para transportar a Montevideo emigrantes genoveses, incluso de la Legión Monti, entonces en Turquía. Tanto Ellauri, que lo secundó, como Pacheco siguieron en ese sentido irreductibles aunque en ese momento hubo un desencuentro con Garibaldi que no estaba en Italia. Una de las consecuencias de las actividades de Melchor fue el envío por parte del Ministro General D'Hautpoul (Ministro Provisorio de Asuntos Extranjeros) de un Comisionado reservado al Río de la Plata. El emisario fue el Tte. Coronel Gregorio Gaspar Feliz Coffinières. Su cometido tenía el eco de las palabras de sus connacionales y de las de Pacheco al dirigirse a aquel Ministro "Salvad a Montevideo que por su heroísmo y su adhesión a Francia lo hacen digno de vuestro apoyo. Salvad a Montevideo si reconocéis que no podéis abandonarlo sin sacrificar los intereses y la consideración de Francia en la América Meridional."

Mucho más hay todavía para decir de Melchor Pacheco y Obes, de este hombre que no retrocedió ante nada y ante nadie cuando estaba en juego el bien de la Patria, pero el tiempo es tirano, y debemos terminar esta semblanza del polifacético patriota que tuvo como mérito mayor la pasión y la sinceridad que puso en todas las acciones de su agitada vida.

SENS D'UN ITINERAIRE

Marie-Jean Vinciguerra ()*

UNITÉ D'UNE VIE MULTIPLE

La vie de Garibaldi est-elle faite d'aventures ou a-t-elle une unité plus profonde, ce sens qui détermine, impulse, oriente, dessine une vie comme une parabole?

S'agit-il d'une série d'épisodes spectaculaires ou plutôt d'étapes sur un parcours intérieur, un itinéraire, qui aurait sa traduction dans l'aventure politique et militaire?

N'y aurait-il pas un Garibaldi méconnu ou même encore inconnu, qui pourrait expliquer le héros-protégé, l'homme aux visages multiples auquel la légende donnait sept corps: Garibaldi marin, marchand, corsaire, amiral, infirmier, précepteur, maître d'école, guérillero, gaucho, général, maçon, agriculteur, pêcheur, apiculteur, poète, romancier, mémorialiste...?

Une hypothèse apporte une lumière qui peut faire comprendre les aspects apparemment contradictoires du personnage et montrer l'unité de sa vie et de son action, c'est celle d'un "Garibaldi franc-maçon", une image que les historiens ont eu, dans l'ensemble, tendance à refouler, occulter, en tout cas, à placer dans la marge et non pas au centre de son aventure.

Il s'agirait donc de changer la perspective, de déplacer le centre de gravité d'une vie, au moins provisoirement et, de toute façon, d'étudier, de manière privilégiée, les rapports qui existent entre l'aventure intérieure de l'homme et l'aventure historique du personnage.

I - De la légende au mythe

Le jugement porté par Michelet sur Garibaldi: "Je vois un héros en Europe, un seul,

(*) Nos complacemos en publicar en este número de "GARIBALDI" dos trabajos del Prof. Marie-Jean Vinciguerra, Inspector General de la Educación de Francia y un profundo estudiioso del Héroe de Dos Mundos. Confiamos en poder seguir contando en nuestras próximas publicaciones con tan valiosa colaboración.

je n'en connais pas deux. Toute sa vie est une légende" n'est pas seulement l'expression de l'admiration passionnée que portait un historien romantique au héros du Risorgimento (avec lequel l'auteur de "La Bible de l'Humanité" partageait anticléricalisme et idées libérales), c'est un jugement emblématique. Il sera celui de plusieurs générations d'historiens, qui, en racontant Garibaldi, n'ont pas pu oublier les origines de Clio, muse de la poésie épique et de l'histoire. On comprend, toutefois, qu'il ait été difficile aux Italiens de prendre la distance nécessaire à une objectivité (toujours relative) pour analyser et juger l'un des artisans les plus exemplaires, dans ses "dissidenses" mêmes, de l'unité nationale, "le rassembleur des peuples italiens".

La geste du héros éponyme ne put, pendant des décennies, être dite que sur le mode épique, telle une Odyssée ou encore une Enéide des temps modernes.

Avec Garibaldi, l'histoire sacralisée devient une mythologie et une légende (celle que l'on enseigne, que l'on "doit lire" aux enfants). Elle rejoint la célébration des poètes officiels: Carducci, Pascoli, D'Annunzio. Les moindres faits et gestes son bannières et reliques. L'erreur (son appartenance à la maçonnerie fut –et reste encore– considérée comme telle, d'autant plus qu'on la rend largement responsable de son anticléricalisme forcené) chez un tel homme gêne. Aussi, est-elle, le plus souvent, cachée par le manteau de Noé.

Toutefois, le mythe n'est pas seulement italien "Le héros de la Troisième Italie" est aussi "héros de l'humanité". Nos écrivains, Dumas, Hugo, George Sand ont contribué à l'édification et au rayonnement du mythe, ainsi que les Anglais qui ont adoré en Garibaldi un héros romantique paré d'aspects excentriques. Les Allemands ont admiré les vertus du guerrier (même si l'inspirateur de "la guerre du peuple" et de la guerilla n'avait pas été à l'école de Clausewitz et du Comte von Moltke). Garibaldi fut encore, pour beaucoup d'Allemands, une sorte de génie au Sud et de la Méditerranée, aux origines germaniques (cf Speranza von Schwartz).

Par son courage physique, sa "Virtù" (force de caractère sans défaillance), son honnêteté et sa simplicité, dignes de l'antique, le pittoresque et la singularité du vêtement, enfin et surtout, par le foisonnement d'une vie puissante et multiple, l'amplitude du champ de son action dans l'espace et dans le temps, Garibaldi fascina ses contemporains, même ses adversaires. Mais tout cela n'explique pas le charisme de ce personnage hors du commun. Il faudrait, cette fois encore, s'interroger sur ce "charme" qui émanait du héros et qui pourrait avoir également une origine "religieuse".

Ainsi, la sympathie populaire, à travers les écrivains (historiographes, poètes, romanciers) devait-elle gagner les historiens.

Les historiens d'inspiration marxiste (voir, par exemple, le *Garibaldi* d'Emile Tersen), même s'ils se défendent de sacrifier au mythe du héros ("un mythe, c'est bien ce que l'on redoutait! les historiens n'aiment pas cela; le mythe est bien plus déformant que le souvenir, bien plus redoutable que la légende. Il est amplifiable et déformable à volonté..." E. Tersen) reconnaissent la grandeur de l'homme ("de quoi faire - mieux qu'admirer - aimer Joseph Garibaldi - peut-être pas un gran homme - on peut en discuter,

et on en discutera longtemps - mais, dans les limites que lui traçait son époque, au sens plein du mot, un homme véritable").

Or précisément le mythe ne fait qu'un avec le personnage, la réalité de son action ne se distingue pas de sa " gloire ", parce que tel est le sens que, dans le prolongement de sa quête intérieure, Garibaldi a voulu donner à ses entreprises politiques et militaires.

Il devient donc intéressant d'étudier comment et pourquoi le mythe s'est constitué: la genèse du mythe Garibaldi a fait l'objet de travaux de la part de Rodolfo Macchioni Jodi, Romano Ugolini. Le thème du "mythe de Garibaldi" a été également celui du congrès de Gênes, en novembre 1982. Mais, il faut aller plus loin, Nous tenons là une clef de l'aventure garibaldienne: la construction du mythe par Garibaldi comme transposition de sa quête intérieure.

II - La multiplicité des interprétations: richesse des symboles

Les apparentes contradictions "idéologiques", certaines des ambiguïtés du discours politique ou de la "prédication" morale de Garibaldi ont donné lieu à des interprétations très différentes: chacun a voulu avoir Garibaldi avec soi, en faire l'inspirateur et le garant de ses idées, de sa secte, de sa faction.

C'est ainsi que les partis, les plus opposés dans leurs principes et leur objectifs, s'en réclamèrent. Il fut la référence aussi bien de socialistes comme Nenni (qui le revendiqua pour le mouvement social et ouvrier) que pour le fascisme (qui lui emprunta, en les pervertissant, idées, symboles et mythes) ou encore des républicains radicaux (cf Spadolini "I Radicali dell'Ottocento"). Par ailleurs, tout un courant marxiste a cherché à reduire Garibaldi au représentant d'une classe sociale (petite et moyenne bourgeoisie), qui aurait servi les fins économiques et idéologiques de la bourgeoisie italienne. En voulant démythifier l'histoire, les marxistes construisaient, à leur tour, un mythe, qui rejoignait la légende entretenue par les adversaires de Garibaldi, depuis Cavour, Nigra, Mazzini... (Garibaldi perçu et présenté comme le "pion" naïf et dangereux, tantôt des Républicains, tantôt du Roi)... tout le contraire de ce que fut, selon nous, Garibaldi, arbitre souverain et original de son action...

A notre sens, la multiplicité des interprétations, beaucoup plus que la faiblesse doctrinale, du "flou" ou des contradictions de son discours "officiel", vient plutôt de la richesse symbolique de son témoignage dans l'action et par la parole. Garibaldi a refusé d'être un "docteur de la foi" comme les gens d'Eglise: "accenno e non insegnò" ne cessait-il de répéter (voir notamment sa lettre du 4 avril 1876 à Filopanti).

Garibaldi indique et donne sens par le signe (symbole et organisation des symboles dans le mythe). Garibaldi esquisse par le signe la parabole de l'action à mener.

C'est par la vertu du symbole que le message politique et social -et même la conduite militaire - prennent sens et constituent un "corpus" cohérent dans et par sa symbolique même.

Encore une fois, la clef paraît devoir être cherchée du côté de la maçonnerie et de ses

origines les plus lointaines.

En effet, ce qui est particulièrement signifiant, c'est la participation active de Garibaldi à la construction de son mythe et des différentes séquences symboliques qui le constituent et l'organisent. A la limite, Garibaldi, paradoxalement, s'y abolit en tant qu'individu; il édifie des Loges et des Temples profanes qui sont la projection des images symboliques d'une mythologie secrète qui lui échappe en partie.

Oublions une naïveté certaine - qui pourrait être proche d'une certaine "folie" - ou encore l'habileté d'un Garibaldi - qui organiserait la "publicité" de ses entreprises militaires, politiques, idéologiques et la mobilisation de ses troupes, en "dénaturant", dégradant le symbolisme le plus pur d'une mystique en politique - pour chercher à mieux comprendre l'originalité d'un homme, qui semble avoir saisi - avant Sorel - la richesse et l'efficacité du mythe comme force mobilisatrice des énergies morales et spirituelles et donc créatrice d'histoire; un mythe créé en vue d'un progrès moral de l'humanité; un mythe qui devient re-ligion, reliant le passé à l'avenir.

En effet, la richesse des créations (poétiques au sens premier) symboliques (symboles - figures emblématiques - mythes) rejoint celle des mythes les plus mystérieux de l'antiquité (ceux de la mythologie, des religions primitives, des mystères grecs et égyptiens). Derrière l'apparente naïveté des images d'Epinal de la geste garibaldienne, le mythe garde une signification symbolique dont la thématique maçonnique ne saurait épuiser la richesse. Garibaldi a rassemblé et fondu, de façon géniale, les symboles de la mythologie et de la religion grecques, de l'histoire romaine et des mystères païens, pour créer, en plein XIX^e siècle, des mythes focalisant des énergies, confrontés à l'histoire qui se fait, la réfléchissant et la projetant vers l'avenir.

III - Sens de l'aventure garibaldienne

Certes, l'engagement politique fut antérieur à l'aventure maçonnique. Mais si l'action politique a très vite pris un tour "international" (pour ne pas dire universaliste), c'est bien à l'influence, à travers Saint-Simon et Barrault, des idées maçonniques qu'elle le doit.

Or, l'originalité de Garibaldi, à la différence des autres protagonistes du Risorgimento et même de Mazzini, est bien là. Garibaldi se veut davantage le héros des "peuples" que d'une "nation". L'unité italienne est une étape de la marche de l'humanité vers le gouvernement mondial, c'est-à-dire, la réconciliation des hommes et de l'humanité. Utopie, peut-être (et marquée, certes, par le contexte idéologique du XIX^e siècle), mais utopie révélatrice du sens profond de l'aventure garibaldienne.

A.A. Mola a particulièrement insisté sur les liens entre les idées sociales et politiques de Garibaldi et son "esprit maçonnique". Ainsi, c'est la maçonnerie ou mieux, et plus en profondeur, l'esprit maçonnique, qui donne cohérence à l'aventure de Garibaldi, en relie les épisodes dans une unité symbolique. Et pas seulement la maçonnerie du Grand Orient ou du Rite Ecossais (elles le décevront mais, celle plus secrète, la Lumière des

rites primitifs et des mystères païens et égyptiens. Cette lumière sera celle qu'il retrouvera dans les Rites de Memphis et Misraim.

Le mystère de la vie et la mission de Garibaldi s'accordent pour trouver dans cette lumière, foyer et sens.

IV - Difficultés de la recherche

- La conspiration du silence, critiques et persécutions contre la maçonnerie

Tout un climat antimaconnique ("taxilisme"), les critiques sans appel d'un Benedetto Croce conjuguées à l'analyse gramscienne (qui dénonce dans la maçonnerie un lien organique avec la bourgeoisie), les aspects ésotériques de l'association, ses implications avec la politique, tout cela explique que l'on ait eu tendance à ne pas parler de Garibaldi franc-maçon. Même ceux qui l'adiraient ont préféré faire silence sur cet aspect de leur héros et laisser penser qu'il était "folklorique" et ne saurait être considéré comme significatif. Enfin, il y a eu la persécution fasciste, les vingt ans d'interdiction des Loges, la dispersion et la destruction des archives et documents maçonniques.

Malgré cela, des historiens de valeur comme Alessandro Luzio ont commencé même à l'époque fasciste, à défricher un terrain difficile. Depuis, des travaux sérieux comme ceux de Mola et d'Esposito, pour ne citer qu'eux, ont proposé des éclairages nouveaux. Enfin, des œuvres "symboliques" de maçons (significative, à cet égard, celle de C. Gentile: *Garibaldi Gran Maestro dell'Umanità*) ont apporté une contribution précieuse, dans la mesure où elles ont révélé, en quelque sorte "du dedans", des aspects plus mystérieux et ésotériques de Garibaldi franc-maçon.

Les dernières commémorations du centenaire de la mort de Garibaldi ont permis de faire le point, à la lumière des plus récents travaux, sur "Garibaldi Condottiero" ("Garibaldi, generale della libertà", congrès de Rome, 29-31 mai 1982), "Garibaldi socialiste" (congrès de Messine, 3-5 juin 1982), "Garibaldi cent ans après" (congrès de Bergame, 5-7 mars 1982). Certaines interventions ont été consacrées à "Garibaldi franc-maçon" et l'ont ainsi replacé dans un contexte plus large.

C'est dans cette direction qu'il faut aller, aborder franchement cet aspect essentiel de la personnalité de Garibaldi, qui ne saurait être séparé de l'ensemble de sa vie et de son œuvre et qui donne sens à son action.

- "Le secret"

Les secrets de l'itinéraire intérieur de Garibaldi sont d'ordre et de nature différents.

Il y a, d'abord, le secret de la maçonnerie symbolique, secret de l'initiation aux divers grades et secret des travaux en Loge. Sur ce premier secret, Garibaldi est tenu par le serment maçonnique qu'il ne saurait trahir. Les documents que nous possédons et qui sont peu nombreux suffisent toutefois pour nous permettre de comprendre que la maçonnerie symbolique a donné sens à l'essentiel de son action dans le monde profane. Il sera intéressant de poursuivre la recherche et de tenter de rassembler des documents

pour mieux éclairer: l'activité maçonnique de Garibaldi à Montévidéo, à Palerme, à New-York, à Londres.

Enfin, Garibaldi a parcouru un itinéraire encore plus secret - et doublement secret: celui qui l'a conduit jusqu'à la Grande Maîtrise de l'Ordre de Memphis et Misraim, des rites, qui, tout en s'inspirant de la maçonnerie égyptienne, paraissent avoir abrité une action politique plus subversive. On comprend que Garibaldi ne se soit pas expliqué, à notre connaissance, sur ce qui devait être le foyer de ses certitudes les plus intimes et, en même temps, donnait sens à son action et, peut-être, à un combat clandestin.

A cet égard, il faudrait mieux connaître les activités maçonniques de Garibaldi à la loge des "Philadelphes" à Londres, et surtout essayer d'éclairer des rencontres avec des "hommes et des femmes remarquables" comme Paul de Flotte, Helena Blavatsky, Georges Martin, etc..

Enfin, il conviendra d'explorer le territoire du "non-dit", c'est-à-dire le Secret, trésor enfoui comme le corps d'Hiram et qu'on découvre à certains signes.

Los compañeros de Garibaldi: JESSIE WHITE MARIO

Guido Zannier

Nuestra Asociación, que tiene como cometido primario el de promover el conocimiento de Garibaldi entre los estudiosos de las dos patrias del héroe, Italia y Uruguay, ha considerado oportuno ampliar los temas garibaldinos que viene desarrollando, estudiando de cerca algunos aportes a la epopeya de nuestro héroe de parte de los patriotas que lo acompañaron en sus empresas: de ahí la primera parte del título de nuestra charla de hoy: los compañeros de Garibaldi.

Nos referiremos, en esta oportunidad, a una de las más bellas figuras del Risorgimento italiano, que, aunque inglesa por nacimiento y cultura, se integró plenamente a la causa italiana, aportándole una notable contribución de pensamiento y de acción.

Es ella Jessie White Mario, esposa y compañera de Alberto Mario quien fuera en varias oportunidades el brazo derecho de Garibaldi y su jefe de estado mayor durante la fallida empresa de Mentana.

Quien, entre nosotros, ha seguido los varios capítulos del telefilm **Garibaldi, el general**, que se proyectara en nuestra ciudad hace algunos meses y a lo largo de varias semanas, habrá notado ciertamente la presencia de una bellísima dama que cabalgaba con soltura y agilidad al frente de las camisas rojas en el camino hacia Nápoles, que, revólver en mano, logra abrir las puertas de los renuentes napolitanos de la campiña para conseguir sábanas y otras telas con que vendar a los numerosos heridos de la batalla del Volturno, que, ángel de amor y caridad, aparece frecuentemente al lado de los moribundos en los improvisados hospitales situados muy cerca de la línea de combate, que interviene a menudo, al lado de su barbudo esposo Alberto Mario, en los consejos de guerra durante las varias etapas de la expedición de los Mil.

Es ella Jessie Mario, de la que vamos a hablar esta noche tratando de estudiar algunos aportes de esta gentil dama inglesa a nuestro Risorgimento.

Jessie Meriton White Mario nació en Gosport, en Inglaterra, el 9 de mayo de 1832, hija de un modesto armador, hombre de genio no común y de principios liberales, quien

dio a la amada hija una educación y una instrucción esmerada y superior que se inspiraba en los ideales liberales y progresistas de la época.

Cuando la desdicha golpeó a la puerta de los White, la joven Jessie supo valientemente superar la dolorosa situación anímica y material en que había caído y atesorar la única riqueza que le quedaba y que ningún golpe de suerte ya podía quitarle: la cultura de la mente y un corazón que palpitaba para toda causa bella y justa. Los dolores de Italia y el exilio de Giuseppe Mazzini conmovían en aquel entonces a las clases cultas inglesas y el corazón de Jessie se encendió de piedad e indignación.

Estudiaba medicina y cirugía y, cuando en su primera estadía en Italia en 1854, conoció a Garibaldi, éste le dijo: "Seréis la enfermera de mis heridos en las próximas batallas".

De regreso a Inglaterra, se acercó a Mazzini al que dedicó permanentemente un culto devoto e imperecedero. Muy pronto se embebió de las doctrinas revolucionarias predicadas por el apóstol, que difundió, luego, en una larga serie de discursos y conferencias en Inglaterra y en Escocia, llamando la atención de las clases dirigentes inglesas de aquel entonces sobre las desgracias de Italia.

Algún tiempo después volvió a Italia y de inmediato se puso en contacto y colaboró con los patriotas que, con Carlo Pisacane a la cabeza, preparaban la que será después la infortunada expedición hacia el Reino de Nápoles, conocida como la expedición de Sapri.

Sabemos que Pisacane, en 1857, antes de partir hacia donde lo esperaba la gloria y la muerte, confió a Jessie White su noble testamento político lleno de fe en la victoria final de sus aspiraciones socialistas y en la segura conquista de la independencia que se obtendría a través de una serie de revoluciones de pueblo. Al poco tiempo Jessie, comprometida en una conspiración organizada por Mazzini, que preveía la ocupación de dos fuertes de Génova, fue arrestada por la policía piemontesa y encerrada en las cárceles de Sant' Andrea.

Allí, ella conoció a Alberto Mario, destacado patriota y escritor que, desde 1848 hasta aquel entonces y también después y hasta su muerte participara en los principales episodios del movimiento insurreccional italiano, desde la expedición de Sapri de Pisacane, a la empresa de los Mil, a los hechos de la segunda guerra de independencia en la campaña del Véneto con los Cazadores de los Alpes y, por fin, como jefe de estado mayor, en la infame hazaña de Mentana.

En los largos ocios del cautiverio genovés Jessie y Alberto empezaron a intercambiarse cartas sobre la literatura y la historia de Italia, y, entre las invocaciones a la libertad, nació su amor que los unió en la vida y en la muerte.

Por fin, liberados, volvieron ambos a Inglaterra donde a los pocos meses se casaron.

Desde 1859 en adelante Jessie se encontró, junto con su marido, en todos los campos de las batallas garibaldinas, socorriendo a los heridos que recogía a menudo bajo el fuego del enemigo.

Jessie Mario fue admirada no sólo por su abnegación, por su piedad y por sus altas

virtudes femeninas sino también por su coraje más que varonil.

Mostró siempre tan gran valor que Garibaldi le otorgó en dos oportunidades honores militares.

Jessie fue el ángel consolador de los heridos y los moribundos en las batallas de los Mil de 1860 y en todas las otras expediciones garibaldinas sobre las peñas del Trentino, en Mentana, en los Vosgos y hasta en Dijón en Francia donde el héroe de los dos mundos combatió victoriósamente contra los prusianos su última batalla.

En la campaña de los Vosgos Jessie recogió los cuerpos exánimes de Giorgio Imbriani y de Giuseppe Cavallotti.

Mujer gentil y valiente, aún conservando una perenne devoción a la doctrinas y los designios de Mazzini, militó con Garibaldi bajo la insignia de "Italia y Víctor Manuel", fiel compañera, también en esto, de su esposo que, federalista y republicano, seguía, sin embargo, la fórmula marcada por Garibaldi: primero la unidad y luego la libertad.

Cuando las armas callaban, trabajaba su pluma. Ella fue constante colaboradora de Alberto Mario quien en vida y en muerte estuvo siempre presente en su corazón, y escribió numerosos artículos y libros tanto en italiano como en inglés para honrar a los autores y las obras del *Risorgimento* italiano.

Terminadas las batallas, cuando Garibaldi, viejo y cansado, se retiró a Caprera, ella se dedicó a escribir la vida de los patriotas italianos. Publicó, en un óptimo italiano, las biografías de Garibaldi, de Mazzini, de Agostino Bertani, de Alberto Mario, de Giovanni Nicotera; publicó las obras de Cattaneo, los escritos de Mario, un volumen de escritos de Mazzini y otros trabajos históricos y sociológicos como *I Garibaldini in Francia*, *La miseria di Napoli*, *Il sistema penitenciario coatto in Italia*, y en inglés, *El nacimiento de la Italia moderna*, todas obras de notable valor histórico.

Dentro de estos trabajos quisiera destacar sobre todo *La miseria di Napoli*, libro hoy día prácticamente desconocido, donde se plantea por primera vez, para la Italia moderna, el aun no enteramente resuelto problema del Mediodía.

Después de haber ayudado con prodigalidad de trabajo, de ingenio y de heroísmo la revolución libertadora italiana, Jessie Mario, a partir de la muerte del marido, vivió con dignidad, aunque no en la holgura, de los frutos de su trabajo y a la edad de 74 años aun ocupaba el cargo de profesora de Inglés en el Instituto Superior Femenino de Magisterio de Florencia.

También la docente Mario dio encomiable ejemplo de diligencia y abnegación y en los últimos meses de su vida, aunque debilitada en su salud precaria, no quiso abandonar a sus dilectas alumnas. Enferma, se trasladaba a pie a su Instituto, hasta que el 6 de marzo de 1906 su salud empeoró y muy pronto su noble corazón dejó de latir.

Toda Italia se conmovió ante la muerte de esta noble dama que hizo de esta tierra su segunda patria. Las principales plumas de la Península recordaron con afecto y estima a Jessie Mario.

Il Giornale d'Italia, al dar la noticia de su muerte, afirmaba:

"La historia de nuestro *Risorgimento* notará en las altas empresas la singular

intervención de muchas insignes mujeres inglesas, las que por amor a Italia se hicieron italianas y, señalando sus benéficos efectos, dirá que ellas han bien merecido de la patria. Entre ellas el primer lugar corresponde sin duda a Jessie White Mario."

Y Aurelio Saffi así se expresaba en aquellos días:

"Fue admirable, en aquel generoso movimiento de gente extranjera en favor de nuestra patria, una joven y gentil mujer a quien las gestas de Garibaldi, la fama de Mazzini y los dolores de nuestra tierra infeliz, sacaron, ya desde aquellos lejanos tiempos, desde el modesto retiro de su casa paterna, para abogar con las palabras y las obras, sobre la escena del mundo, por la causa de nuestra redención.

Escrupulosa, austera, elocuente en la causa abarcada, ferviente en la fe de la verdad que trasuntaba de todas sus palabras, vestida de gentil altivez en su prestante persona, se presentaba como ministro de un deber a cumplir ante todos los que la veían y la escuchaban, entre un pueblo acostumbrado a respetar la dignidad de la mujer y a reconocerla como fuente de inspiración y prudencia también en las cosas públicas".

Así juzgaba Aurelio Saffi a la compañera de Alberto Mario en su obituario.

"A esta mujer nosotros le debemos muchísimo" afirmaba también en aquel entonces Giosué Carducci, el poeta de la patria.

Quisiera citar, así mismo, un fragmento periodístico publicado en el mismo *Giornale d'Italia*, escrito en aquella oportunidad por Pasquale Villari, eminentе historiador y destacado hombre político de la época, de extracción monárquica.

"Alguna vez –escribe Villari– me he preguntado: cómo podía yo tener tanto afecto por ella, aunque muchas cosas nos dividieran. Ella era republicana y yo monárquico. Para las opiniones ajenas ella tenía poca tolerancia; atacaba siempre y, a veces, en forma desmedida, a los monárquicos, a los moderados. Estábamos siempre discutiendo. Sin embargo, una vez hecha abstracción de ciertas formas exteriores suyas, se veía debajo de las mismas brillar en forma muy clara la sustancia de la que están formados los caracteres verdaderamente heroicos. Siempre fiel a su ideal, siempre dispuesta a todo sacrificio, no soñaba con otra cosa que no fuera la grandeza y prosperidad de Italia, a la que entregó toda su existencia.

Un día la vi que volvía de Roma, donde había ido como corresponsal de un diario inglés, para describir algunas fiestas de la Urbe.

¿Cómo es eso?, le dije, un poco en serio y otro poco en broma, Ud. pierde su tiempo en estas descripciones inútiles? ¿Qué diría Mazzini de esto? ¿Por qué no va mejor a Nápoles para describir las miserables condiciones en que vive su plebe? Un libro sobre este tema resultaría por cierto mucho más útil.

Mientras yo seguía con mi discurso, noté que ella me miraba muy seria. De repente exclamó: "¡Yo iré a Nápoles!. Apronte Ud. las cartas para los amigos que me guíen en mi encuesta". Y se fue sin más y escribió aquel memorable libro *La miseria di Napoli*.

El marido Alberto no estaba de acuerdo con este viaje ya que en aquel entonces en Nápoles cundía una gran epidemia de tifus. pero, una vez tomada su resolución, ella no retrocedía frente a ningún obstáculo; no prestaba oídos a nadie. Visitó, pues, las cárceles,

los tugurios, los bajofondos, los hospitales, y escribió su libro memorable.

Tal fue siempre en toda su vida."

Il Giornale d'Italia del 8 de marzo de 1906, dos días después de su muerte, habla de los imponentes funerales que el pueblo de Florencia tributó a Jessie Mario.

"Integraban el cortejo numerosas asociaciones: la masonería, la **Fratellanza Artigiana**, la Sociedad de Cremación, las alumnas del Instituto Superior del Magisterio Femenino y muchos garibaldinos veteranos de todas las guerras del **Risorgimento**, que acudieron de todas partes de Italia para llevar el último saludo a la heroica mujer de Alberto Mario.

El cortejo procedió entre dos espesas hileras de pueblo. Sostenían los cordones del ataúd el Senador Villari, el Diputado Rosati, el Gobernador de Florencia Annaratone, el Prof. Notter, un garibaldino veterano de las empresas del **Risorgimento**, y el Consejero Minuti en representación del Partido Republicano.

Fue llevada hasta el Cementerio de Trespiano, donde mañana será cremada. Sus cenizas serán transportadas luego a Leginara donde descansarán al lado de las de Alberto Mario."

Estos son, en apretada síntesis, algunos datos acerca de la vida y la muerte de la hoy injustamente olvidada Jessie White Mario.

Quisiéramos, ahora, destacar, entre las virtudes de esta noble mujer, sus notables cualidades de escritora e historiadora que hicieron de ella una de las más destacadas figuras de la historiografía italiana del **Risorgimento**.

Notables son los méritos de Jessie como escritora. Aunque el italiano no fue su lengua materna, su expresión es perfecta, si bien algo arcaizante, su lengua es cristalina y digna de las mejores tradiciones clásicas de este idioma. Su sintaxis es firme y bien arquitectada y su estilo escueto y robusto a la vez. Sus obras, y sobre todo las vidas de los grandes prohombres del **Risorgimento** que hemos citado anteriormente, y sus páginas histórico-sociológicas son ejemplos insuperables de prosa militante al servicio de un pensamiento vigoroso y claro.

Si es verdad que el Aquiles de la épica griega tuvo en Homero el gran cantor que eternizó sus hazañas y su gloria, es por cierto verdad también que Garibaldi, Mazzini, Bertani, Mario, Nicotera y otros tuvieron en Jessie White la gran historiadora que perpetuará el recuerdo de sus virtudes y sus obras en favor de la patria italiana.

Jessie fue historiadora en la más amplia acepción que hoy día damos a esta palabra.

Presentó, en sus obras, hechos y personas con rigurosa e imparcial verdad, juzgó a hombres grandes y pequeños, amigos y enemigos de acuerdo a su cabal entender y respaldada siempre por una muy documentada información sobre los mismos: documentación que su misma experiencia de vida al lado o cerca de ellos o frente a ellos le brindaba, que amigos y compañeros de la hazaña resurgimental, de la que ella fue "magna pars", le proporcionaban, documentación que ella controlaba y cribaba compulsando documentos de primera agua relativos a hechos y personas que ella misma conoció de muy cerca.

Hoy día la obra de Jessie Mario, aunque a veces injustamente y parcialmente olvidada por el gran público, resulta de sumo interés y me parece que el largo capítulo del **Risorgimento** no podrá ser cabalmente entendido y apreciado en todos sus alcances prescindiendo de la lectura de las obras de la culta dama inglesa.

Dentro de sus escritos ha llamado mayormente nuestro interés la **Vida de Garibaldi**, una de las mayores contribuciones para el conocimiento de nuestro héroe, de su pensamiento, de su alma, de su obra.

Por tal razón, pues, nos detendremos en ella para hacer algunas pocas consideraciones que servirán, creemos, para juzgar toda la labor historiográfica de Jessie Mario.

La **Vida de Garibaldi**, el ídolo de Jessie y de cuantos lo conocieron, está escrita con amor y sinceridad. En ella se aprecian las muchas virtudes y también los pocos defectos que fueron propios de nuestro héroe.

En la misma aparecen, al lado de la descripción de las gestas garibaldinas, profundas reflexiones y certeros juicios sobre hechos y personas que, en uno u otro campo, acompañaron o combatieron los proyectos y las acciones de Garibaldi.

Señalaremos tan sólo algunos ejemplos.

Nos place presentar, en primer término, una muy significativa anotación proemial en la que Jessie justifica su libro sobre Garibaldi, en la que apreciamos una significativa declaración programática.

“Quizás pueda parecer una presunción, en una mujer no nacida en el “bel paese”, el hecho de escribir en italiano la biografía de uno de los mayores hijos de Italia, tratándose de la narración de los mayores acontecimientos de un siglo en que abundan las cosas grandes.

Decía Lafayette que “cada uno tiene una segunda patria, amén de aquella en la que ha nacido”, dicho que refleja su pasión por América; mi segunda patria es Italia, por instinto, por intelecto de amor, por el afortunado conocimiento en mi juventud de algunos eminentes italianos quienes me inspiraron la firme fe en su resurgimiento, amén del vínculo que me viene por efecto de mi matrimonio.

Creer firmemente conlleva la seguridad de infundir en otros la misma fe. Por eso emprendí en Inglaterra, hace veinticinco años, una cruzada en favor de la “Italia de los italianos”.

Y ya desde hace un cuarto de siglo voy recogiendo hechos y dichos de los venerables jefes del resurgimiento: acosé a Mazzini durante toda su vida con el “catecismo”, como él llamaba mis interrogaciones, a las que, sin embargo, concienzudamente contestaba, de Garibaldi mismo aprendí los detalles de los acontecimientos de los que él fue protagonista; y a la memoria del General Fabrizi y del Doctor Pietro Ripari, como, así mismo, a los documentos de 1849 conservados por Aurelio Saffi, y que él mismo me entregó, soy muy deudora. Aun más le debo a la bella colección de documentos y cartas que me fueron entregadas por el Doctor Agostino Bertani, archivo que un día formará la gloria de los patriotas italianos.

Por esto y por haber vivido en medio de esos estupendos acontecimientos, y por

haber, junto con mi esposo, mantenido una constante correspondencia con el extranjero, me propuse escribir la vida de Garibaldi".

He aquí, a continuación, unos pocos vivos y certeros pincelazos de Jessie acerca de algunos personajes de la época que entresacamos de la primera parte de la *Vida de Garibaldi*.

Cuando Garibaldi era aún un niño de corta edad, en su Niza natal ocurría un hecho de gran envergadura.

Dice Jessie:

"Después de Fontainebleau el Piamonte fue devuelto al rey, desterrado durante quince años en la isla de Cerdeña, y gran alegría experimentaron los nizardos; pero la alegría duró poco, porque el corazón del rey estaba lleno de odio y amargura y deseaba vengarse de todos los que tan sólo habían visto y experimentado la dominación de Napoleón".

He aquí el semblante moral de un monarca, el gris Vittorio Emanuele I. de Saboya, que odia a sus súbditos por el mero hecho de haber éstos visto la cara de los franceses de la revolución y de Napoleón, claro semblante de uno de los tantos mediocres soberanos que el Congreso de Viena y la Santa Alianza habían puesto de nuevo en sus tambaleantes tronos.

Más tarde, aparece en la escena política de Italia otro Saboya, amado y detestado a la vez por millones de italianos: Carlo Alberto.

Este es el juicio que Jessie Mario emite en forma sucinta sobre este rey:

"A mi parecer Carlo Alberto fue más traicionado que traidor, fue el Macbeth de la revolución italiana. Tuvo en suerte el más desgraciado de los caracteres, el marcado por la indecisión. Quiere y luego no quiere, escribía de él Santorre di Santarosa. El encendía esperanzas seguidas por desengaños. Por eso fue juzgado como delito lo que en realidad no era más que vacilación, inferioridad, debilidad física".

Vacilación, inferioridad, debilidad física en un rey no pueden fructificar más que penas, dolores, muerte.

Y, más adelante, juzga a Carlo Alberto como "... un rey quien, con la amarga experiencia del pasado, con su carácter tétrico y vacilante, y rodeado por gente sumisa a la voluntad de Austria y a la del papa, había considerado como sueños irrealizables y peligrosos para su trono los consejos que le brindaban los liberales y las ideas revolucionarias con las que se quería comprometerlo y que sentía estremecerse alrededor suyo.

Pero -sigue Jessie- lo que ni siquiera hoy día se pudo explicar fue la feroz represión y los asesinatos legales cometidos contra los escritores y lectores de pocos libros y opúsculos que la Giovane Italia difundía desde Marsella.

Nosotros hemos leído en su tiempo todas aquellas publicaciones, sin encontrar en ellas motivo para que alguien se asustara, a no ser Austria y sus satélites".

Este el severo juicio que Jessie Mario succinctamente lega a la historiografía resurgimental sobre Carlo Alberto, al que Giusuè Carducci llama "italo Amleto" y que

Domenico Carbone en una de sus sátiras apoda como el "re Tentenna".

Vamos a ver, ahora, cómo nuestra historiadora presenta por primera y única vez en 1827 a otra discutida figura del **Risorgimento** italiano: Pío IX.

"Mientras tanto —dice Jessie Mario— llegó a Montevideo la noticia de la elevación al trono pontificio de Pío IX y de sus veleidades reformadoras y de su aparente intención de guerrear contra Austria. Para Garibaldi y Anzani, como para todos los italianos, incluyendo a Mazzini, este hombre parecía el mesías político de Italia...".

Donde las expresiones "veleidades reformadoras", "aparente intención de guerrear contra Austria", "parecía el mesías político de Italia" quieren expresar toda la amargura y decepción del pueblo italiano que había puesto en el joven Papa sus mejores esperanzas de redención política, que luego se vieron defraudadas. Y, luego, ni una palabra más sobre este hombre.

Veamos, ahora, como nuestra autora juzga a otro prohombre del **Risorgimento** italiano: el conde Camillo Benso di Cavour.

"Cavour —acota Jessie después del Armisticio de Villafranca— habiéndose dado cuenta bastante tarde que la unidad de Italia no era un mero sueño de exiliados impacientes o una utopía de algún pensador solitario, sino la voluntad de un pueblo dividido a lo largo de muchos siglos, se agitaba también él; esperaba engañar al engañador. El, desde aquel día, comenzó a sentir que Italia iba a ser una, y desde aquel día se posesionó de él el terror que la misma pudiera alcanzar su unidad con otra bandera que no fuera la de la Casa de Saboya, y que esta bandera pudiera flamear sobre el Capitolio.

Impedir que esto sucediera, cosa que él consideraba como supremo desastre, no llevar a la desesperación y a la revolución a las poblaciones y a los voluntarios de Italia fue su constante preocupación".

En este corto pasaje se encierra todo el gran asunto de los encuentros y desencuentros de Cavour con Garibaldi y los revolucionarios y el nudo gordiano de la liberación de Italia.

Pasando a otro personaje, que en cierta medida y en alguna oportunidad colaboró con el movimiento liberador italiano, o sea Napoleón III, este es el juicio severo de Jessie sobre el emperador de los franceses que destruyó con los cañones de Oudinot la República Romana orientada por Mazzini y defendida por Garibaldi:

"Sofocar la República Romana, acostumbrar a los generales a traicionar, a los soldados a matar cruelmente a los republicanos, granjearse el apoyo de los curas y los jesuitas, reponiendo al Papa en su trono como soberano absoluto, era, para Bonaparte, el medio para matar a la república francesa e implantar sobre sus ruinas su simulacro de Imperio. Y, por mala suerte, en la vanidad, en la jactancia de la grande nation, él encontraba fácil apoyo, dóciles instrumentos, a la vez que en la eterna buena fe de los italianos, en su credulidad hacia el liberalismo francés, encontraba, repetimos, campo fértil para sus propósitos."

Somericamente esbozadas en la *Vida de Garibaldi*, pero destacadas en sus rasgos

fundamentales aparecen las mujeres que, en distintos momentos y con sus distintos caracteres entraron en la vida del héroe.

En primer término Anita, la valiente brasileña que compartió los días más difíciles y dolorosos de la vida de Garibaldi. Anita aparece por primera vez en el esplendor de sus veinte años.

"Garibaldi -acota Jessie- la vio por primera vez, como Jacobo a Raquel, mientras sacaba agua del pozo. "¡Tú serás mía!" le susurró al oído, después del intercambio de la primera mirada que ya había prendado para siempre los dos corazones. Y ella fue suya: amiga, amante, camarada, enfermera, madre de sus hijos, esposa, hasta que la muerte los separó sobre la ribera fatal del Adriático". Y, luego, a lo largo de todas las gestas garibaldinas, Anita aparece a menudo al lado de su compañero, compartiendo con él victorias y derrotas, felicidades y dolores.

Durante una cruenta batalla naval "Garibaldi -dice Jessie- viéndola en peligro, quiso que Anita bajara a tierra para sustraerla al gran peligro. Ella lo miró como se mira al que hace una broma, y, tranquila y sonriente, desenvainó su espada animando a los combatientes y reprendiendo a los cobardes. Garibaldi, temiendo por ella -sigue narrando nuestra autora- la ve caer con dos marineros bajo un tiro de cañón; pero antes de que él estuviera a su lado, ella ya se había levantado entre los dos cadáveres".

Otro magnífico cuadro, en el que se pinta de cuerpo entero a Anita, se refiere a otro episodio de la guerra de los farrapos brasileños.

"Garibaldi y los suyos -cuenta Jessie- estuvieron cuatro días alimentándose con raíces, y ella, caída prisionera, lo buscó como muerto entre los cadáveres. No habiéndolo encontrado, meditó la fuga, con la ayuda de una mujer del lugar. Más tarde, habiendo encontrado el manto que Garibaldi había tirado para hallarse más libre en el combate, se metió en la inmensa selva que cubre la cima del Espinazo, poblada sólo por bestias feroces y reptiles venenosos; la atravesó cabalgando un potro cimarrón, llegó al pasaje del río Canoas, donde cuatro soldados de guardia huyeron espantados por la inesperada visión; pasó a nado el torrente crecido por las lluvias, aferrándose a la crin del caballo. Después de ocho días, durante los cuales se había alimentado solamente con granos de café, aún verdes, alcanzó a Garibaldi, y la alegría de ambos es más fácil imaginarla que describirla".

Y ahora, para terminar con nuestra galería de los grandes personajes presentados por Jessie Mario en su *Vida de Garibaldi*, queremos entresacar unas pocas referencias al propio héroe, protagonista permanente de todas las hazañas que en la misma se narran, para mejor conocer algunos ribetes de su polifacética figura.

Empezaremos por su aspecto físico.

"Bello era, y de varonil aspecto; su cabellera dorada le caía sobre los hombros, la parte inferior de su bronceada cara estaba enmarcada por una barba espesa y rojiza. Llevaba sombrero a la calabresa, con larga pluma negra de aveSTRUZ, y camisa roja bajo el poncho blanco americano. Al verlo cabalgar, nos parecía nacido allá arriba, tanto el caballo y el jinete se presentaban como una sola cosa, pero al caminar se veía enseguida

al marinero acostumbrado a balancearse sobre el puente. Lo seguía siempre el hercúleo negro Aguiar, con gran capa negra y armado de larga lanza con banderilla roja".

Garibaldi era adorado por las mujeres y él mismo, sensible a la belleza femenina, admiraba sus encantos.

"En Montevideo —narrá Jessie— tuvo también oportunidad para admirar las maravillosas facciones de las mujeres; los pies, las manos y la elegancia de la persona le recordaban las celebradas formas de las mujeres de Sevilla y de Granada".

Garibaldi fue padre amoroso y consecuente. Narra Jessie que "En 1840 Anita lo alegró con su hijo primogénito, a quien le puso el nombre de Menotti, y él lo amó con una ternura infinita que creo ningún otro ser humano jamás le inspiró. Quien conoce bien a Garibaldi no puede no haber notado cómo sus ojos se le iluminan, cómo su voz se vuelve acariciadora cuando se le presenta delante Menotti improvisamente".

Garibaldi fue generoso con lo suyo. Acota Jessie: "En Garibaldi había un instinto natural: el de privarse de todo para ayudar a los demás. Contaba Anita, cuando de Montevideo llegó a Italia, que él un día volvió a casa sin la camisa, habiéndosela regalado a un legionario desnudo, y desnudo tuvo que quedarse él, porque no tenía otra, hasta que Anzani le regaló una."

Y, en otro pasaje, cuando habla del nacimiento de Menotti, Jessie nos cuenta de la extrema pobreza en que Garibaldi vivía durante su estadía americana.

"Por suerte el parto tuvo lugar en una casa hospitalaria, por lo cual el alimento no faltó; pero, como él mismo cuenta, no tenía suficiente dinero para regalar ni siquiera un pañuelo, ni a la madre ni al hijo, por lo cual resolvió al día siguiente emprender un viaje hasta la Setembrina para hacerse prestar de un amigo un poco de dinero y comprar lo necesario.

Anita se quejaba a menudo por la repartición del botín de guerra sacado a los enemigos: todo el dinero encontrado él lo enviaba escrupulosamente al gobierno de Montevideo, y los objetos, que eran legítima presa de la legión, él los repartía entre sus soldados".

Los que buscan desde años en nuestra ciudad entre las tumbas del Cementerio Central el famoso "tesoro de Garibaldi" tendrían que meditar a menudo sobre estos hechos, pues no lo encontrarán nunca ya que nuestro héroe no tuvo ni en Uruguay ni en Italia ni en Francia jamás tesoro alguno y a lo largo de toda su existencia vivió siempre desprendido de todo sentimiento de codicia y de riqueza.

Sigamos estudiando, a través de la *Vida de Garibaldi* de Jessie Mario, algún otro aspecto de la personalidad de nuestro hombre.

Garibaldi, a pesar de haber permanentemente tenido, a lo largo de muchos años, bajo sus órdenes a millares de hombres, no era adicto al mando: diríamos casi que éste le repugnaba.

"Callado y amante de la soledad —dice nuestra estudiosa— de muchacho, de joven, de hombre maduro, fue siempre buscado por los otros y por ellos casi instintivamente obedecido, ya que él no se imponía, ni jamás mandaba, excepto en el campo de batalla:

sugería, señalaba, ya que lo que indicaba era siempre razonable y necesario".

Garibaldi con mucha frecuencia intervenía directamente en las batallas, exponiéndose con arrojo donde mayor era el peligro, para llevar a sus bravos a la victoria.

Leamos algunos cortos fragmentos relativos a la última, extrema defensa de Roma:

"Desenvainada la espada, él se arrojó entre los primeros, y todos los presentes lo siguieron. Un combate a arma blanca tuvo lugar sobre la barricada delante del ingreso de la Villa Spada... Cuando el alba despuntó, mostraba a Garibaldi aún en el acto de animar a los suyos donde más ardía la batalla; donde estaba él aún parecía posible la victoria".

He aquí otro corto episodio que la escritora narra con la precisión y conocimiento de los hechos de armas dignos de la mejor historiografía de Julio César en sus Comentarios de la guerras gálicas o de Salustio en su *Bellum Catilinae*.

"El escuadrón de caballería enemiga, regresando de la carga, fulminado y casi destruido por los que le habían hecho frente, mientras que con pocos sobrevivientes se precipitaba hacia Milazzo, recibió de Missori la intimación de rendirse. El capitán se abalanza con el sable sobre Garibaldi, éste le corta la garganta; Missori derriba a quemarropa a dos; Statella mata a otro en el acto en que éste estaba a punto de traspasar a Garibaldi; los demás arrojan las armas y se entregan".

Y, para terminar, uno de los tantos episodios de la larga batalla del Volturno, con la que Garibaldi termina su hazaña de los Mil.

"Cosas mucho más trágicas ocurrieron en S. Angelo.

Garibaldi recorriendo velozmente en carroza la carretera con Basso y Froscianti y seguido por dos carrozas más, se encontró envuelto en una nube de enemigos quienes, tirando a quemarropa, mataron al cochero y a uno de sus caballos y a un guía genovés, hirieron a muchos otros más entre los cuales al correspondal del *Daily News*.

Habiéndose aquellos posesionado de la carretera, Garibaldi quedaba separado de Medici. Como un rayo salta de la carroza, corre a lo largo de uno de los anchos fosos que atraviesan la llanura de Capua, apunta al recodo un poco más allá, reúne alrededor suyo a un puñado de hombres y los conduce por tres veces a la bayoneta y, cargando ferozmente, rechaza a los malaventurados de la carretera... luego corre velozmente hacia adelante y encuentra a Medici y Avezzana peleando contra los diez mil hombres de Rivera".

Examinando otros aspectos de la Vida de Garibaldi nos llaman fuertemente la atención los elementos autobiográficos de Jessie presentes en su obra.

Para quien, como Jessie White, participó tan intensamente en el proceso del Risorgimento italiano y en la gesta garibaldina, resulta difícil y hasta imposible separar sus recuerdos personales y los episodios en los que su intervención se confunde con la urdimbre de la acción.

La autora misma advierte al lector sobre este aspecto y escribe en el prólogo de su obra:

"La más dura de las contrariedades al escribir una biografía de personas íntimamente

conocidas y admiradas es el empleo de las frases "me acuerdo", "él me dijo". Pero, aunque ese "yo" parezca a quien escribe presuntuoso e inoportuno, debiendo hablar de cosas vistas con mis propios ojos y tocadas con mis mismas manos, no es siempre inevitable, ni sería buena resolución evitarlo porque todo recuerdo personal sirve para el relieve y los claroscuros".

Hecha esta premisa, daremos ahora algunos ejemplos de estos elementos autobiográficos de Jessie en la *Vida de Garibaldi*.

Empecemos por sus primeras experiencias itálicas:

"En la primavera del año siguiente, yo con mi amiga y su hija visité por primera vez a esta Italia, dorada y serena, este paraíso de los exilados, como lo cantó el más divino de nuestros poetas después de Shakespeare, Shelley, y como lo cantan Byron y la Browning, la mayor poetisa que Inglaterra tuvo la gloria de poseer. El primer italiano que mi amiga me presentó en Niza fue su prometido, el general Garibaldi.

En un primer momento me hizo el efecto de un gentilhombre sencillo y cortés, parco de palabras, esquivo a la sociedad.

Viendo cómo me interesaban las cosas de Italia, Garibaldi se preocupó mucho en aleccionarme sobre los hechos ocurridos y comunicarme las esperanzas que él abrigaba sobre el futuro. Y ni siquiera cuando pude visitar Roma misma, escenario de la defensa, con los sobrevivientes, pude comprender mejor los accidentes y los episodios que en aquel entonces, cuando él con su bastón o la varilla del fusil trazaba sobre la arena la posición de los sitiados y de los sitiadores, recordando el nombre de todos los caídos y los destacados actos de valor en una guerra en la que todos fueron héroes".

Y, en otro lugar:

"Aún recuerdo el delirio de aquellos días.

Habiéndome casado con Alberto Mario, después de salidos ambos de las cárceles de Génova, donde estuvimos recluidos por haber participado en la tentativa de insurrección de esta ciudad con el propósito de adueñarnos de los buques de guerra y acudir en ayuda de Pisacane en 1857, en 1858 viajamos a Estados Unidos de América para hacer propaganda en favor de la causa italiana: él entre los italianos, yo entre los americanos. Y tuvimos inesperada acogida. Pero por nuestros compromisos en las distintas ciudades no pudimos volver a tiempo para el comienzo de la guerra, más aún: poco después de nuestro regreso ocurrió el armisticio. Y franca y lealmente acudimos, entonces, a Italia Central... Aquí por orden de Leonetto Cipioni, gobernador de las ex legaciones y agente de Napoleón, fuimos arrestados y traídos como malhechores a Ferrara primero y luego a Bolonia.

Garibaldi, indignado, pidió a Brofferio que tentara nuestra liberación; pero, habiendo el gobernador difundido la voz que éramos espías ingleses al servicio de Austria, el mismo contestó a Brofferio que nos mantenía en custodia para sustraernos al furor popular y le aconsejaba usar cautela, de no inmiscuirse en el asunto para no caer en sospecha del pueblo".

Y, ahora, veamos la vela de armas que Jessie comparte con las fuerzas garibaldinas

la noche que precedió a la batalla del Volturno:

“A aquella noche -comenta nuestra autora- no se durmió ni tendidos, ni, como había dicho Garibaldi, sobre el ala, debiendo curar a los heridos y aprontar todo lo necesario para el día siguiente.

Mi ordenanza, Pietro Gatti, apodado Bergamo por ser natural de esta ciudad, estuvo toda la noche con dos revólveres cargados en la mano para salvar nuestros caballos. La noche era húmeda y oscura, una espesa niebla envolvía la campiña, cuando desde los bastiones de Capua se oyó tronar el cañón”.

Años más tarde, cuando los cañones callan y Roma ya es libre, Jessie acude a la ciudad eterna para evocar las gestas de sus heroicos defensores del lejano 1848:

“Poco tiempos después de la liberación de Roma, yo visité las ruinas del Vascello y aun se veían los huesos de los valientes, que nunca tuvieron otra tumba que no fueran los escombros que les llovieron encima.

Hoy el heroico defensor del Vascello sigue siendo su amo. ¿No sería éste, acaso, el lugar para levantar un altar con los nombres de todos los defensores de Roma?”.

Y, más adelante, nos describe su éxtasis contemplando, desde lo alto del Gianicolo, Roma por fin libre.

“¡Cuántas veces habiéndome quedado en el Gianicolo, después que el sol se había puesto atrás de Roma, esperando el aparecer de la Osa Mayor sobre el horizonte, creí ver despuntar la Estrella de Italia! ¡Y alrededor de la estrella mayor, aquella esplendorosa constelación de estrellas de variada luz y grandeza, símbolo de los héroes, que se agrupaban alrededor de Garibaldi y no se alejaban de él sino cuando, como estrellas errantes, desaparecieron para siempre del firmamento!.

¡Qué espectáculo aquel anochecer del 29 de abril, desde el Gianicolo, clave y custodio de la defensa de Roma!.

Para terminar esta ya demasiado dilatada charla, nos place citar, una vez más, a Jessie, cuando se despide de su libro y lo entrega a las prensas de los Hermanos Treves de Milán:

“Durante la vida de Garibaldi nos pareció un deber juntar recuerdos y hechos que hemos presenciado, como materiales para una biografía.

Hoy, llamados a la entrega del trabajo, un sentido de humillación, casi de vergüenza nos embarga. Nos pesa la presunción de no haber dejado a otros esta tarea, pero esperamos perdón y benevolencia de parte de los veteranos de las campañas garibaldinas, porque en estas páginas quizás ellos vuelvan a vivir alguna hora de los días venturosos, de los días que no volverán jamás”.

Y sigue Jessie:

“¡Garibaldi ha muerto!. Y la vida parece suspendida en todo corazón italiano.

De aquella vida, él era la encarnación; él reunía en sí las aspiraciones, los amores, los enconos de todo el pueblo.

Para el pueblo y con el pueblo, Garibaldi vivió, dios de las batallas contra el extranjero, su pacificador cuando nacían las luchas intestinas.

En todo tiempo, en cada noche oscura, allá en Caprera surgía el faro que, con luz constante, infundía coraje, esperanza y, por sobre todo, seguridad de la llegada al puerto.

Ahora aquella luz se ha apagado; todos nosotros estamos desalentados; quisiéramos rebelarnos contra la cruel realidad. Es que creímos a Garibaldi inmortal, capaz de vencer a la muerte, como a todo otro enemigo".

Estas son algunas reflexiones sobre la vida y la obra de Jessie White Mario, una compañera de Garibaldi.

ITALIANI DELL'URUGUAY ED URUGUAYANI ALLA DIFESA DI ROMA

Salvatore Candido^(*)

Questo intervento si inserisce nel tema del XIII Congresso Nazionale della Associazione Mazziniana Italiana non soltanto marginalmente: esso vuol costituire un ommaggio agli italiani all'estero ed a cittadini stranieri che per tutto il periodo del Risorgimento, dalla prima guerra d'indipendenza alla Repubblica Romana del 1849, al maggio del 1860 ed oltre, giunsero in Italia da paesi lontani e vicini per contribuire alla libertà del nostro Paese quasi nell'ansia di donare ad esso quello che il nostro Paese attraverso i suoi politici e pensatori aveva fornito al progredire di una consapevolezza politica ed all'ansia di una rinnovata dignità personale e nazionale.

Fra questi uomini primeggia Giuseppe Mazzini ed alla sua opera, alla sua visione dei problemi del tempo dobbiamo riferirci desiderando trattare di un avvenimento storico, direi un fenomeno, piccolo nello sviluppo del tempo, ma grande nel suo significato e nei suoi apporti pratici e morali: quello del contributo dato al Risorgimento nazionale in una delle sue prime fasi da un gruppo di uomini generosi e preparati che partirono nell'aprile del 1848 da Montevideo sul brigantino sardo *Bifronte*, ribattezzato con il nome augurale di *Speranza*, per venire a combattere in Italia, quando ancora in quel lontano paese non era giunta notizia delle rivoluzioni che serpeggiavano in tutta la Penisola.

Come è già acquisito ai nostri studi e come chi vi parla ha potuto documentare in un suo scritto recente sul tema Giuseppe Garibaldi sulla via del ritorno in Italia (1), che utilizza documenti inediti reperiti negli archivi latino-americani e nell'Archivio Segreto

(*) El Prof. Candido, nuestro estimado amigo y asiduo colaborador, presentó este trabajo en el XXIII Congreso Nacional de la Associazione Mazziniana Italiana, realizado en Roma. Consideramos de sumo interés su publicación en nuestra revista, en virtud de que este año se cumple el 140º Aniversario de la República de Roma, que se celebra muy especialmente en la Ciudad Eterna, y a cuya celebración adherimos calurosamente.

Vaticano, Giuseppe Garibaldi aveva raggiunto una posizione di alto prestigio in Uruguay, dove comandava la flottiglia di guerra di quella Repubblica in lotta contro il Governo del tiranno Rosas, governatore generale della Provincia di Buenos Ayres. Egli aveva portato più volte al combattimento ed alla gloria la sua Legione Italiana; gli era stata offerta, dopo la battaglia di Sant'Antonio, la promozione a generale di brigata, da lui rifiutata, ed era stato successivamente chiamato fra i membri del Parlamento di quella Repubblica. Ma lo chiamavano in Italia l'ansia di contribuire al riscatto della sua Patria ed i continui appelli di Giuseppe Mazzini.

Sui rapporti fra Mazzini e Garibaldi, prima e dopo l'esilio conseguente alla partecipazione del Nizzardo al fallito tentativo rivoluzionario genovese del febbraio 1834, hanno scritto Alessandro Luzio ed altri biografi; chi vi parla ha avuto la possibilità di apportare a questo periodo nuove testimonianze attraverso la pubblicazione di documenti di singolare importanza quali sono le *Carte del Gabinetto di Polizia - Genova*, dell'Archivio di Stato di Torino per gli anni che vanno dal 1835 al 1839, che portano la testimonianza dei contatti fra i due rivoluzionari, iniziati nel periodo marsigliese e protrattisi con alterne vicende per tutto il periodo latino-americano di Garibaldi, che si prolunga ininterrottamente per oltre dodici anni, dal gennaio del 1836 all'aprile del 1848. Ma rimando al riguardo al mio studio su *L'azione mazziniana e giornale La Giovine Italia di Rio de Janeiro* (2).

Per trattare dei tempi più vicini a quelli cui si riferisce il nostro tema, occorre ricordare che, subito dopo la battaglia di Sant'Antonio dell'8 febbraio 1846, giunsero all'esule continue sollecitazioni perché partisse per l'Italia con molti dei suoi compagni. La gesta della Legione Italiana di Montevideo erano ricordate nell'ottavo Congresso degli scienziati italiani tenutosi a Genova nel 1846 alla presenza di oltre mille studiosi, convenuti da ogni regione; il 13 ottobre di quell'anno sorgeva a Firenze l'iniziativa d'una sottoscrizione nazionale per offrire a Garibaldi una spada d'onore.

Già in quell'anno Mazzini e i suoi collaboratori avevano cominciato a trattare i problemi di ordine pratico che occorreva risolvere perché la Legione Italiana raggiungesse l'Italia. Mi riferisco in particolar modo ad alcune lettere inviate a Giacomo Medici, che militava nella Legione con il grado di capitano (3), a G.B. Cuneo, vecchio compagno di fede politica del grande genovese fin dai giovani anni (4), a Nicola Fabrizi (5), ed il giorno successivo a Felice Foresti, a New York. Dopo lunghe alternative, si ripiegava sulla possibilità che giungessero dall'Uruguay soltanto centocinquanta dei mille uomini che Garibaldi aveva segnalato come disponibili per l'immediata azione sul suolo d'Italia; Giuseppe Mazzini, nella lettera al Foresti, riportava le amare parole del messaggio inviatogli da Garibaldi "... ma non abbiamo che una goletta capace di 150 uomini". Ed in quest'ultima lettera, che costituisce un accorato appello di soccorsi ed aiuti per l'impresa di Montevideo, leggiamo le seguenti parole che ci danno il senso dell'importanza che Mazzini attribuiva all'uomo ed all'impresa che si progettava che avrebbe potuto affrettare lo svolgersi della rivoluzione in Italia: "Garibaldi è veramente uomo eccezionale pero noi. Medici, Orponi ed altri che ho presso di lui, mi confermano

in tutte le mie credenze intorno la sua rara capacità; Walewsky, l'inviato francese, è tornato qui entusiasta di lui. E il di lui nome in Italia comincia ad essere una potenza".

Felice Origoni e Giacomo Medici, legionari di Montevideo, erano, pertanto, i messi di Mazzini presso Garibaldi, quasi i suoi rappresentanti. Il secondo, di cui è ben nota la splendida traiettoria militare, precederà la spedizione garibaldina in Italia, quale ufficiale di collegamento, da potenza a potenza, come Giuseppe Mazzini, l'uomo che fin dai più giovani anni, fin dalla giornata di Taganrog, aveva ispirato il pensiero e l'opera del combattente del Sud America.

Certo con il senno del poi potremmo anche deplofare che Garibaldi abbia offerto la sua spada e quella dei suoi compagni ad un sovrano, Pio IX, cui pur si volgevano in quei mesi le speranze di molti italiani, con lettera del 12 ottobre 1847, che ho reperito negli archivi vaticani nel testo originale. Già nel marzo l'arrivo di Garibaldi sembrava inminente; la *Concordia* (6) faceva conoscere che entro un mese egli e duecento legionari sarebbero giunti in Italia; ma, in una sua lettera del 23 aprile 1848, Giuseppe Mazzini manifestava alla madre la sua inquietudine per il silenzio assoluto di Garibaldi. In quei giorni questi, con i suoi compagni, ridottisi a poche decine di uomini, navigava però l'Atlantico verso l'Italia, ignaro ove avrebbe potuto prestare la sua opera: se a sostegno di un sovrano indigeno o a difesa di una rivoluzione popolare.

Per le lunghe attese e le difficoltà molteplici, i mille uomini di Garibaldi si erano ridotti a sessantatré. Il protagonista di quegli eventi scriverà, poi, nelle *Memorie*: "Sessantatré lasciammo le sponde del Plata per recarci sulla terra italiana a combattere la guerra di redenzione... Il 15 aprile 1848 era la partenza... Sessantatré tutti giovani, tutti fatti ai campi di battaglia! Egli due: Anzani, affrallita oltremodo la salute nelle sante crociate della causa dei popoli, languiva sotto il peso di dolorosa consunzione; Sacchi, gravemente ferito nel ginocchio...". (7) Anzani morirà di tisi di lì a pochi giorni; Sacchi vivrà e combatterà raggiungendo i più alti gradi nell'esercito regio, come Giacomo Medici.

In questa rievocazione del contributo di sangue dato dai compagni di Garibaldi alla causa del Risorgimento, mi è impossibile ripercorrere tutte le loro vicende, dall'arrivo a Nizza fino alla dolorosa conclusione della campagna del 1848, fino al glorioso raduno per la difesa della prima repubblica italiana del secolo XIX.

Purtroppo né la stampa e gli archivi di Montevideo, né i documenti italiani ci tramandano i nomi di tutti i compagni di Garibaldi. Qualche incertezza v'è anche sul numero. Un dispaccio inviato il 22 giugno 1848, il giorno successivo all'arrivo, dal Governo generale della Divisione di Nizza al Presidente del Consiglio dei Ministri a Torino (8), parla di sessanta uomini, mentre in una corrispondenza da Nizza il giornale milanese *Il 22 marzo* leggiamo: "Il Generale Garibaldi arrivò a Nizza con ottantacinque uomini della sua legione: la loro uniforme è assai bella (*blouse* rossa con mostre verdi, pantaloni bianchi); essi sono armati e manovrano per eccellenza".

Un documento dell'Archivio di Stato di Torino ci tramanda i nomi di diciassette ufficiali, sei sergenti ed un medico della Legione Italiana costituitasi in suolo italiano

che nella sua prima formazione contava su centoquarantacinque legionari. Su ventiquattro uomini, ventitré almeno appartengono sicuramente a compagni di Garibaldi nelle lotte dell'Uruguay. Ciò vuol dire che dei sessantatré compagni che seguirono Garibaldi da Montevideo, una quarantina erano uomini di truppa o soltanto graduati

Ma fra essi notiamo uomini che, poi, per il coraggio dimostrato sul campo di battaglia e per le loro benemerenze raggiungeranno il grado di ufficiale. Cito fra questi il negro Andrea Aguiar che raggiunge il grado di sottotenente, Emanuele Cavalieri (o Caballeros), anche egli americano. Noi troviamo, poi, in questo elenco altri commilitoni di Garibaldi in Uruguay, anch'essi ufficiali, quali il tenente Giovanni Livraghi, detto Levré, Giacomo Minuto, detto Brusco, il capitano Lorenzo Parodi.

Attraverso un'accurata indagine che stiamo svolgendo su documenti, editi ed inediti e che farò conoscere prossimamente agli studiosi, sto cercando di ricostruire l'elenco dei compagni di Garibaldi; senza dubbio alcuni nomi non potranno essere reperiti, ma si tratterà di nomi di combattenti umili, sprovvisti di gradi militari e di ambizioni e di quelli che, dopo le prime battaglie, furono attratti dall'odore del fumo del loro focolare e non accolsero (forse perché non potevano) l'appello del loro capo che li chiamava ad altra impresa che si presentava con il segno di una vicenda da *desesperados*. Nessun ricordo di essi ci resta nelle *Memorie* di Garibaldi né in altri documenti. Certo se leggiamo le pagine che Garibaldi dedica agli eventi intercorsi fra l'approdo alle coste d'Italia e l'arrivo a Roma (ci riferiamo alle ultime vicende della campagna del 1848, allo scontro della Beccaccia ed a quello di Morazzone), ci rendiamo conto che quasi tutti i compagni citati con lode per il loro comportamento dinanzi al nemico sono suoi commilitoni di Montevideo: la Legione Italiana, infatti (più di tremila uomini) era guidata dai veterani delle battaglie sud-americane fra cui Garibaldi ricorda i nomi del capitano Ramorino, del maggiore Pigurina, del capitano Coccelli, ed ancora degli ufficiali Marocchetti, Bueno, Minuto, Cugliolo e tale Francesco De Maestri che ebbe a Morazzone il braccio destro amputato, il ché non gli impedì di correre di lì a poco a combattere, per la messa di Roma, a Palestrina ed a Velletri.

Ma tralasciamo le vicende note, narrate anche con molti particolari, nelle *Memorie*, della marcia verso Roma, ove Garibaldi giunse con la sua Legione Italiana il 12 dicembre 1848 ed ove partecipò alla preparazione militare dei volontari efficacemente contribuendo con l'azione e con il voto alla proclamazione, il 9 febbraio, della Repubblica.

Non mi è possibile, per ragioni di tempo, delineare le alterne vicende, né porre in rilievo gli aspetti più salienti della lotta che combattenti, di ogni regione d'Italia, sostinnero accanitamente fino al 2 luglio contro le truppe del generale Oudinot e quelle napoletane. Ma, riferendomi al tema, desidero riportare, con brevi cenni, i nomi dei vecchi compagni di Garibaldi che sostinnero la lotta al Casino di Villa Corsini (più nota come Casino dei Quattro Venti), al Vascello, a Porta San Pancrazio, lungo la fascia delle mura gianicolensi fino a Porta Cavalleggeri, cioè nella zona più nevralgica della resistenza e dove più accanitamente fu contrastato il passo al nemico.

Basti pensare alle gloriose giornate del 30 aprile, giorno in cui la lotta infuriò fra il Vascello e i Quattro Venti, nella difesa delle linee fra San Pancrazio e Porta Portese. Il nemico avanzava in colonna da Porta Cavalleggeri; ma, sanguinosamente respinto, lasciava molti prigionieri. Garibaldi nelle *Memorie* cita commosso il primo caduto, colpito al petto, della difesa di Roma; un suo vecchio compagno di Montevideo, il ligure, capitano Alessandro Montaldi: "Chi ha conosciuto Goffredo Mameli ed il capitano De Cristoforis, si farà un'idea di Montaldi. Lo stesso fisico, la stessa anima. Montaldi assisteva ad un combattimento comandando i suoi militi collo stesso sangue freddo che al campo di manovra od in una conversazione in un crocchio di amici. Egli non aveva forse tanta istruzione quanto i due prodi campioni della libertà italiana summentovati, ma la stessa intrepidezza, lo stesso valore e lo stesso genio... Genova può con orgoglio incidere il nome di Montaldi accanto a quello del suo vate guerriero: Mameli" (9).

Nelle stesse pagine, Garibaldi ricorda i nomi dei vecchi compagni che si copersero di gloria in quella giornata.

Innanzitutto il colonnello Giuseppe Marocchetti, di Biella. Durante la marcia su Roma (come la definisce Garibaldi) aveva comandato la Legione Italiana da Cesena a Foligno. A Velletri comandava l'avanguardia. Ferito, il 30 aprile, tornò a combattere e fu ancora ferito gravemente ad un braccio, il 3 giugno, nella tragica giornata che vide scatenarsi la mischia intorno al Casino dei Quattro Venti, perduto e riconquistato alla baionetta più volte, ma non si mosse dal campo di battaglia fino a notte. Tornato a combattere, difese le linee dalla Batteria del Pino fino a Porta Portese (accompagnò Garibaldi nella ritirata fino a San Marino). Quel giorno, la Legione perde i suoi uomini migliori: Masina, Daverio, Mameli, Dandolo; fra essi vecchi compagni di Montevideo, il capitano Bernardo Peralta, il capitano Paolo Ramorino, il capitano Giacomo Minuto ed altri.

Il capitano Paolo Ramorino, di Mondovì, che covava nel cuore la pena di avere ucciso in duello, nella marcia verso Roma, il commilitone di Montevideo, Tommaso Risso, e si era chiuso disperatamente in sé e ritrovava tutto il suo impeto nel momento della lotta. Ramorino aveva comandato, come scrisse un testimone oculare, Candido Augusto Vecchi, la Compagnia dei ragazzi che, andando all'assalto a Velletri contro le truppe napoletane che avevano circondato Garibaldi, era riuscita a liberare l'eroe. Il Vecchi racconta che, prima di condurre all'assalto quei ragazzi, li aveva arringati con queste parole: "Il primo che entrerà a Velletri sarà fatto ufficiale; il primo a rinculare; il primo a rinculare sarà moschettato. Passo di carica. Marcia". Concisione spartana! Ramorino fu ferito gravemente nella giornata del 3 giugno e morì il 7 giugno.

Nella lapide dell'Ossario, sul Gianicolo, ove i resti del tenente commissario Antonio Martino Franchi riposano con quelli di tanti altri compagni di Montevideo, sono incise le parole: "Il 30 aprile 1849, con Nino Bixio, fece prigioniero un intero battaglione francese". Fu ferito il 6 maggio nel combattimento di Palestrina. Ignoriamo se anch'egli perdetta la vita nella giornata del 3 giugno.

Al tenente Luigi Coccelli si deve l'inno del legionario italiano in Sud America.

Aveva combattuto alla Beccaccia ed era stato ferito a Morazzone. Accompagnò Garibaldi nella ritirata e nell'esilio fino a Tangeri ove morì colpito alla testa dal sole africano. Garibaldi ha vive parole di rimpianto per questo suo "giovine, bello e valoroso compagno".

Un altro glorioso caduto, sepolto sul Gianicolo è Giacomo Minuto, detto Brusco, capitano nei Lancieri; dopo la morte di Masina, l'8 giugno, aveva assunto il comando della Centuria dei leggendari cavalieri. Era nato nel 1819. Era giovane e pieno di ardimenti e di speranze. Il 30 aprile era andato arditamente all'attacco, alla testa dei suoi lancieri; il 25 giugno cadde colpito al petto. Degente all'ospedale, il 28 luglio, avendo appreso che i francesi erano entrati in Roma, aveva deciso di non sopravvivere e si era lasciato morire strappandosi le bende dalla gravissima ferita.

Un altro sepolto sul Gianicolo, sacro alla gloria della Legione di Garibaldi, è il savonese, capitano aiutante maggiore, Bernardo Peralta. Ferito il 19 maggio, volle essere dimesso dall'ospedale e tornò al combattimento, il 25 maggio. Cadeva nella gloriosa giornata del 3 giugno. In una relazione di pugno di Garibaldi, leggiamo che: "Masina, Daverio, Peralta morirono nell'attacco alla baionetta contro le posizioni Corsini e 4 Venti. La Legione aveva sostenuto per circa 3/4 d'ora tutto il peso dei nemici... Tutti i miei compagni di Montevideo sostennero, nella giornata del 30 aprile, la loro reputazione di bravura".

Alcuni di essi si inorgoglivano nel sentirsi chiamare le "tigri di Montevideo" (10). Ma non era altezzosa iattanza.

Traggo molti di questi dati da un'opera di Loevinson, fondamentale per l'esame di quel periodo (11), dal *Diario* di Ettore Aporti pubblicato da Alberto Agazzi (12), nonché da mie ricerche tuttora in corso di sviluppo nell'ambito di studi intesi a documentare l'apporto e l'opera dato a Paesi sudamericani dalle collettività italiane.

Debbo dire che non è senza commozione, aliena per altro da ogni velleità retorica, che mi accingo a documentare (nell'attesa di poterlo fare più completamente) l'apporto dato alla difesa di Roma da questi uomini che non avevano seguito né accademie militari né scuole di guerra, ma che si erano temprati alle fatiche ed alla lotta difendendo la libertà dell'Uruguay, minacciato ed assediato nella capitale da nemici più potenti. La scuola militare l'avevano seguita per lunghi anni, dal 1843 al 1848, combattendo agli ordini di un uomo che potremmo definire un "poeta della guerra": Giuseppe Garibaldi, di cui rimaneva, esempio insuperabile di strategia, la drammatica vicenda della battaglia di Sant'Antonio.

Molti fra essi erano uomini inculti, ma tutti erano animati da un grande amore per la libertà e da ansia di giustizia.

Continuo, per non disperdermi in considerazioni che mi porterebbero troppo lontano, a delineare nomi e vicende di altri vecchi compagni di Garibaldi che combatterono a Roma, siano stati o meno essi citati dal Capo nelle *Memorie*. Ripeto, peraltro che, di parecchi di essi, non ci resta memoria, tanto che possiamo immaginare che non tutti seguirono Garibaldi fino a Roma e che alcuni, semplici gregari o sottufficiali, rimasero

confusi nella massa dei venti-venticinque mila uomini, convenuti da ogni paese o romani di Roma, che si alternarono nella difesa della Capitale. Ma fra quelli che viaggiarono a bordo della *Speranza*, acquisirono fama e si impongono al nostro ricordo ed alla nostra riconoscenza anche i seguenti.

Il sottotenente Andrea Aguiar, più comunemente noto come *il moro di Garibaldi*. Era un figlio di schiavi. Uomo di forme gigantesche e di forza erculea, cavalcava con la scioltezza che distingue un vecchio domatore di cavalli qual'era, armato di una lunga lancia ornata da una banderuola. Non sapeva leggere e scrivere, ma era prode e devoto a suo capo fino al fanatismo: era la sua ombra. A Velletri corse con lui il rischio di essere catturato dai napoletani. Il 30 giugno, nella zona assegnata alla Legione Italiana, fu colpito a morte dinanzi al Monastero dei Sette Dolori, in Trastevere, e morì lo stesso giorno. La sua salma fu vegliata accanto a quella di Luciano Manara. Scrisse Garibaldi che "l'America, col sangue di un valoroso suo figlio, aveva offerto un saggio dell'amore dei liberi di tutte le contrade per la bellissima e sciagurata nostra Italia".

Il capitano Pietro Amero, di Costigliole d'Asti, già ferito l'8 febbraio 1846, nella battaglia di Sant'Antonio del Salto, fu ferito il 3 giugno nel combattimento di Porta San Pancrazio, là dove ventitré su venticinque ufficiali della Legione Italiana erano stati messi fuori combattimento. Ma uscì dall'ospedale pochi giorni dopo ed il 2 luglio iniziava con Garibaldi la marcia che doveva concludersi a San Marino.

Il tenente colonnello di Stato Maggiore, Ignacio Bueno, argentino, aveva seguito fedelmente Garibaldi; nella sfibrante ritirata verso San Marino, nella notte dal 28 al 29 luglio, abbandonò il reparto di cui era al comando; ma aveva combattuto con onore alla difesa di Roma.

Anche il capitano Luigi Caroni, già ferito a Sant'Antonio, non si comportò onorevolmente. Fatto prigioniero dai francesi il 30 giugno, ottenne, poi, il permesso di tornare alla sua casa.

Il tenente uruguiano. Manuelito Caballeros, invece, riscattò la viltà e l'incapacità dei pochi. Portabandeira, con il grado di sottotenente, volle conservare da tenente l'incarico onorifico e moriva sul campo da prode nella giornata del 3 giugno.

Prode fra i prodi è il cap. G.B. Cugliolo, detto *Leggiero*. Dopo l'improvvisa violazione della tregua da parte dei francesi che il 3 giugno assalirono i difensori, egli fu alla testa dei suoi legionari negli attacchi e contrattacchi alla baionetta per la riconquista del Casino dei Quattro Venti; ferito ad un piede e costretto alla degenza fin dopo la partenza da Roma di Garibaldi, avvenuta il 2 luglio; ma il 14 luglio, quando già Garibaldi era giunto ad Orvieto, abbandona l'ospedale e raggiunge il suo capo; e gli sta accanto, unico compagno, fino alla morte di Anita e fino all'arrivo in Piemonte.

Il tenente Luigi De Agostini, che fu dei primi compagni di Garibaldi in Uruguay, avendo partecipato nel 1842 alla cosiddetta spedizione suicida nel Paraná, al comando di una delle tre navi, fu ferito nel combattimento del 3 giugno; e se ne perdono le tracce.

Conosciamo, invece, il destino ultimo del capitano Francesco De Maestri, nato a Spotorno il 19 ottobre 1826, che, avendo perduto qualche mese prima il braccio destro

nella campagna di Lombardia, combatté a Roma con sommo coraggio e fu ferito il 3 giugno. Accompagnò Garibaldi nella ritirata fino all'ultimo e, arrestato dagli austriaci, come scrisse il suo capo, fu malmenato e atrocemente bastonato. Forse per la sua mutilazione poté scampare il patibolo. Visse fino al 1876.

Anche il tenente Antonio Graffigna di S. Martino dell'Argine (Mantova) fu ferito il 3 giugno; nella stessa giornata fu ferito anche il sottotenente Giuseppe Greppi del piacentino. Fu uno dei pochi che poté poi ritornare in America dove morì.

Il capitano Giovanni Livraghi, lombardo "prode e simpatico milanese", come lo ricorda Garibaldi, il quale accompagnò il suo capo nella ritirata e fu fucilato dagli austriaci come disertore in tempo di guerra, a Bologna, insieme ad Ugo Bassi, l'8 agosto 1849.

A Ca' Tiepolo cadeva sotto il piombo austriaco, il 1º agosto, anche il ligure capitano Lorenzo Parodi che aveva seguito il suo capo nella ritirata. I suoi resti riposano nell'Ossario gianicolense.

Il maggiore Angelo Pigurina, che a Morazzone aveva condotto all'assalto il battaglione dei volontari pavesi, era rimasto a Roma perché ferito.

Ricordo ancora, tra i combattenti di Roma, il sottotenente Carlo Righini e il piemontese, di Alessandria, capitano Carlo Rodi, già ferito di palla a Sant'Antonio: era uno degli ufficiali più anziani della Legione, essendo nato nel 1799 ed il capitano dei lancieri, Antonio Solari, ligure.

Il capitano Gaetano Sacchi, già ferito a Sant'Antonio, aveva combattuto con onore a Luino; nella gloriosa giornata del 30 giugno aveva comandato le difese del Vascello fino a quando non dovette cedere il comando alle truppe di rincalzo comandate da Giacomo Medici. Sacchi aveva 22 anni, essendo nato a Pavia nel 1824, quando era rimasto ferito a Sant'Antonio; Medici, invece, era giunto tardi in Uruguay, inviato da Giuseppe Mazzini che voleva ottenere per mezzo dei suoi fidi contatti con gli italiani che onoravano il loro Paese in terra straniera; ed aveva mantenuto i contatti in una con il vecchio mazziniano, Felice Origoni, che anche lui combatterà a Roma in difesa della Repubblica.

Su Giacomo Medici non mi fermo a lungo perché ben nota è la brillante traiettoria militare che lo portò fino al grado di generale di divisione e quella civile che lo condusse al massimo onore del laticlavio. Sacchi e Medici, i due più noti compagni di Garibaldi a Montevideo, legarono il loro nome alla disperata difesa delle posizioni loro affidate nei ridotti gianicolensi contro le soverchianti forze nemiche. Sacchi combatté eroicamente ai Quattro Venti fin dal 3 giugno; Medici mantenne la posizione del Vascello fino a che dell'edificio non rimase che un mucchio di macerie; e fu l'ultimo bagliore della volontà repubblicana di resistere.

Ho citato ventotto nomi di ufficiali che, seguendo il loro capo, erano giunti di là dall'Oceano per offrire la loro opera alla libertà e all'unificazione della loro terra di origine.

Fra tanti eroismi e tanti morti, significativo è il loro apporto; essi precorrono le

schiere dei volontari che giunsero in Italia, nel corso della storia risorgimentale; tanto appariva loro giusta la causa per cui si doveva combattere e versare il sangue; ma essi precedono anche le schiere degli italiani che accorsero in ogni altro Paese, dovunque la libertà venisse conculcata e soffocata, per adempiere ad un imperativo della loro coscienza.

Ho voluto citare fatti e annotare episodi che diverranno più chiari ed esplicati man mano che la ricerca potrà avvalersi di altre fonti di conoscenza; ed ho voluto, con questo, rendere omaggio a tutte le collettività italiane all'estero così solidamente legate alla terra d'origine, durante il secolo XIX.

Questo vasto fenomeno dell'emigrazione, il più gigantesco ed immane nella storia sociale ed economica del Paese, ci appare nei suoi aspetti più accettabili e commendevoli attraverso l'opera di quanti, Mazzini e Garibaldi primi fra essi, si resero conto che una parola di fede e di speranza poteva venire alla terra d'origine da tutti i Paesi del mondo, dove operavano fiorenti nostre collettività.

Questa parola è materiata dai fatti e da contributi rilevanti, come abbiamo visto attraverso l'apporto di sangue e di gloria offerto alla Repubblica di Roma da gente di ogni regione accorsa al suo appello.

NOTAS

- (1) *Rassegna storica del Risorgimento*, Roma, 1968, fasc. IV.
- (2) *Bollettino della Domus Mazziniana*, Pisa, 1968, fasc. I.
- (3) Cfr. lettera del 7 nov. 1847, da Parigi.
- (4) Pure del 7 novembre 1847.
- (5) 19 novembre 1847, da Livorno.
- (6) *La Concordia*, Torino, 8 marzo 1848.
- (7) GIUSEPPE GARIBALDI, *Memorie*, nella redazione definitiva del 1872, Bologna, Cappelli, 1932, pagg. 233-234.
- (8) Pubblicato in: ALBERTO CAVACIOCCHI, *Le prime gesta di Garibaldi in Italia*, in "Rivista Militare Italiana", Roma, 1907, VI.
- (9) GARIBALDI, *Memorie*, cit., pp. 282-283.
- (10) In *Il Monitore Romano*, Roma, 8 giugno 1849.
- (11) ERMANNO LOEVINSON, *Giuseppe Garibaldi e la sua leggione nello Stato romano 1848-1849*, Roma, 1902-1907.
- (12) *Diario degli avvenimenti di Lombardia e di Roma (1848-1849)*, a cura di Alberto Agazzi, in "Studi Garibaldini", Bergamo, 1964.

Los pintores del Risorgimento I MACCHIAIOLI

Carlos Novello

El Risorgimento fue un movimiento nacional, que tuvo como meta inmediata la liberación de Italia de sus invasores y de las tiranías que la dividían y la oprimían para lograr, finalmente, la unidad italiana.

Fue un proceso largo, penoso y feliz, al mismo tiempo, como todo parto, y que no culminó todavía en sus premisas unitarias.

Unió los mejores ánimos italianos transformándose en un movimiento universalista que comprendió prácticamente a todas las expresiones espirituales en todos los niveles sociales.

La globalidad del Risorgimento es una de sus características más notables y el hecho de que se haya desarrollado a lo largo y a lo ancho de toda la península –de una manera u otra– y en las Islas, está señalando que el pueblo italiano nunca aceptó las divisiones impuestas y vivió latente en millones de personas la llama de un patriotismo medido, sano, profundo y orgullosamente sereno.

En el campo de las artes, en el que tan larga y tan rica tradición tiene Italia, este sentimiento se evidenció diversamente alcanzando puntos muy altos, por ejemplo, en la literatura y en la música, pero es en la pintura que se expresó de una manera original y revolucionaria.

No es casualidad que el movimiento denominado de los Macchiaioli haya surgido en Florencia que, a toda su inmensa tradición artística unía el hecho de ser de los pocos lugares en que, en Italia, se respiraba en la época un aire de mayor libertad. Desde 1849, año de la derrota de la República Romana, se va nucleando en la ciudad del Arno un grupo de artistas, muchos de los cuales son prófugos políticos de otras regiones de la Península y se va formando un movimiento progresista que se vierte en los temas políticos –que interesan a todos– y en los temas artísticos, a través de los cuales buscan también romper con los moldes anquilosados del academicismo, representante, de algún modo, del *statu quo* existente.

En uno y otro tema buscan y vislumbran lo nuevo, lo que se adaptará mejor a los nuevos tiempos para los que deben prepararse a vivir Italia y Europa.

Cuando en arte se quiere encontrar "lo nuevo", siempre hay que buscarlo, paradojalmente, en lo más viejo y permanentemente renovado: la naturaleza, para captarla desde otro punto de vista, con otra óptica, y analizarla con criterios diferentes a los utilizados hasta entonces.

Así aparecen los conceptos de "verdad", "naturaleza" y "realidad", que se constituyen en los cánones obligados para interpretar revolucionariamente la nueva vida. Esta actitud llevó a los Macchiaioli a establecer un contacto cada vez más estrecho con el paisaje. Con los paisajes a los que cada uno se acercó, de acuerdo a sus propios gustos, cediendo a sus propias inclinaciones.

Estos paisajes van desde Venecia, a la que llegan en 1856 Signorini, D'Ancona y Maldarelli, hasta Riomaggiore, en las Cinque Terre, adonde acude Montorsoli, así como las colinas de la Impruneta, las Cascine, Bellariva, Settignano, los huertos de Pergentina o Castiglioncello, todos los cuales fueron lugares preferidos por los Macchiaioli para realizar sus primeros descubrimientos.

Si bien en Florencia se iban concentrando, por las razones expuestas, quienes buscaban nuevas vías para la pintura, en otras regiones de Italia había pintores que también se inclinaban a buscar la verdad (su verdad) en la naturaleza, como sucedía en Nápoles –en aquella Nápoles oprimida, tiranizada, borbónica– con los hermanos Palizzi, fundadores de la Escuela de Posillipo y los integrantes de la Escuela de Resina, que tuvieron gran influencia sobre el grupo macchiaiolo.

También en Piemonte y en Suiza, con Fontanesi, Avondo y la Escuela de Rivara se había creado un grupo que avanzaba por similares carriles.

Se puede decir, pues, que se trata de una nueva concepción, que adquiere carácter nacional, pero que es en Florencia y en Toscana que asume una más decidida militancia práctica, reaccionando contra las posibilidades cada día más cerradas del romanticismo tardío y abriendo, por ende, una nueva propuesta estética coincidente, por lo demás, con la nueva actitud espiritual que, en lo político, se iba generalizando permanentemente.

En medio de aquel afán de renovación, no es extraño hallar a quienes, propugnando el cambio estético tratan de lograrlo con el pincel en la mano, pero también, propugnando el cambio político y social, traten de lograrlo con la espada en la mano. Caso único en la Historia del Arte, que nos muestra a numerosos pintores en esa actitud.

Antonio Fontanesi es uno de ellos: nacido en Reggio Emilia en 1818, combatió desde muy joven como garibaldino, desde 1847 hasta 1850, y sólo retomó el pincel en este último año, en su exilio de Ginebra. En el '67 se trasladó a Florencia, donde trabó estrecha amistad con Cristiano Banti. Si bien desde el punto de vista técnico nunca fue estrictamente un Macchiaiolo, estuvo unido al movimiento y dejó obras importantes como "Tramonto sull'Arno" y, entre otras, "Il lavoro della terra". Otro artista, éste sí un pilar importante del movimiento artístico que nos ocupa, que luchó con las armas en la mano por la libertad y la unidad italianas, fue **Silvestro Lega**. Lega nació en 1826 en



1) Giovanni Fattori: "In vedetta" - cms. 36 X cm. 56 - Colección Marzotto de Valdagno (Veneto).



2) Giovanni Fattori: "La rotonda dei bagni Palmieri" (1866) - cm. 12 x cm. 30
Galería de Arte Moderna de Florencia.

Modigliana (Forlì) y a los diecisiete años, en 1843, fue a Florencia y se inscribió en la Academia, cuyo director era, por entonces, Enrico Pollastrini. Muy pronto dejó la Academia para entrar al estudio del pintor "purista" Luigi Mussini, junto a quien luchó, en 1848, en las batallas de Curtatone y Montanera. Junto a Mussini, Lega desarrolló su gusto por el dibujo bien delineado, de contornos nítidos, de clara ascendencia "quattrocentista". Permaneció fiel a este estilo cuando, posteriormente, se inscribió en la escuela de Antonio Ciseri y, finalmente, cuando abrazó entusiastamente las nuevas ideas del movimiento Macchiaiolo.

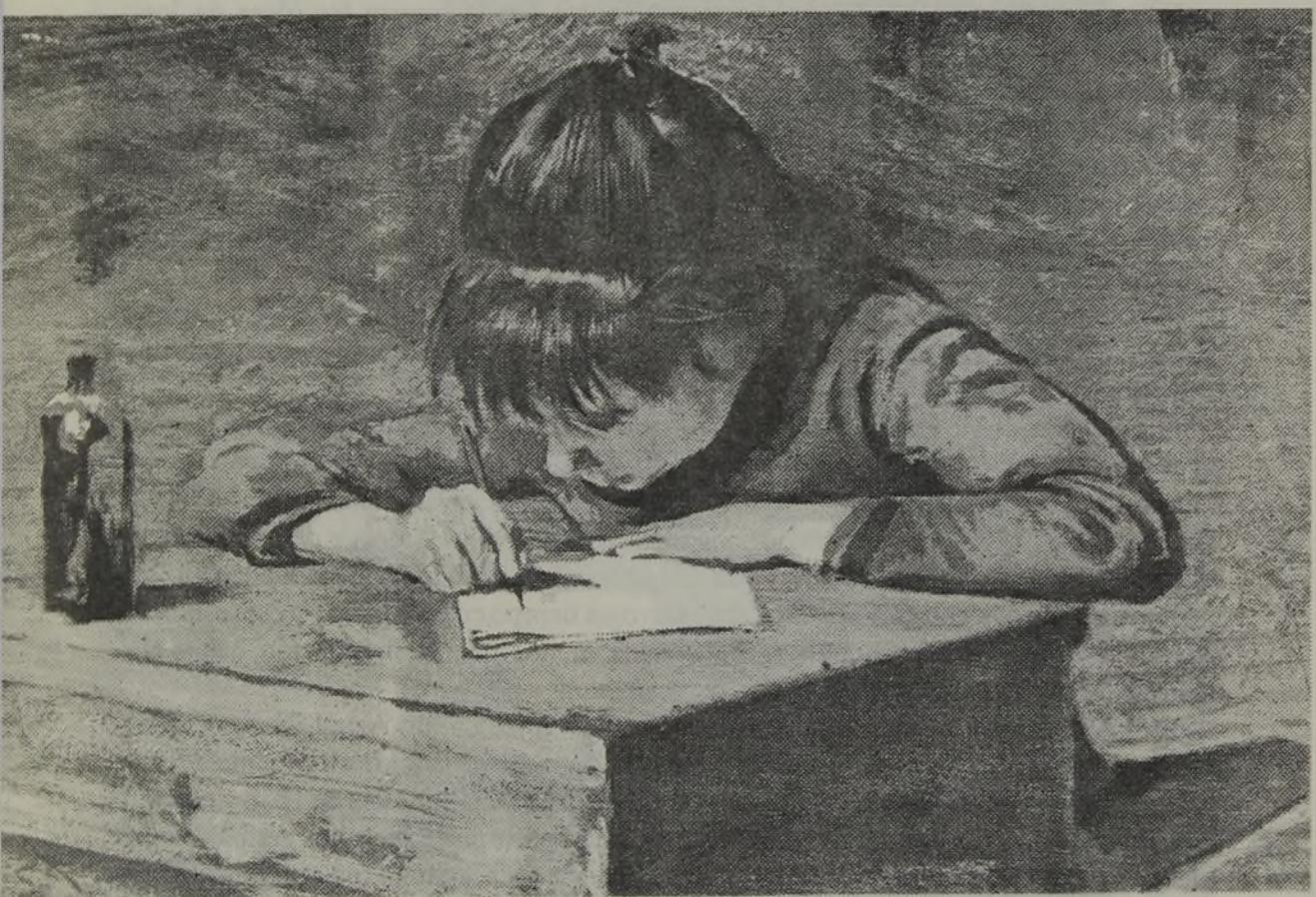
Desde 1861 pintó pequeños cuadros siguiendo la técnica macchiaiola para representar el paisaje, pero es en la muestra florentina de 1866 que expone su primer cuadro importante realizado con esta técnica: "Gli sposi novelli".

Para Lega, que hasta 1862 pintó cuadros históricos y episodios del Risorgimento, la obra de arte fue, posteriormente, "...lo sviluppo di un'impresione ricevuta, quando sia convenuto e stabilito che il punto di partenza debba essere un motivo dal vero", como dijo Cecioni.

Dejó obras importantes como "Bersaglieri che conducono prigionieri austriaci", que data aproximadamente del 1860 y se encuentra en la Galería de Arte Moderna de Florencia; "Bambine che fanno le signore", del 1869 aprox., que pertenece a una colección privada; el espléndido "Passa il Viatico", de 1864, siempre dentro de las dimensiones pequeñas que son normales para los pintores macchiaioli, quienes raramente pintaron cuadros de grandes dimensiones, consecuencia lógica, por otra parte, si se tiene en cuenta que no podían contar en las calles o en la campaña, con las comodidades con que cuenta un pintor que realiza su trabajo en estudio.

El "Viatico" de Lega está en la Galería de Arte Moderna de Milán, en la Colección Grassi. El más característico de este pintor y, seguramente, el más macchiaiolo de los que surgieron de su pincel, es "La visita", de 31 cm. por 60 cm., de 1868, que se encuentra en la Galería de Arte Moderna de Roma. "Un dopo pranzo", también de 1868, algo más grande: 74 por 93.5cm., se encuentra en el Museo de Brera, en Milán. Otra obra importante, a pesar de su tamaño: cm. 24 x 35.3, es Villa Bandini al Gabbro", de 1892, que se encuentra en la Colección Angiolini de Livorno. Al año siguiente pintó el retrato de la señora Paola Bandini, perteneciente a la misma colección. Pero su obra más importante en el rubro retrato, por la profundidad psicológica que le supo imprimir logrando plasmar más el interior atormentado que las facciones de esta pobre mujer, es el titulado "La scellerata", que pintó alrededor de 1890 y se halla en la Colección Falleni, también en Livorno.

Vincenzo Cabianca fue el primer pintor que presentó, al decir de Fattori, un cuadro estrictamente macchiaiolo: un cerdo negro que resaltaba su figura contra un muro blanco. Nacido en 1827 en Verona, Cabianca asistió a la Academia Cignaroli de esa ciudad y posteriormente a la Academia de Venecia. Llegó a Florencia como prófugo político y allí formó parte, por 1853, junto con Signorini y Borrani del grupo del Caffè dell'Onore. Viajó mucho con Signorini hasta 1868 cuando se casó y fue a vivir a Roma.



3) Telémaco Signorini: "Bambina che scrive" - cm. 14.8 x cm. 26.8 Colección Ojetti (Florencia).

Pintó la campaña romana y napolitana, en Rocca di Papa e Ischia, respectivamente, y la toscana, en Castiglioncello.

“Ritorno dai campi” es un hermoso cuadro suyo, pleno de luz, del 1862 y se encuentra en la Colección Angiolini de Livorno. Una formidable pintura -entre las mejores que surgieran del movimiento macchiaiolo- es su “La partenza della paranza”, de 1861, que se encuentra en una colección privada de Milán.

En los últimos años Cabianca se dedicó casi especialmente a la técnica de la acuarela, que se adaptaba muy bien a la luminosidad de muros blancos, de jardines conventuales y del mar, que fueron sus temas favoritos.

Adriano Cecioni, junto con Signorini y Martelli, fue el teórico de la “macchia”. Nació cerca de Florencia, en Fontebuona, en 1836. Comenzó dedicándose a la escultura. En 1859 se enroló como voluntario en las luchas patrióticas.

Entre los que formaron el famoso grupo del Caffè Michelangiolo, Cecioni es uno de los más cultos.

Logra una beca en 1863 y se dirige a Nápoles donde inserta las ideas de los Macchiaioli en la corriente del “naturalismo” de los Palizzi, creando con Federico Rossano, Marco De Gregorio, Giuseppe De Nittis y el siciliano Antonio Leto, la Scuola Naturalistica di Resina, también conocida como la “Repubblica di Portici”. Después de 1867 Cecioni vuelve a Florencia donde escribe una serie de “notas” críticas que constituyen el basamento ideológico del movimiento macchiaiolo. A él se debe una pintura que es una caricatura de los contertulios del Caffè Michelangiolo, toda en tonos de marrón y ocres. Se encuentra en la Colección Gerli de Milán y data de 1861. Un retrato de su mujer, que se encuentra en la Galería de Arte Moderna de Florencia, que no se podría considerar, sin embargo, una pintura macchiaiola, es un interesante estudio de expresión.

Nino Costa, como era más comúnmente conocido **Giovanni Costa**, nació en Roma en el año 1826. Después de estudiar pintura con los más importantes maestros de su tiempo, su espíritu patriótico lo llevó a acercarse a las ideas mazzinianas y, en 1848-49, luchó con los garibaldinos. De estos años son sus paisajes de Ariccia y de la campaña romana, pintados “dal vero” mucho antes de que comenzaran a hacerlo los Macchiaioli.

De regreso de la guerra de 1859 Costa estuvo un tiempo en Florencia y a esta estadía del pintor entre los Macchiaioli se debe nada menos que la inclinación hacia el naturalismo de Fattori.

En los últimos años fundó en Roma la sociedad artística “In Arte Libertas”, que interpretaba ampliamente, aunque en forma mesurada, el verismo resurgimental.

Raffaello Sernesí tuvo una corta vida de héroe. Nació en Florencia en 1838 y murió en el Hospital de Bolzano en 1866. En efecto, formaba parte de los ejércitos garibaldinos que durante ese año luchaban contra la ocupación austriaca, cuando fue herido y hecho prisionero por los ocupantes. Murió poco después de cangrena, por falta de atención médica.

Pintó junto a Signorini, Borrani y Cabianca; luego, en Pergentina, con Lega y con



4) Silvestro Lega: "Bersaglieri che conducono prigionieri austriaci" (1860 ca.)
Galería de Arte Moderna de Florencia'

Borrani en San Marcello, en las montañas de Pistoia. Recordamos "Alti pascoli", de esa época, y una fina pintura, que capta toda la poesía de las colinas florentinas, en la que deja traslucir, curiosamente, las vetas de la madera, que pasan a formar parte del paisaje: "Colli fiorentini", del 1865 (cm. 14.5 x 18.4), está en la Galería de Arte Moderna de la ciudad de la cúpula brunelleschiana.

Federico Zandomeneghi, que huyó de Venecia, donde había nacido en 1841, para evitar la conscripción austriaca, llegó a Pavía y se inscribió en su universidad.

Muy pronto la gesta de los Mil de Garibaldi lo atrae inevitablemente y, quien había sido condenado en Venecia como desertor (de los austriacos) participa en esta empresa patriótica voluntariamente.

De retorno, se dirige a Florencia. Luego de un infructuoso tentativo de reingreso a su ciudad natal, vuelve a Florencia donde se acerca a los Macchiaioli en el mismo año en que llega Boldini: 1862.

Sin lugar a dudas, el pintor más importante de la corriente macchiaiola fue el livornés Giovanni Fattori, nacido en 1825.

Procedente de una familia de artesanos, pronto mostró su inclinación por la pintura y en 1846 se inscribió en los cursos de Giuseppe Bezzuoli, en la Academia de Florencia. Durante la primera guerra de independencia colaboró como "fattorino di corrispondenza" en el Partido de Acción. Posteriormente comenzó a frecuentar las reuniones del Caffè Michelangiolo en las que intervenían los artistas renovadores de los cuales surgieron los Macchiaioli.

No se separó, sin embargo, en seguida del tratamiento del "cuadro histórico", que continúo cultivando en sus temas militares a los cuales, desde 1862, con su "Battaglia di Magenta" imprimió un cambio sustancial al ser ejecutada ya bajo la óptica del realismo moderno. Mucho contribuyeron a acercarlo cada vez más hacia el estudio directo de la naturaleza, su contacto con Nino Costa y su activa amistad con el crítico Diego Martelli.

Afortunadamente, la obra de Fattori es muy abundante.

En la ya mencionada "Battaglia di Magenta" mantiene todavía las dimensiones habituales del "cuadro histórico": m. 2.32 x m. 3.48 y su título real es: "Il campo italiano alla battaglia di Magenta". Es de 1861 y se encuentra en la Galería de Arte Moderna de Florencia.

"Pianura con cavalli e soldati", que se encuentra en el Museo de Capodimonte, en Nápoles, ya es una tablilla macchiaiola de 22 cm. por 61 cm., pero, sin embargo, aún no se desvinculó del anterior tratamiento clásico del "cuadro histórico". Donde sí se va a encontrar todas las características del tratamiento macchiaiolo, también en un tema militar, es en su ya clásica "In vedetta", una tabla de 36 x 56 cm., perteneciente actualmente a la Colección Marzotto de Valdagno, en el Véneto. Dividida en tres grandes planos de ocres claros y azul celeste, se destacan las figuras de tres soldados a caballo. Pero la que da la tónica a la pintura es la imagen del que está en primer plano destacando con su casaca azul oscura contra la superficie lisa del largo muro sobre el que



5) Silvestro Lega: "La visita" (1868) - cm. 31 X cm. 60 Galería de Arte Moderna de Roma.

se proyecta dramáticamente la sombra del jinete y de su cabalgadura. Esta sombra es importante: no corresponde a la que debería proyectar la figura iluminada por un sol despiadado, sino que se extraña de la misma asumiendo una forma deliberadamente diferente con lo cual deja al personaje más solo aún.

Los otros dos soldados montados están lejos, al final del muro; uno de ellos, casi detrás de esa "nada" vertical, que se contrapone a la otra horizontal del piso de tierra del mismo color y a la de un cielo inexpresivo en su color azulado.

Un infinito silencio invade todo y la soledad es más profunda que nunca.

La figura solitaria de este soldado desconocido se vincula mentalmente al teniente Drogo del "Deserto dei Tartari" buzzatiano, a pesar de que la ambientación de uno y otro personaje son totalmente distintas.

Este enorme silencio que logra aquí Fattori se contrapone con el ambiente que logró en "La rotonda dei bagni Palmieri", una tablilla de 12 x 35 cm., en la que el grupo de mujeres –verdaderas "manchas" vivientes– que descansa debajo de los toldos parece dejar oír su reposada conversación debajo de las lonas que dan una agradable intimidad a un espacio muy bien logrado, resguardado del paisaje exterior que irradia una luz casi agresiva, en la costa marina.

Quizás sea ésta una de las obras mejor conseguidas, de Giovanni Fattori, desde el punto de vista de la "macchia".

Tiene también muchos cuadros, algunos de ellos bastante grandes –de alrededor de un metro por un metro y medio, aproximadamente– que representan temas camperos. De entre ellos podríamos citar "La marcatura dei torelli", "Butteri e mandrie in Maremma", "Il salto delle pecore", etc..

En nuestro país existe una tela de Fattori, de 1.10 x 0.50 aprox., titulada "In caserna", que representa a un grupo de caballos atendidos por militares frente a una vieja casona que oficia de cuartel. Pertenece al Museo de Artes Plásticas pero está en custodia en la sede de la Academia Nacional de Letras, en el Palacio Taranco.

La búsqueda y la expresión de lo real en Fattori lo lleva a valerse de un dibujo que, lejos de las enseñanzas académicas de la época, está directamente emparentado con la tradición figurativa del Quattrocento toscano y es ello lo que valoriza la representación del presente con un sentido innovador.

Ese presente, esa instantaneidad que llevó a afirmar a los macchiaioli que el pintor debe reproducir exactamente aquello que el ojo percibe, esto es: manchas coloreadas de luz y de sombra, por lo cual esa percepción jamás debe estar viciada por prejuicios culturales.

Nos detuvimos más en estos pintores del grupo de los Macchiaioli porque fueron los que directamente, con las armas en la mano, lucharon por los ideales del Risorgimento y eso les da un carácter muy especial, que vale la pena señalar.

Pero, si bien Fattori sobresale de entre todos ellos por la calidad de su obra –y también por la cantidad relativa– hay otros artistas que integran este movimiento que son de enorme importancia dentro de la historia de la pintura italiana y europea.

Giuseppe Abbati, un verdadero maestro en el lenguaje de la "macchia", con obras como "Chiostro", "Ulivi al Monte delle Croci", "Inverno". Existe una clara vinculación entre su "Chiostro", de alrededor de 1860 y la ya citada "La partenza della paranza", de Cabianca, que es de 1861.

Otro "grande" del movimiento es **Telemaco Signorini**, con obras como "Settignano", "Giardino a Careggi", "Impressione a Chioggia", "Il vecchio mercato di Firenze", "Bambina che scrive", "La toeletta del mattino", etc..

Serafino De Tivoli, que realizó obras fundamentales como "La pescaia a Bougival".

Cristiano Banti, de cuya obra se puede destacar "Vecchia Livorno" y "Boscairole".

Odoardo Borrani, de quien podemos señalar dos preciosas pinturas: "Marina di Castiglioncello" y "Via San Leonardo".

También **Eugenio Cecconi**, como Sernesí en sus "Colli fiorentini" ya citados, hace partícipe a la materia sobre la que pinta, la madera, del ambiente que crea en su hermosa pintura titulada "Fattori che dipinge" y deja correr la fantasía en espacios amplios en "Nebbia".

Niccolò Cannicci, **Ulvi Liegi**, seudónimo de **Luigi Levi**, **Vito d'Ancona**, **Francesco Gioli**, **Angelo y Ludovico Tommasi**, **Mario Puccini**, **Giovanni Bartolena**, **Armando Spadini** y **Giovanni Boldini**, son puntos altos entre los pintores del grupo, que sólo la falta de espacio nos impide dedicarles más atención, como la merecen.

En la Italia resurgimental, que encerraba en sí el germen de la Italia moderna, se estaban echando los cimientos de nuevas lógicas en los más diversos aspectos de la actividad de la vieja Nación que surgía nuevamente a la vida política como una unidad.

Debemos comprender que era difícil remover las pesadas tradiciones para buscar en ellas lo que pudiera ser base de las nuevas técnicas de pintura que iban a revolucionar, por cierto, la pintura europea.

Estas bases las pudieron encontrar, aunque parezca, a primera vista, difícil de entender, en dos anteriores revoluciones que registra la Historia del Arte y que se sucedieron en Italia: la de Giotto (1267-1337) y la de Masaccio (1401-1428).

De Giotto dijo Leonardo: "Il pittore avrà la sua pittura di poca eccellenza, se quello piglia per autore l'altrui pittura; ma s'egli imparerà dalle cose naturali farà bono frutto, come vedemo ne' pittori dopo i romani, i quali sempre imitarono l'uno dell'altro e di età in età sempre mandaro detta arte in declinazione."

Dopo questi venne Giotto fiorentino il quale, non stando contento a imitare l'opera di Cimabue suo maestro, nato in monti solitari cominciò a disegnare... e dopo molto studio avanzò non che i maestri della sua età, ma tutti quelli di molti secoli passati".

Esto lo escribió Leonardo da Vinci en su Codice Atlantico, alrededor del 1500 y en la misma época, en su Trattato della Pittura, dijo respecto a Masaccio: "... Dopo questo (Giotto) l'arte ricadde, perché tutti imitavano le fatte pitture, e così andò declinando, insino a tanto che Tomaso fiorentino, scognominato Masaccio, mostrò con opere perfette come quegli che pigliavano per autore altro che la natura, maestra de' maestri, s'affaticavano invano".

Ciertamente que los Macchiaioli interpretaron la naturaleza, "maestra de los maestros", de acuerdo a los conceptos del siglo XIX, creados por ellos, al tiempo que preparaban las condiciones para el nacimiento de un sector importante de la pintura del siglo veinte, si bien para algunos el movimiento parece haberse agotado en sí mismo.

Predecesores del impresionismo, que tuvo gran desarrollo en Francia, en la búsqueda de un nuevo lenguaje pictórico para reinterpretar la naturaleza, no tuvieron, es cierto, una continuidad como puede considerarse que la tuvo el "modernismo" lombardo a través de Segantini y Previati. En efecto, el "divisionismo" de esta escuela lombarda, emparentado con el "puntillismo" de Seurat y del "neoimpresionismo" francés, desemboca en pintores como Balla, Boccini, Carrà y Severini, que formarán la vanguardia futurista, a principios de nuestro siglo.

El Risorgimento fue un movimiento político del cual quizás se esperaba más de lo que podía dar por sí solo. Fue un paso gigantesco que dio el pueblo italiano, que cubrió una larga etapa y que cerró su primer ciclo que debía ser preparatorio del siguiente. Creemos firmemente que la libertad italiana actual, que la democracia italiana actual, que la prosperidad –todavía mal distribuida regionalmente, pero prosperidad al final italiana actual, no hubieran sido posibles sin la experiencia vital del Risorgimento, pero a fines del siglo pasado mucha gente que hasta había ofrendado su vida por los postulados del Risorgimento pensaba que amplios y profundos cambios debían producirse inmediatamente. Y no fue así. No podía ser así. Las vicisitudes de sus vidas privadas sumadas a las creciente decepción por el desarrollo del acontecer político y, sobre todo, social, llevaron a algunos de los Macchiaioli más notorios a asumir actitudes, en sus obras, que estaban lejos de expresar la claridad de planteo y la seguridad espiritual que mostraban las del primer período.

La revolución democrática del Risorgimento aparece estancada y la desorientación cunde en el ánimo de mucha gente.

Los pintores pueden expresarla en sus obras.

Fattori es un típico ejemplo de este estado de ánimo desencantado y, aunque se mantiene firme en sus ideales, la realidad que lo circunda le hace pintar obras como "La libecciat", de 1875, en la que, como los árboles sacudidos por el implacable viento de libeccio, él, simbolizado por esos mismos árboles, se mantiene "fermo nelle radici ma sconvolto da una forza a cui non ci si arrende".

Más desamparado aún nos parece el artista en su "Mare in burrasca", de la misma época, en que nos presenta ese mar violentamente sacudido por la tormenta, sin ningún punto de referencia: puede ser un océano, una bahía o la desembocadura de un río, pero lo cierto, lo inevitable, es que no hay de dónde asirse, estamos destinados a naufragar en la tormenta.

Esta es la prueba fehaciente de que el primer ciclo del Risorgimento estaba cerrado y de que el pueblo italiano debía afrontar otras duras pruebas, de las cuales salió airoso y fortalecido.

Toda la pintura de los Macchiaioli, pero especialmente esas pequeñas y preciosas tablitas, son un acontecimiento artístico ineludible que cuenta, en una clave distinta, la gloriosa gesta resurgimental protagonizada por el pueblo italiano en un estado de gracia como pocas veces alcanzó un pueblo en la Historia.

Un prêtre rebelle: l'Abbé Semidei

Marie-Jean Vinciguerra

Nous avons eu l'occasion d'évoquer dans l'une de nos chroniques l'Abbé Paul Semidei (1). Ce prêtre corse, né à Bastia, après avoir administré à Paris, pendant de nombreuses années, la paroisse de Sainte Marguerite, dut s'exiler en Amérique Latine, pour avoir commis une terrible philippique contre Mgr de Quelen, Archevêque de Paris. L'Abbé Semidei qui se fit appeler "*l'Abbé Paul*", puis "*Monsieur Semidei*", crée à Montevideo une institution d'enseignement, quie eut grande réputation.

En 1842, il fut le témoin de Garibaldi à son mariage avec Anita et pour permettre à son illustre ami de subvenir aux besoins de sa petite famille, il lui offrit une place de professeur de mathématiques, d'histoire et de calligraphie...

Yvia-Croce mentionne dans son "*Anthologie des écrivains corses*" l'abbé et son livre au curieux titre: "*Sycophantologie ou réflexions religioso-politiques*" (2). Cet ouvrage de 397 pages peut être consulté à la Bibliothèque Nationale.

Comme nous l'avons dit, beaucoup plus qu'un pamphlet contre les moeurs d'une Eglise oublieuse du message évangélique, ce livre se veut une machine de guerre contre l'Archevêque de Paris.

L'auteur prévient le lecteur: "*Docteurs, savans (sic), moralisateurs par métier, gens d'esprit, ne lisez pas ces pages: elles ne sont pas tracées pour vous. Il vous faut des livres; et ce n'est pas un livre. Prolétaires, hommes abusés, jouets, victimes de l'obscurantisme et de l'erreur, épelez et réfléchissez si vous pouvez; c'est dans votre intérêt que j'ai écrit.*"

L'attaque est virulente. L'abbé oubliant les devoirs de sa charge ne s'embarrasse pas de précautions. Dénonçant "*l'esprit d'intrigue de flagornerie et de commérage*" de l'archevêque, il ne craint pas de provoquer son "*inexorable colère*" et "*les cris pharisaïques des dévots de profession*". La diatribe se développe inlassablement comme une sorte de réthorique à l'argumentation répétitive. L'abbé tire à boulets rouges sur le prélat. Quand il ne fustige pas son goût de l'intrigue et son "*servilisme*" politique,

il ironise sur son élégance, son allure féminine et la pompe dont il aime à s'entourer.

Certes, Mgr de Quelen fut avant tout gentilhomme, un aristocrate fier de sa naissance et de sa caste, celui-là même qui pouvait affirmer, sans humour, du haut de la chaire de Notre-Dame: "Jésus-Christ est de très bonne maison du côté de sa mère... il y a donc d'excellentes raisons de voir en lui l'héritier du trône de Judée." Aussi, ce prince de l'Eglise voulut-il "décrasser" l'épiscopat et faire appel à la fine fleur de la noblesse pour occuper les postes de la hiérarchie.

Homme de légitimité et "tisonnant les siècles au coin du feu" comme aurait dit Chateaubriand, "il n'y a rien sous le soleil –proclama-t-il dans son oraison funèbre du Duc de Berry– qui surpassé la grandeur de cette très chrétienne Maison de France". C'est cette allégeance que lui reproche précisément l'Abbé Semidei. Pour Mgr de Quelen, l'union du Trône et de l'Autel est intime. C'est un dogme qui ne se discute pas. Or, c'est ce dogme que discute le prêtre corse, au nom même du Christianisme le plus authentique: "l'Evangile de Jésus-Christ est célébré, vénéré par ceux-mêmes que la triomphante calomnie des égoïstes par excellence s'est toujours efforcée de faire passer pour des être immoraux, impies, anarchistes et sanguinaires" en d'autres mots, "par le Peuple". L'Abbé Semidei se fait le porte-parole de ce Peuple "continuellement accusé, méprisé, calomnié par ceux qui l'exploitent en tout sens". Or "seul le peuple sait admirer et pratiquer la vertu... seul il est capable de sentiments généreux et sublimes."

On ne peut pas ne pas être frappé par les similitudes existant entre l'œuvre de l'Abbé Semidei et "les Paroles d'un Croyant" de La Mennais qui ont paru l'année précédente (en 1834). Y a-t-il eu imitation ou même simple influence? L'Abbé Semidei s'en défend: ne précise-t-il pas "qu'il avait terminé son ouvrage avant que "Les Paroles d'un Croyant" eussent retenti aux oreilles de Nations."?

Comme Lamennais, il condamne tous les tyrans et glorifie les noms sacrés de "Peuple" et de "Liberté", qui doivent être indissolublement liés.

Mais quelle différence entre les deux œuvres! Celle qui sépare le génie du talent... "Les Paroles d'un Croyant" sont le cri sublime d'un cœur généreux et fraternel, l'admirable poème d'un prophète.

"Les reflexions religioso-politiques", malgré leur longueur, n'ont ni le souffle, ni l'ampleur de vue, ni l'inspiration qui caractérisent le texte fébrile de Lamennais, un texte qui enthousiasma les typographes (au point qu'ils en déclamaient certains passages). "La Sycophantologie" est plutôt un pavé dans le bénitier...

Et pourtant les deux œuvres sont nées d'une même constat, celui de la grande misère morale de l'Eglise de France, une Eglise coupée du Peuple et trop lié dans sa hiérarchie au Trône. L'Abbé Semidei rend l'Archevêque de Paris responsable de cette alliance coupable.

"Mais un jour viendra, Mgr, où les peuples auront les yeux désillés, où les peuples auront les yeux désillés, où les peuples connaîtront par eux-mêmes que ces monarques n'ont été et ne pouvaient qu'être funestes aux arts véritables, aux génies et ce qu'on appelle stupidement leur 'siècle' sera maudit par toutes les générations".

L'Abbé dénonce "*l'odieux monarchisme*", "le dévouement bourbonniste de Mgr de Quelen... Le prélat est sans excuses, il ne lui resterait, s'il veut trouver quelque indulgence, qu'à démissionner: "*donnez votre démission d'Archevêque, retirez-vous loin de Paris, après avoir désavoué toutes les erreurs et les simonies...*" On ne saurait reprocher à un prêtre de s'insurger contre l'exploitation des fidèles et les "*trajics*" d'un "*ministère que Jésus-Christ voulut gratuit*" et qui est devenu pour beaucoup un "*métier de cupidité*".

Toutefois, n'est-il pas excessif dans ses critiques et injuste envers Mgr de Quelen, qui, s'il fut légitimiste et réactionnaire, n'en fut pas moins souvent courageux, s'opposant même avec vigueur au pouvoir en place? Faisant allusion aux journées de juillet 1830, l'Abbé Semidei laisse penser que l'Archevêque de Paris se terra: "*il fallait alors non pas se cacher dans les trous et les ténèbres comme les hiboux pour maudire et trembler*". Mais notre abbé, s'il vit la paille dans l'œil de son Archevêque, vit-il la poutre dans le sien?

Le hasard a voulu que nous découvrions chez un bouquiniste, une œuvre écrite 13 ans plus tôt en italien par "*il signor abate Paolo Semidei*" (3). Il s'agit d'un étrange poème qui, malgré son style outrancier, exaspérément dantesque, ne manque pas d'inspiration et parfois de poésie. L'Abbé étais alors aumônier du 11^e régiment d'infanterie légère. Une vision –sorte de cauchemar– s'impose brusquement à lui: l'assaut donné par une foule d'ombres damnées, celles de récidives, à la statue du bon roi Henri IV sur le Pont Neuf. Mais, O prodige, "*Le Grand Béarnais*" de sa voix d'airain, rejette dans les ténèbres les monstres et prononce "*per saecula saeculorum*" l'éloge de la triomphante monarchie. Tout le poème est à la gloire des Rois de France et particulièrement de Louis XVIII, celui-là même qui fit de Mgr de Quelen un Archevêque de Paris...

"E sappi che opra è lo tuo Re del Cielo".

Quand on compare l'éloge fait au "*grande Bearnese*"

"O quanto è grande anco nel bronzo, e come

Sono dell'alma gli altri sensi espressi!

Qui venite a inspirarvi, o delle terra

Monarchi, ed apprendete

Come scettro innalzarne in pace o in guerra"

et la méchante ironie de l'allusion au même roi dans sa "*Sycophantologie*" ("tout comme un de nos rois très chrétiens, le Huguenot Henri IV, ce grand distributeur de poules encore à naître...") comment tolérer que l'Abbé Semidei puisse avoir le front d'écrire: "*toutes les nations, tous les hommes deviendraient-ils les vils troupeaux, la pâture des Bourbons, que, quant a moi:*" "*son pur sempre qual fui, morrò qual sono*"!

L'abbé, homme de courte mémoire, est-il encore si courageux de faire, en 1835, une exception bien arrangeante pour le Roi Louis-Philippe "*Roi-Citoyen*", *éclos des barricades et le plus honnête homme de France*", un "*roi-qui-se-dévoue*" au bonheur des Français?

Palinodie? Evolution? Double-jeu? Qui répondra?

L'Abbé Semidei fut un clerc cultivé (nourri aux sources sacrées et profanées, il vécut parfaitement sur le triple registre culturel et linguistique du latin, de l'italien et du français) vif, même trop, et entreprenant. Il ne manqua pas d'audace et paya cher ses prises de position. Il traduit bien le malaise de ces prêtres qui furent séduits par le message de Lamennais et vécurent le drame d'une Eglise coupée du Peuple. On comprend qu'à Montevideo il ait pu rencontrer la sympathie de "l'homme à la chemise rouge". Un bref mais bel hommage lui est rendu dans les "*Mémoires de Garibaldi*" : "lo stimabile istitutore Signor Paolo Semidei".

Il reste encore beaucoup à découvrir des aventures de "l'Abbé Paul" ...

NOTAS

(1) Kym N°131, juin 1982 "Garibaldi et les Corses".

(2) La "Sycophantologie" fut publiée à Paris chez Prévot en 1835.

(3) "*Visione Politica*" del signor Abate Paolo Semidei. Avignone Aubanel, 1822.

PARTICIPACION DE LOS MASONES ITALIANOS EN LA TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD ORIENTAL

Alfonso Fernández Cabrelli

Introducción

La contribución de la inmigración italiana a la formación y desarrollo de nuestra sociabilidad, de nuestra economía, de nuestra cultura en la totalidad de este concepto; es decir, a la consolidación del estado independiente nacido en 1830, a la creación del Uruguay moderno y a la forja del perfil característico de nuestra sociedad, ha sido considerada y valorada desde muy diversos ángulos.

Pero el aspecto muy específico que he de abordar en esta oportunidad, resultó postergado como lo han sido en su mayoría los temas de nuestra historia social; la de los usos, costumbres e ideas, la de las actividades cotidianas de las gentes comunes, de los muchos que laboraron desde la base en la construcción de nuestra sociedad.

La consideración de los héroes, de los caudillos —al fin y al cabo producto y representación del pueblo—, de sus necesidades y de sus sueños, el relato de las batallas; después la casi excluyente preocupación por los temas económicos, dejaron en la sombra la historia social.

Precisamente, uno de los aspectos de esa historia olvidada es el de la influencia que la Institución Masónica y sus adherentes, la de sus ideas y sus actividades, tuvieron en los hechos de nuestro pasado y en la conformación de nuestro presente. Y será en esa vertiente de nuestra historia que he de incursionar preocupándome específicamente de la presencia italiana en la Orden Fraternal y de valorar la contribución que los inmigrantes italianos prestaron a la obra que en pro de la difusión de una enseñanza laica y popular y de la secularización de la sociedad emprendió la Institución Masónica desde mediados del pasado siglo.

Dividiré mi exposición en tres partes: la primera estará dedicada a efectuar una rápida revisión de la participación italiana en el proceso inmigratorio ocurrido entre los años 30 al 77 del siglo XIX y de la inserción de esos inmigrantes en la sociedad oriental; en la segunda trataré de evaluar la importancia que, en número y participación, tuvo aquella parte de esos inmigrantes que ingresó en la Masonería aquí existente; dedicaré la tercera parte de mi trabajo al tema concreto del epígrafe, el de la actuación personal que a los masones italianos cupo en la transformación de la sociedad uruguaya a través de la difusión de la educación a nivel popular y de la secularización de la sociedad mediante la creación de todo tipo de asociaciones particulares. Sólo he de referirme en esta oportunidad a lo ocurrido en Montevideo, Salto, Paysandú y Mercedes.

1867 - 1877:

Las especiales características de la tercera ola de inmigración italiana

Tres son los grandes momentos de la inmigración europea llegada a nuestra patria en el lapso que va desde la instauración de la República independiente hasta el año 1877, y he puesto este límite porque en ese año vuelve a debilitarse significativamente el flujo inmigratorio; aunque será recién en los años ochenta cuando culmine una etapa, —la más trascendente—, de la tarea transformadora que había tomado a su cargo y que realizó efectivamente la Masonería oriental y será por eso que tendremos que llegar hasta el año 85 en el estudio de los resultados de aquella labor.

El primer empuje de aquel proceso de inmigración espontánea se debilitó durante la Guerra Grande, la segunda fase de esa corriente se inició en 1860 durante el gobierno de paz y de progreso de don Bernardo Prudencio Berro y sufrió un nuevo colapso al iniciarse la guerra civil provocada por la invasión florista de abril de 1863.

Finalmente el tercero y más fuerte impulso de esa afluencia —empuje que se mantuvo hasta 1877—, comenzó en 1867 cuando aquí se habían superado las desgarradoras perturbaciones ocasionadas por la “Cruzada” florista, la consecuente intervención militar brasileña y la injusta guerra desatada contra el Paraguay por la llamada Triple Alianza.

Las mejoradas condiciones económicas, políticas y sociales existentes en el Río de la Plata y la paz interna aquí reinstalada atrajeron nuevamente a los inmigrantes de una Europa que en esos momentos estaba soportando el peor momento de la primera gran crisis del industrialismo con su secuela de huelgas, desocupación y conmociones sociales; las consecuencias de la guerra franco-prusiana que castigó especialmente a la derrotada Francia; y en el Sur de Italia, una profunda crisis agrícola que condenaba al hambre a miles de trabajadores de la tierra.

Las cifras proporcionadas por Adolfo Vaillant son concluyentes, desde 1867 a 1877 el promedio anual de inmigrantes europeos llegados a nuestras playas ascendió a 17.500 individuos (1) cifra que nunca antes se había alcanzado.

Y bien, en esos sucesivos, crecientes aportes de cerebros, brazos y capitales siempre

estuvo presente, numerosa y predominante la gente italiana. Esa preponderancia se acentúa en la última ola, debido a las causas que impulsaron a salir de sus patrias a tantos miles de personas.

Entonces su aporte, al margen del número fue, como después se verá, el más significativo en muchos otros aspectos.

Ahora bien, las cifras, frías, que nos proporciona Vaillant, con toda su innegable utilidad, no alcanzan para explicar un fenómeno que vamos a considerar en el segundo avance de este trabajo, fenómeno que podemos calificar de verdadera invasión italiana a la Masonería oriental, que eso fue tanto por la cantidad de Logias fundadas por esos inmigrantes, como por el número de sus adeptos, por la también considerable cantidad de ellos que ingresaron en los cuadros lógicos de los talleres ya existentes. Y por el rápido ascenso logrado por muchos de ellos en las jerarquías de la Orden.

Tenía que haber una explicación a esa notable circunstancia y para encontrarla fue preciso recurrir a una fuente poco utilizada, aunque lamentablemente incompleta, muy rica en sugerencias y en detalles reveladores. Se trata de los libros llevados por la Policía de Montevideo en los que se anotaban: los nombres, ocupación y nacionalidad de los pasajeros llegados de ultramar; los pasaportes expedidos, los permisos concedidos para realizar ventas callejeras, los nombres y ocupaciones de los pasajeros alojados en los hoteles de la ciudad y las licencias acordadas para la instalación de negocios.

Los datos allí recogidos proporcionan valiosos elementos de juicio que permitirán acercarnos a una explicación razonable del fenómeno a que me he referido.

En primer lugar pude comprobar que en 1860 (datos de junio a diciembre) el 26% de los pasajeros llegados del exterior eran italianos, y esto es lo remarcable: mayoritariamente esos inmigrantes peninsulares era gente de oficio y comerciantes. Es así que encontramos entre ellos un 33% de artesanos, un 45% de comerciantes y en el resto: un 7,7% declararon ser labradores, un 6% jornaleros, y un 4.5% marinos y un 3.8% sacerdotes y frailes.

Entre los obreros y artesanos encontramos: un calafate, sastres, colchoneros, carpinteros, panaderos, zapateros, hojalateros, confiteros, un fundidor, un preceptor, músicos, artistas, pintores, decoradores, carniceros, albañiles, marmolistas, un "fiorista", cocheros, etc. Y el dato excepcional: dos ingenieros, Cayetano Sive y Luis Dellepiane.

Es preciso retener estos detalles que muestran la predominancia que, en este sector de la inmigración, tuvieron quienes declaraban tener, y la demostrarían, una capacitación específica.

En ese grupo hallamos apellidos que todavía persisten en nuestra sociedad: Podestá, Sacarelo, Sanguinetti, Soriano, Dentone, Rocca, Risso, Delfino, Queirolo, Onetti, Amoretti, Artola, Alciaturi, Bianchi, Barbieri, Buero, Basso, Barbagelata, Falco, Fusco, Cuani, Montaldo, Peirano, Pedemonte, Revello, Ravana, Solari, Sambucetti, etc. (2)

Desafortunadamente faltan los posteriores libros de la policía que se refieren a este rubro. Sin embargo he podido confirmar por distinta vía, la característica señalada. Se trata de los libros de la Jefatura en los que se dejaba constancia de las solicitudes

presentadas para la instalación de negocios; allí se nos ofrece un panorama general de las actividades comerciales, industriales y artesanales a que se dedicaban en Montevideo los orientales y los inmigrantes radicados en la ciudad. (3)

Considerando las cifras que proporcionan esos libros policiales a partir del año 1867, comprobamos que en los once años transcurridos hasta 1877 –año en que ya era muy notable el debilitamiento del empuje inmigratorio–, el porcentaje de italianos que instalan negocios en Montevideo asciende promedialmente a más del 40% del total, superando ampliamente grupo a grupo a los orientales, portugueses y franceses que los siguen en ese orden de importancia.

Ahora bien, si comparamos los porcentajes del período vemos que mientras en 1867 de los negocios abiertos, el 30% corresponde a inmigrantes italianos, en 1876 ese porcentaje llega al 47% y en 1877 al 48%. En cifras totales, de aproximadamente 7.077 negocios instalados en ese lapso, 2.832 pertenecían a italianos.

Me interesa subrayar la apreciable diferencia existente entre el promedio de ingreso de italianos al país entre 1867 y 1877 (30% del total de inmigrantes) y el que corresponde al total de los negocios abiertos por elementos de esa misma nacionalidad en el lapso indicado, 40%; diferencia que se acentuó en los dos últimos años.

Queda así confirmada, en este rubro, la notable singularidad, ya señalada, de la inmigración italiana del período.

Otros libros policiales, los del registro de peones, nos acercan información que exhibe otro aspecto, no menos revelador a los efectos de nuestra pesquisa. En efecto, allí se documenta que para el año 1867, del total de personas que se anotaron como peones, sólo un 28% eran italianos, mientras que los españoles llegan al 68%, correspondiendo el resto a diversas nacionalidades; al año siguiente los peones italianos no alcanzan al 18% del total, en cambio los españoles superan el 80% y en los años posteriores estos últimos van más allá del 98% y los italianos han descendido a menos del 1%. De esa forma comprobamos que, en este que podemos considerar el nivel inferior de la actividad laboral –por ser la de peón una ocupación que cuando se trata de inmigrantes es, en general, desempeñada por aquellos que llegan al país sin una preparación que les permita dedicarse a tareas mejor retribuidas por más calificadas–, los italianos fueron absoluta y decreciente minoría. (4)

Sin dejar de reconocer la importancia que el mayor número de inmigrantes pueda tener en las cifras que nos va a proporcionar la estadística, otro elemento de juicio puede agregarse a los anteriores, demostrando el nivel de capacitación que ostentó aquella inmigración italiana. Se trata de la situación económica adquirida o consolidada por los miembros de esa colectividad al final del lapso considerado, esto es: en los años 1876-1877.

Es Vaillant quien nos proporciona la información: los italianos radicados en Montevideo ocupan el segundo lugar, después de los orientales, en lo que respecta al valor de las propiedades inmuebles del departamento (19 millones de pesos), los siguen los españoles, franceses e ingleses, en ese orden; en cuanto al capital de giro, los italianos

se ubican en tercer lugar (con dos millones de pesos) después de los orientales, ocho millones de pesos y brasileños, dos millones y medio. (5)

Proceso y efectos del ingreso de los italianos en la Masonería oriental

Excedería los límites de este trabajo el referirme a la historia de la Masonería como institución cuyos principios libertarios, igualitarios y fraternales, al ser difundidos por el mundo a partir del segundo decenio del siglo XVIII dieron lugar –aunque sin su directa participación como Institución–, a movimientos que generaron radicales transformaciones políticas y sociales en el seno de la sociedad occidental.

Sí es preciso, como preámbulo a nuestro ingreso al tema específico de este segundo avance, decir algo sobre las primeras manifestaciones de vida de esta Asociación en el territorio de la Banda Oriental.

Es cosa probada que aquí como en el resto de América española la Masonería contó con adeptos (organizados o aislados) al menos desde la mitad del siglo XVIII. En 1751 la Inquisición debió ocuparse del caso del Gobernador de Valdivia, Ambrosio Saes de Bustamante, confeso francmason; en 1763 se detectan las primeras logias instaladas en la zona del Caribe; por ese decenio se asiste en México a los primeros procesos inquisitoriales por el “delito” de francmasonería y en 1772 el Santo Oficio pudo enterarse, en oportunidad del juicio por ella seguido en Lima, contra el cirujano francés Lagrange, acusado de francmason, de que existían en la ciudad virreinal “más de cuarenta farmasones”, que así los llamaba la persona denunciante.

En Montevideo, año 1751, el gobernador de la Plaza, don José Joaquín de Viana, fue sospechado de ser masón y existen indicios de que otros destacados personajes del medio lo eran. De ahí en adelante nuevos indicios señalan como adeptos a la Orden Fraternal a importantes figuras del núcleo dirigente de la colonia. En 1771, durante el segundo gobierno de Viana, llegan a Montevideo algunos cirujanos que usaban en las rúbricas de sus firmas signos masónicos; ellos eran: Eusebio Fabre, Santiago Carsin, Salvador Mondout y Francisco Lamela.

Ese mismo año se encuentra ya en Buenos Aires el cirujano italiano Angel Castelli, –padre del futuro miembro de la Primera Junta Revolucionaria de 1810, Dr. Juan José Castelli–, quien también utilizaba en su firma signos de la Institución.

En 1776, con la expedición militar de don Pedro de Cevallos, llegaron al Río de la Plata Vicente Verdú, Ramón Gómez y Miguel O’Corman, médicos los dos primeros, cirujano el segundo, quienes, por la misma circunstancia de los anteriores, deben haber pertenecido a la Masonería; lo mismo ocurre con el Capitán Francisco Ortega y Monroy, primer Comandante de Resguardo del Río de la Plata, y el piloto portugués Manuel Cipriano de Melo, primer empresario teatral y dueño de la primer sala que en Montevideo se dedicó a ese arte.

A principios del siglo XIX, atraídos por la creciente prosperidad de la ciudad y por la riqueza de su territorio, llegaron a esta ciudad quienes más tarde serían, además de

importantes miembros de la sociabilidad montevideana, destacados elementos de la Masonería organizada: el francés Luis Coddefroy, comerciante, primer cónsul norteamericano en el Río de la Plata, padre adoptivo de Eduardo Acevedo Maturana; el gallego Joaquín de la Sagra y Periz, comerciante, político, alto funcionario judicial de la República Independiente; y Francisco Juanicó, comerciante mahonés, figura prominente en los círculos sociales y masónicos del Río de la Plata.

Otros francmasones actuaron en los años siguientes en el ambiente social y político de la Plaza colonial: Nicolás de Herrera, Lucas José Obes, Prudencio Murguiondo, Gerónimo Pío Bianqui, Joaquín Suárez entre los más connotados.

En 1807 cuando los ingleses ocuparon nuestra ciudad, los miembros de la Logia Nº192 que vino con el regimiento de infantería irlandesa Nº47, protagonizaron la primera manifestación pública de la Masonería, desfilando por las calles del pueblo con sus atuendos rituales. De ese año (18 de julio de 1807) es el primer documento masónico hasta ahora conocido, que se conserva en los archivos de la Masonería local; fue redactado por miembros de la logia británica y en él se certifica el hecho de la iniciación en ese taller del vecino Miguel Furriol.

Muchas noticias y un documento expedido por la logia **Perfeita Amizade** a nombre de Joaquín de la Sagra, así como informaciones testimoniales referentes a la existencia de una logia republicana integrada por militares portugueses; de otra logia, ésta organizada y presidida por Carlos de Alvear en la que trabajaron masónicamente Santiago y Ventura Vázquez y a la Sociedad patriótica, secreta y paramasónica, denominada Caballeros Orientales, todas ellas actuantes en el lapso de la ocupación luso-brasileña, dan prueba de una continuada y activa presencia masónica en nuestra ciudad.

También por esa época, año 1827, se constituyó en Montevideo una Logia integrada por ciudadanos franceses; se denominó **Les Enfants du Nouveau Monde** y la organizaron entre otros Luis Goddefroy, el médico Arnauld y el maestro de florete Mr. Arnaud. Esta logia regularizó su situación en 1842 al ser reconocida por el Gran Oriente de Francia bajo su nueva denominación de **Les Amis de la Patrie**. Fue en ese taller donde “recibió la luz”, en 1844, Giuseppe Garibaldi. En 1845 esa Logia extiende diploma al Dr. Bartolomé Odicini allí figura Jose Massera como 2º vigilante.

El primer italiano que, según los documentos que he podido consultar, figura en el cuadro logístico de un taller oriental, –la logia **Asilo de la Virtud**–, se llamaba Carlos Surin de veintidós años de edad, marino y ostentaba entonces (año 1831) el grado de Maestro de la Orden.

Más tarde, en 1858, se instala y contribuye a la creación del Gran Oriente del Uruguay la Logia **Caridad**, figurando entre sus primeros jerarcas los emigrantes italianos Esteban y Juan Risso, Juan Jose Gallardo, Domingo Sciurano y Santiago Mazzini y en sus cuadros lógicos sus connacionales Luis Capurro y José Cerone.

Ese mismo año se afilia al recién creado Gran Oriente nacional la Logia **Cristóbal Colombo**, de Paysandú, en ella actuaba el italiano Sebastian Berlinger quién en el año

1863 fue electo su Venerable. (6)

En 1858, con motivo de la ceremonia de instalación de la Logia Capitular **Les Amis de la Patrie**, se publicó un folleto que nos entera que en el cuadro jerárquico de ese taller figuraba otro italiano, Pietro Farini. El mismo impreso nos da la noticia de que el médico italiano Bartolomé Odicini, yerno de la Sagra, era por ese tiempo Venerable de la Logia **Unión y Beneficencia** en la que también figuraban sus compatriotas Tomás y Angel Calcagno. (7)

Posteriormente, en 1863, “levanta columnas” la primera Logia integrada casi exclusivamente por inmigrantes de la península itálica. Se trata de la Nº34, **Concordia**, del rito moderno francés; cuyas actas eran redactadas en idioma italiano. Su primer Venerable fue Santiago Mazzini; Antonio de Camilli (tendero) su secretario y Tomás Benvenuto, diputado al Gran Oriente. Integraron sus cuadros: Carlos Carrasco, Luis Remondini, Jose Chapperon, Giuseppe Penco, Mario Isola (farmacéutico), Domingo Capurro (platero), Ambrosio Frábega, Francisco Baselli, Félix A. Servetti, Lorenzo Boeri, Manuel Scanavino, Amílcar Ricci, Luigi Pugliese, Alejandro Bellini, Francisco Rabajoli, Juan Minelli, Antonio Canavero, Juan B. Podestá, Domingo Parodi, todos ellos comerciantes); el médico Juan Testasecca, Rocco Lotufo y Juan Triani (médico) entre los más notorios, ya sea por haber contribuído a la instalación de otros talleres, –caso de Bellini que participó en la instalación de la Logia **Armonía de Mercedes**–, ya por la destacada actuación que a otros les cupo en el seno de la Institución.

En 1864 accede al grupo de dirección del Gran Oriente del Uruguay Santiago Mazzini quien ocupó la Secretaría de la Comisión Simbólica de la Gran Logia, resultaría así ser el primer italiano llamado a ocupar un cargo en el alto cuerpo de la Orden. En 1866 un sector de la Logia **Esperanza**, cuyo Venerable era Joaquín R. Travieso, decide separarse de la obediencia del Gran Oriente del Uruguay y solicitando y obteniendo la protección y el reconocimiento del Gran Oriente de Italia, sede Florencia; ello motivó un largo entredicho entre ambas autoridades masónicas. (8)

A partir de los años setenta se acrecienta, no sólo el número de italianos que ingresa a las Logias uruguayas, donde pronto acceden a los cargos de dirección, sino, también, la cantidad de nuevos Talleres fundados e integrados casi exclusivamente por esos inmigrantes (**I Figli dell'Unitá Italiana, Garibaldi, Liberi Pensatori, Raggione, Verdad Masónica, Reforma, Giordano Bruno, Dovere e Sacrificio, Paz y Esperanza**). Esas Logias dependieron, en los primeros tiempos, del Gran Oriente de Italia, sede Florencia, luego Roma.

Como dije, muy pronto esos nuevos “hermanos” pasaron a integrar, en número significativo, los propios órganos de dirección del Gran Oriente del Uruguay para cuyos cargos resultaron electos (quinquenio 1879-1884) nuestros ya conocidos: Francisco Rabajoli, Grado 30; Jose Cerone, Amílcar Ricci y Lorenzo Boeri, Grado 32 y, asimismo, Aníbal Carini, Guillermo Galli, Enrique Ferrari, Juan Granara, Enrique Pachiarotti, y Vicente Stajano; 10 en un total de 37 jerarcas, es decir un 29.5%.

A ello se debe agregar que por el hecho de ser Venerables de Logias, también

integraron las autoridades del Gran Oriente sus compatriotas: Dr. Juan Trianí, Grado 18 , G. Imperiali, Grado 30; Dr. Lindoro Forteza, Dr. Juan Testasecca, Grado 33, Mario Isola, Grado 30; León M. Morelli, Grado 17; Salvador Ingenieros, Grado 33, padre de José Ingenieros; Nicolás Viacava, Grado 18; Julio Nano, Grado 3; Pablo Varsi, Grado 18; Castruccio Luchetti, Grado 18; Santiago Delfino, Luis Surraco, Dámaso Negrotto y José Magnolfi.

Ya en 1883 en todas las Logias instaladas en el país (33), excepto en la Osiris de San Eugenio (Artigas), figuraban italianos en los cargos directivos. Concretamente voy a referirme a Salto, Paysandú y Mercedes, poblaciones del interior en cuyos talleres se registra el mayor número de miembros de esa nacionalidad.

En Salto, donde la actividad masónica fue muy intensa, se constata en algún momento (1872) la existencia de cuatro Logias: Hiram, Unión, Esperanza 3 y San Juan de la Fe. Allí, en el lapso comprendido entre los años 1872 y 1885 he podido conocer los nombres de 318 afiliados a la Orden Fraternal entre los cuales cuarenta y un italianos y treinta y dos con apellidos de ese origen de cuya nacionalidad no figuran datos en los cuadros lógicos consultados; de cualquier modo el número de italianos o hijos de italianos que trabajaron en los distintos talleres salteños no bajó de 73 personas, un 24% del total.

Por su parte en los cargos de dirección figuraron, entre 1880-1885, 20 italianos entre los cuales: Anibal Crini, Nicolás Viacava, Antonio Rocca, Carlos Forteza, Pablo Luraghi, Nicolás Scarcella, Jose Raffo, José Máspoli, Juan Giambiagi, Alberto Montaldo, Felix Barbieri, Juan Revello, Andrés Castellano, Egidio Invelloni, Vicente Pierri, Domingo Perotti, Pascual y Vicente Florenzano y Domingo Bellagamba. La significación que alcanzó el elemento italiano dentro de la Masonería salteña en el período señalado se refleja en el hecho de que en 1883 de los veintitrés miembros del cuadro dirigente de la Logia Unión catorce pertenecían a esa nacionalidad y al año siguiente eran doce en veintitrés.

En Paysandú, siendo menor el número de masones que he podido registrar para el lapso 1872-1885, en el total de los miembros conocidos es mayor que en Salto el porcentaje de italianos adheridos a la logia Fe de Colón, la única que allí existía. En efecto, en un total de noventa y dos integrantes de sus cuadros lógicos, veintiséis lo eran, lo que representa un 29%. En cambio el porcentaje de italianos que llegaron a ocupar cargos de dirección en el mismo período es menor que el registrado en la ciudad de Salto.

Recién en 1888 figuran entre los dieciocho miembros de la directiva de la logia nueve personas con apellido italiano; en los años anteriores nunca fueron más de tres o cuatro los italianos que accedían anualmente a las jerarquías del taller, entre ellos: Santiago Alberti, Pascual, Santiago y José Colombo, José Bernasconi, José Scarabini, Cecilio D'Alto, Jose Peluffo, Santiago Chappe, Estanislao Péndola, Atilio Guzzetti, Nicolás del Mastro, Pedro Simonelli, Francisco Casola, Alfonso Mautone, Eusebio Salvatello y Angel Luisi.

De la actividad masónica manifestada en Mercedes, —que seguramente comenzó a

mediados de los años cuarenta del siglo pasado cuando muchos "hermanos" porteños buscaron refugio en la hermosa capital de Soriano huyendo de las persecuciones a que Rosas sometía a los disidentes unitarios—, sólo he podido obtener datos completos e incontestables a partir de 1881 año en que se instaló allí la Logia Capitular Armonía. Noticias recogidas por el historiador Manuel Santos Pires (9) se refieren a la anterior existencia de la Logia Luz, dato que en el año 1864 Vaillant (10) confirma agregando que ese taller fue fundado el 23 de mayo de 1862.

Conocemos los cuadros lógicos de Armonía desde los años 1881 a 1888, en los que figuran 127 "hermanos" de los cuales 36 son italianos, casi un 30%; esa misma proporción se mantiene en las autoridades que se renovaban anualmente, 7 en 22.

Entre quienes ocuparon cargos jerárquicos en la Logia mercedaria hallamos a los italianos: Alejandro Bellini, Grado 18, Pedro Beltramo, Grado 7; Luis Vespa, Grado 18, Cayetano Magliano, Grado 18; Luis Ferrari, Grado 14; Antonio Battro, Basilio Chelle, Juan Tomas, Jose Babiloni, Andrés Prego, Nicolás Reffino, Albino Benedetti y Cayetano Bacciadonna, todos Grados 3; Segundo Albertazzi, Grado 10; Blas Solari, Grado 18.

Paso a paso hemos arribado al momento en que llega a su ápice el proceso que, un tanto dramáticamente, he calificado de verdadera invasión italiana a la Masonería uruguaya. En el curso de la exposición hemos podido comprobar el impresionante crescendo que culmina en el año 1882, —cuando las dos más importantes Logias italianas, la Garibaldi y la Raggione, ya habían regularizado su situación acogiéndose a la obediencia del Gran Oriente nacional (24 de mayo y 16 de noviembre de 1881, respectivamente), manifestándose en un ingreso masivo de italianos a esas Logias, especialmente a la Garibaldi cuyos cuadros lógicos superan en esa época los dos centenares de miembros.

También paso a paso, a partir de las comprobaciones efectuadas en el primer tramo de este trabajo, hemos ido acercándonos a una razonable explicación de ese fenómeno que, además de su importancia cuantitativa, significó un cambio cualitativo de gran significación para la Masonería uruguaya; verdadero proceso de democratización de todas sus estructuras. Me explico: hasta el momento en que comienza la afluencia masiva de los inmigrantes italianos a sus filas, la Masonería oriental estaba integrada casi exclusivamente por personas de nivel social destacado: personajes relevantes en el mundo de los negocios, miembros del patriciado, grandes propietarios, profesionales y gente de la milicia eclesial y castrense. Es comprensible que esto fuera así desde que, constituyendo la Masonería una Sociedad que, además de cultivar principios éticos y filosóficos, promovía nuevas ideas de progreso social, el hecho de examinar y adoptar su ideario y comprender sus fines constituía, además de un compromiso, una verdadera aventura del pensamiento por lo que para interesarse en ingresar a sus cuadros, incluso el estar preparado para hacerlo requería —además de otras condiciones exigidas por la propia Institución—, tener cierto grado de instrucción, un determinado nivel de preparación intelectual.

Y bien sabemos que durante el período colonial y aun en los primeros años de nuestra vida independiente una educación superior a la elemental nunca estuvo al alcance de las clases menos pudientes.

Sólo quienes pertenecían a los sectores privilegiados de la sociedad se encontraban en situación de acceder a esa educación y, por consecuencia, sólo ellos estaban capacitados para integrar los cuadros de la Masonería. La situación cambia cuando comienzan a llegar desde Europa los inmigrantes (en nuestro caso italianos) provenientes de centros urbanos, donde la educación popular estaba más adelantada y los obreros, artesanos y la gente de clase media tenían posibilidades de llegar a mejores grados de instrucción. Por otra parte, la mayoría de esos inmigrantes tenía experiencia en las tareas de agremiación laboral y preocupaciones de carácter social, incluso algunos de ellos pudieron haberse iniciado en Europa en los secretos del Arte Real. Así no es de extrañar que aquí se preocuparan de asociarse a una Institución que profesaba y difundía el pensamiento liberal y que, además, tenía para ellos el prestigio de ser aquella a la que notoriamente pertenecía José Garibaldi, su héroe nacional.

Debe, asimismo, haber influido en la decisión de muchos de quienes postularon su ingreso a la Masonería el hecho de encontrarse lejos de su ambiente nativo, separados de sus familiares y amigos, carentes de toda protección; situación que debió hacerles sentir la necesidad de acogerse a una Organización que por humanista y fraterna les podía brindar protección, apoyo solidario y posibilidades de relación.

Creo que de la reunión de todos los factores expuestos surge una explicación muy razonable de por qué tantos inmigrantes italianos ingresaron a la Masonería uruguaya provocando en su seno esa verdadera conmoción transformadora que, como se pudo comprobar, alcanzó a todos sus órganos y le permitió adquirir un auge y una capacidad de acción que contribuyó decisivamente a que el período que estamos considerando haya sido su tiempo de labor más útil y profícuo.

Para clausurar este subcapítulo trataré de ilustrar con algunos ejemplos la afirmación que he venido repitiendo en el curso de mi exposición, esto es, que el aporte más trascendente que hicieron los inmigrantes italianos a la Masonería oriental fue el de contribuir a su democratización, como consecuencia del ingreso a sus filas de un número considerable de personas de clase media, de trabajadores manuales y de artesanos.

En efecto, he podido consultar alguna lista de masones italianos de diversas Logias (**Garibaldi, I Figli dell'Unità Italiana, Raggione, Liberi Pensatori, Caridad, Concordia, Constante Amistad, Decretos de la Providencia**, de Montevideo y otras del Interior y varios cuadros lógicos de diversos talleres masónicos de la época. En total la información recogida incluye a 402 inmigrantes peninsulares de los cuales 187, es decir un 47%, eran trabajadores manuales, artesanos, pequeños comerciantes, etc., incluso obreros como en el caso de Querubino Trombetta, trabajador del puerto, y una de las víctimas fatales del incendio de su Logia, la Garibaldi, ocurrida en 1882.

Por ejemplo, en un documento del año 1881 que incluye nombres, ocupación, nacionalidad y domicilio de 63 miembros de la Logia Hiram de Salto, encontramos 28

italianos de los cuales: dos son sastres, tres chacareros, dos pintores (los hermanos Edmundo y Eriberto Prati); dos mecánicos, tres pequeños comerciantes, dos carpinteros, un relojero, un chauffeur, un cobrador, dos albañiles, dos educationistas, dos barberos, dos empleados; en total 25 personas de modesta condición social. Esa cantidad representa el 40% del total encuestado y el 96% de los componentes del grupo italiano.

Otro ejemplo, nos lo ofrece una lista de 148 "hermanos" italianos pertenecientes a distintas Logias de Montevideo, Tacuarembó, Paysandú, San Eugenio, Colonia y Mercedes. Figuran en ella nombres, nacionalidad, ocupación y taller a que pertenecían esas personas entre las cuales hallamos: trece sastres, ocho albañiles, cuatro profesores de música, varios maestros, empleados de comercio, siete zapateros remendones, hojalateros, carpinteros, seis pintores, peluqueros, barberos, sombrereros, artistas, y, asimismo, trece pequeños comerciantes. En total detectamos en esa lista 73 masones de condición modesta, lo que representa un 50% del total de la nómina. Como ya dije, igual situación encontramos en el resto de la documentación que he podido estudiar. (11)

Los dos objetivos más importantes perseguidos por la Institución Masónica a partir del triunfo, en el siglo XIX, del pensamiento y las propuestas liberales en materia política en el seno de las sociedades occidentales, fueron el de la promoción de la enseñanza laica y popular y el de la secularización de la sociedad y del Estado.

Estos propósitos se concretaron en unas sociedades más pronto y con más facilidad que en otras. En España, por ejemplo, recién pudieron tener principio de aplicación, no sin luchas ardientes, en los años treinta de este siglo durante el período de la Segunda República. Para ese retraso existían allí causas que sintéticamente así expuso una autora hispana: "el esfuerzo secularizador tenía que ser más duro y empeñado que en cualquier otro pueblo; sería tan batallador y cruel como entrañable y entrañada había sido la vinculación española a la Iglesia y a la religión Católica que ella encarnaba", escribió en 1966 María Dolores Gómez Molledo (12). En cambio en nuestra patria, donde en el lapso colonial la Masonería no había sido perseguida, muchas personas adhirieron a la Orden y muchas más simpatizaron con sus ideas y las apoyaron; tanto las clases dirigentes como el resto del pueblo estuvieron preparados para aceptar y facilitar el éxito de aquellos propósitos pese a la tardía oposición que les planteara un corto núcleo de ultramontanos surgido luego de la reinstalación en nuestro medio, en los años cincuenta y, después de la nueva expulsión, a mitad de los sesenta del siglo pasado, de la Compañía de Jesús, tradicional enemiga de la Masonería.

a) Educación popular

Ya desde 1865 la prensa montevideana y la poca que en el Interior se publicaba –cuyos directores y redactores eran, mayoritariamente, miembros de la Institución y los demás, casi sin excepciones, sostenedores del pensamiento liberal–, había comenzado a desarrollar una persistente campaña de preparación de la opinión pública para que ésta comprendiera la necesidad de reformas que reclamaba la educación popular.

De un trabajo que sobre este tema he preparado y que se refiere específicamente a la prensa de la campaña, extraigo una cita tomada del periódico *El Salteño*, fundado en setiembre de 1859 por José de la Hanty, miembro de la Masonería, quien más tarde

llegaría a ocupar altos cargos en la Orden. Su texto sintetiza el pensamiento y los argumentos empleados por todos quienes entonces escribieron sobre la trascendente cuestión cuya solución se proyectaba. El artículo, muy extenso, se publicó el 12 de noviembre de 1865 y en lo sustancial decía: “**La educación es la panacea moral e intelectual de los pueblos. Educar al pueblo por medio de las letras es esterilizar el elemento destructivo de las armas en sus cuestiones intestinas. Educar al niño es formar hombres. Muy pronto esta sociedad experimentará una emoción elocuente de conciencia cuando las puertas del templo de la verdad se abran para recibir en su seno... al ciudadano ávido por el progreso moral e intelectual...**”.

Consideremos que este artículo se publicó en Salto cuando aquel pueblo era el centro logístico de la marina y los ejércitos del Uruguay y el Brasil, empeñados junto con el mitrismo en la nefasta triple Alianza organizada contra Paraguay.

También en Salto, el 30 de abril de este año, la revista *La Semana*, dirigida por Eugenio Braun (hijo), decía: “**La causa de todos los males es la mala educación que ha recibido el pueblo. Hace cincuenta años que la anarquía entrega al país a las hordas del caudillaje. La escuela ha sido mala, la prensa peor, aquella ha enseñado el vicio y el desorden, ésta la división y la guerra.**”

También los “hermanos” italianos apoyaron desde la prensa que controlaban, esa prédica en favor de la educación popular: lo hicieron los hermanos Marella, en 1865, desde *Il Garibaldino*; José E. Pesce, Grado 32 de la Logia Libertad y Unión de Montevideo, desde *El Eco del Maestro*, en 1878; Carlos Sanquírico en 1880, desde *El Clamor Popular* y, más adelante, el Profesor Roberto Savastano, de la Logia Garibaldi, desde *La Colonia Italiana*.

Importa decir que este activo látomo predicó desde esa tribuna un socialismo humanista y fue el primer periodista que en nuestra patria, –al mismo tiempo que desde las columnas de *La Nación* de Buenos Aires lo hacía otro destacado miembro de la Masonería y cónsul de nuestro país en Washington, el cubano José Martí–, alertó sobre los peligros que para los Des Unidos Estados del Sur encerraba la propuesta panamericanista que inauguraba entonces el país hegemónico del Norte. También encontramos a Savastano, en 1883, fundando con otros “hermanos” la *Societá Italiana d'Istruzione Lega Lombarda*, en la que enseñó junto con su Presidente Leon M. Morelli, Grado 18, Logia Concordia; Enrique Baroffio, Logia Garibaldi; José Bacciarino, Grado 32, del mismo taller que el anterior y Juan Bautisto, Grado 32, Logia Concordia.

En 1878, cuando ya estaba pronto el ambiente para llevar a la práctica su proyecto de educación popular y José Pedro Varela exponía públicamente su plan de reforma escolar, la Masonería impulsó y dio todo su apoyo a la creación de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, con el aporte de muchos de sus elementos más representativos: los Lerena, Juan Mac Coll, Vicente Fidel Lopez, José de la Sierra, Moratorio, Alejandro Magariños Cervantes, Possolo, Eduardo Brito del Pino, José Sienra Carranza, Alfredo Vazquez Acevedo, Carlos de Castro, Alcides de María, Luis

Ollivier y aquel que fue el gran abanderado de la empresa y Presidente de la nueva Institución, el Dr. Elbio Fernández quien a su vez fundó y dirigió el centro educacional que lleva su nombre.

En la Sociedad de Amigos de la Educación Popular, ocupando puestos de dirección encontramos una representación de masones italianos: Antonio Gianotti, Logia Garibaldi; Santiago Mazzini, Venerable de la Logia Concordia Lindoro Forteza, también de la Logia Concordia.

Agreguemos que contemporáneamente se crearon en el Interior asociaciones filiales de ésta; también en estos casos la iniciativa correspondió a miembros de la Orden. Al mismo tiempo, a ejemplo de la vieja Escuela Filantrópica de Montevideo, creada en 1859 y sostenida por la Masonería para proporcionar enseñanza gratuita a niños de familias no pudientes, se inauguraron en Paysandú, Tacuarembó, Nueva Palmira, Durazno, San José, Rosario, Cerro Largo, Florida, Rocha, Colonia, Maldonado, Pando, Las Piedras y Colonia Suiza, instituciones similares. (9)

En Salto, a partir de la campaña periodística que ya conocimos y que acompañó **El Eco de los Libres**, redactado por Luis Revuelta, —francmason, que más tarde, ostentando el Grado 30, actuó en la Logia montevideana Sol Oriental—, gente de la Orden Fraternal siguió propugnando por la reforma y expansión de la educación popular. Lo hizo, en 1872, desde las columnas de **La Aspiración Nacional**, el masón español Alejandro Argüelles quien en el acápite definía su publicación como: **Periódico Político, Comercial, Literario y Masónico**. En 1877 prosiguió esa predica Mauricio Semblat, de la Logia Hiram, propietario de **Ecos del Progreso**. En esta publicación, que número a número se ocupaba editorialmente del tema, se reprodujo, el 5 de abril de 1879, una extensa nota tomada de **La Reforma**, diario de Montevideo dirigido por Joaquín Blanquet, donde bajo el título de **La Masonería en pie**, se decía entre otras cosas: “**La obra de reconstrucción y de ensanche va a iniciar la Masonería con los Grandes Dignatarios que van a dirigirla.**

La importancia de esa obra no puede ser materia de dudas, ella se revela en los mismos acontecimientos que se han producido y los que necesariamente se han de producir. En esa obra se encuentra empeñado el porvenir del país que no puede ser juzgado al azar ni librado al abandono. Todos los hombres de ideas liberales, llámense masones o profanos, deben concurrir a ella; los primeros cumpliendo con el deber que les impone la Institución a que pertenezcan, los segundos el de su propia voluntad.

Es un deber eminentemente patriótico el que forma esa comunidad de ideas y de propósitos.

La educación clerical, vaciada en los moldes de la hipocresía, es el germen funesto que mata el sentimiento de la libertad en los pueblos y aun la propia dignidad del hombre y del ciudadano.

De ello nos ofrece numerosos ejemplos la historia de los que se han educado en la escuela clerical, para ser más tarde los maestros de esa misma escuela y formar en ella nuevos adeptos que siguiendo sus tradiciones de absorción y de fanatismo combaten las

ideas liberales. La masonería no puede permanecer impasible ante esa actitud amenazadora y funesta; cumplele combatirla sin tregua con los poderosos elementos de que dispone. Tampoco pueden ser prescindentes a esa actitud quienes, sin pertenecer a la masonería, consagran sus ideas a la causa de la libertad y a los dogmas de la democracia.

... Los ultramontanos, tan autoritarios en imponer su religión, lo son igualmente en los dogmas políticos. Y es natural que lo sean en el segundo para llegar al primero. Ellos combaten el principio de la existencia de todas las religiones positivas dentro del Estado y han pugnado y pugnarán siempre porque sólo prevalezca la católica como única religión del Estado.

Y ésta precisamente va a ser la materia de una cuestión próxima a dilucidarse y resolverse: la revisión de la Constitución de la República... para que el artículo 5 que declara religión del Estado la católica sea revisado para su reforma...”.

Como podemos apreciar en algunos párrafos de esta nota el lenguaje es ríspido, duro, al referirse a la Iglesia romana y sus ultramontanos, pero debemos recordar que ese año el Papa Pio Nono, había descerrajado su Syllabus, tremendo documento medioevalista en que se condenaba no sólo a la Masonería y a sus miembros, sino el pensamiento, las proposiciones y la persona de los liberales y los librepensadores. En el Uruguay un reducido número de ciudadanos educados en un Instituto regido por jesuitas, instalado en Santa Lucía y dirigidos por el Obispo Jacinto Vera (núcleo en que se destacaban Tomás de Yéregui, cura del Cordón, Francisco Bauzá y el joven Juan Zorrilla de San Martín) inspirados y respaldados por el documento papal, combatían acerbamente a la Orden Fraternal, a sus amigos liberales y a la escuela valeriana. Los folletos que en esta línea publicara Monseñor Vera y los artículos de Yeregui y de Zorrilla en *El Bien Público* están plagados de agravios y plenos de intolerancia. La misma actitud, lenguaje y similares argumentos eran utilizados en los sermones que desde algunos púlpitos católicos expelían los curas adheridos a la corriente ultramontana, que, por cierto, no eran todos.

Luego de este necesario ex cursus volvemos a ocuparnos de la actividad que en pro del fomento de la educación popular realizaron los francmasones salteños. Allí, como sabemos, existió desde muy temprano una muy significativa presencia de adherentes a la orden Fraternal que desarrollaron intensa actividad social y cultural en la que el elemento italiano tuvo real protagonismo.

Ya en los primeros años del sexto decenio del siglo pasado, siendo Comandante del departamento el ciudadano don Leandro Gómez, Grado 33 de la Masonería, por iniciativa suya que contó con el apoyo de la Logia local, se fundó una Sociedad Filantrópica con el encargo de administrar una escuela en que se impartiría enseñanza primaria a los hijos de familias de modestos recursos. Esa escuela sigue funcionando en la actualidad y según la tradición, Leandro Gómez enseñó en ella.

En 1879 se inauguró un nuevo local de la Escuela Hiram y por supuesto, los miembros italianos de la Logia Hiram contribuyeron eficazmente al logro de ese avance y al mantenimiento de ese centro educativo; de una lista oficial de contribuyentes

elaborada en 1881 por el maestro italiano, francmason, Napoleón Gentiluomo, que enseñaba y administraba la escuela, encontramos veintiocho italianos en un total de sesenta y tres cotizantes. Por otra parte sabemos que los maestros albañiles que construyeron el nuevo edificio fueron los "hermanos".

Asimismo, la Logia **Unión** abrió escuela gratuita en Salto en el año 1883 y la mantuvo hasta que, años después, se produjo la unificación de los dos talleres. Al mantenimiento de ambas instituciones de enseñanza colaboraron los más notorios jerarcas de las respectivas logias, entre ellos: Nicolás Viacava, Antonio Rocca, Carlos Garrasino, Nicolás Scarella, Francisco Forteza, Juan Giambiagio, Félix Barbieri, Salvador Gallino, Egidio Invelloni, José Raffo, Domingo Perotti, Pascual Florenzano, Domingo Pirotto y los hermanos Prati.

También en Mercedes, donde en 1873 la Masonería propició la creación de una filial de la Sociedad de Amigos de la Educación Popular de la que formaron parte los "hermanos" Francisco Albin, estanciero; José Miguel Díaz Ferreira, periodista; Pedro Alzaga, maestro de varias generaciones de mercedarios; Serafín Rivas Rodríguez, médico español, alto grado de la Orden; Rómulo Chopitea, y los látomos italianos Cayetano Giuzzio, empresario teatral y Antonio Battro, instalado con ferretería y armería.

Posteriormente, en 1882, por iniciativa de miembros de la recién instalada Logia **Armonía**, sucesora de la Logia **Luz**, se creó una Sociedad Protectora de la Educación con el encargo de recolectar fondos para el pago de los sueldos de los maestros del departamento, que se encontraban atrasados en cuatro o cinco meses. En la dirección de esa asociación, acompañando a sus "hermanos" mercedarios, actuaron los italianos Blas Solari, Grado 18 y Albino Benedetti, Inspector de Escuelas del departamento, por entonces afiliado a la Logia de la localidad y a quien, en 1886, encontramos en el cuadro lógico del taller **Decretos de la Providencia**. Entre otros masones italianos que contribuyeron con su actividad y su dinero a estos esfuerzos progresistas encontramos a: Nicolás Reffino, joyero, Porta Espada de la Logia; Alejandro Bellini, comerciante, Grado 18, Primer Diácono de la Logia; Constancio Magliano, Grado 18; Luis Ferrari, comerciante, Grado 14; Segundo Albertazzi, farmacéutico, Grado 10; Luis Vespa, panadero, Grado 18 y Blas Solari, comerciante, Grado 18.

b) Secularización de la sociedad

Sería necesario dedicar mucho más espacio del que dispongo, y sin duda abrumaría a los lectores si decidiera proporcionar una relación exhaustiva de lo hecho en el país por los hombres de la Masonería en el lapso que estudiamos cumpliendo el proyecto de secularización de la sociedad oriental, de su modernización, organizando una nueva sociedad donde sus componentes se reunirán en asociaciones particulares, de acuerdo a sus gustos, intereses e inclinaciones terrenales, sin apartarse por eso de sus convicciones religiosas e independientemente de su participación en las cofradías, archicofradías, congregaciones, compañías, círculos, etc. en que desde la época colonial encuadraba la Iglesia romana a quienes eran sus miembros.

Fueron decenas y decenas, centenares, las sociedades creadas entonces: –las primeras mutualistas, las primeras sociedades dedicadas a la beneficencia o a obras filantrópicas; artísticas, de estudios, recreativas, musicales, teatrales de aficionados, etc. Todas ellas desde los años cuarenta a los ochenta del siglo pasado y todas por iniciativa y con la activa participación de los elementos de la Orden Fraternal.

En 1843, en Montevideo, al impulso de destacados dirigentes de la Institución, –Joaquín de la Sagra y Periz, Santiago Vázquez, Joaquín Suárez y el cura Lorenzo Fernández, entre otros–, se fundó la Sociedad Filantrópica de Damas Orientales, encargada de aliviar los sufrimientos de las víctimas que, en la capital sitiada, cobraba la guerra fratercia que desangraba la patria en único provecho del interés extranjero. Presidió esa benemérita Institución Ana Fragoso de Rivera a quien acompañaron Antonia Agell de Hocquard y Josefa Lamas de Vázquez, esposas de miembros de la Orden Fraternal.

Desde esa Sociedad benéfica hasta la Asociación Liga Industrial fundada en 1879; desde la Sociedad Filantrópica, creada en el año 1857 para atender a las víctimas de la epidemia, hasta la primera Sociedad de Socorros Mutuos que en 1862 se preocupó de organizar a los trabajadores italianos; desde la primera Mutualista de Asistencia Médica (la Española) fundada en el año 1853, hasta la Liga Obrera, primera organización obrera hasta ahora documentada en el interior (Paysandú, 1882), –para poner algunos ejemplos, los más diversos–, todas fueron manifestaciones prácticas de la preocupación y los proyectos de la Masonería uruguaya que así procuraba, por la vía de la iniciativa privada y secular, ayudar a la solución de los problemas del pueblo y empujar el progreso de todas las manifestaciones de la actividad humana.

Dije que sería abrumador referirme a cada una de estas Asociaciones particulares, mencionarlas todas, cuando de lo que aquí se trata es de poner de relieve el aporte hecho por los miembros italianos de la Orden a esa tarea de actualización de la sociedad oriental en que se había empeñado su Institución.

Sin embargo a efectos de tener una idea de la importancia y el volumen de la labor realizada, proporcionaré la lista de algunas de las sociedades cuya instalación he podido estudiar, creadas en Montevideo por iniciativa y con la activa participación de miembros de la Masonería en el lapso que he mencionado: 1843, Sociedad Filantrópica de Damas Orientales; 1856, Comisión de Caridad y Asistencia Pública de Señoras; 1857, Sociedad Filantrópica; 1853, Sociedad Española Primera de Socorros Mutuos; 1862, Societá di Mutuo Soccorso degli operai italiani; 1866, Asociación Fraternidad; 1868, Sociedad de Amigos de la Educación Popular; 1868, Societá Italiana di Mutuo Soccorso di Montevideo; 1869, Club Fraternidad, social y cultural; 1871, Sociedad Francesa de beneficencia; 1876, Club Libertad de Montevideo; 1878, Societá Patriótica Liberal Ticinese; 1878, Sociedad de Socorros Mutuos del Magisterio; 1878, Ateneo de Montevideo; 1878, Parva Domus Magna Quies, sociedad recreativa; 1880, Societá Italiana di Mutuo Soccorso Circolo Napolitano, artística insegnante; 1879, Asociación Liga Industrial; 1881, Sociedad de Socorros Mutuos Unión de Pocitos; 1881, Centro

Gallego; Sociedad Victoria Hall, (inglesa) cultural; 1883, Lega Lombarda; 1883, Club Unión; 1884, Liga Liberal; 1885, Sociedad portuguesa de Socorros Mutuos; 1885, Societá operaia di Mutuo Soccorso, Massaniello, etc.

Vamos a conocer ahora cuál fue el grado de participación que tuvieron los látomos italianos en la creación y funcionamiento de algunas de esas agrupaciones.

Como ya se dijo, en 1862, mes de agosto, los masones italianos aparecen organizando la primera asociación que en el país se ocupó de proteger y agrupar a los trabajadores, en este caso a los trabajadores de su misma nacionalidad. Se trata de la Societá di Mutuo Soccorso degli Operai Italiani en cuya primera directiva figuraron: Tomás Benvenuto (**Logia Concordia**) Presidente; y en otros cargos: Santiago Mazzini (**Caridad**), Dr. Pietro Ricaldoni (**Concordia**) y Mario Isola (**Concordia**).

El 1º de noviembre de 1881 se funda la Sociedad de Socorros Mutuos, Unión de Pocitos; la preside don Santiago Polleri (**Logia Concordia**) y lo acompaña en la Directiva Guillermo Tarditti (**Concordia**).

En 1873 se crea la Casa Italiana del Rimpatrio, ocupada en facilitar la repatriación de aquellos italianos que por diversas circunstancias necesitaban ayuda para regresar a sus lares; integran la primera Comisión Directiva: Domizio Lostreto y Luigi Podestá de la Logia **Fe**, Gustavo Guani de la **Garibaldi** y Luigi Rosello de la **Concordia**.

En 1878 se crea el Ateneo de Montevideo; entre sus fundadores encontramos los nombres de Antonio de Piaggio, los hermanos Felipone, Mario Isola, Lombardini, miembros italianos de la Masonería.

El 25 de agosto de 1878 se funda la Parva Domus Magna Quiës, sociedad recreativa, entre los numerosos masones de apellido italiano que figuran entre sus fundadores reconocemos como masones nacidos en Italia a José Achinelli (**Logia Concordia**), Angel Achinelli (**Concordia**), Santiago Barbieri (**Concordia**), José Tavolara (**Concordia**), Gerónimo Pittamiglio (**Fe**), y Eduardo Surraco (**Concordia**).

En 1879 se funda la asociación Liga Industrial cuyo logotipo muestra uno de los más importantes símbolos de la Masonería, la colmena rodeada de abejas en actividad, allí junto a varios otros “hermanos” orientales, al francés Lasnier y al alemán Godel (**Logia Les amis de la Patrie**) figuran los italianos: Santiago Cianello, Vice Presidente, Logia **Garibaldi**, antes había actuado en la Logia **I Figli dell’unità Italiana**), Francisco Ossola, Luigi Podestá y Luigi Diveri.

En 1883 se funda la Societá Italiana d’Istruzione Lega Lombarda, la preside León M. Morelli (**Logia Concordia**, antes afiliado a la Logia **I Figli dell’unità Italiana**, Grado 18); lo acompañan los profesores: Roberto Savastano (**Garibaldi**); Enrique Baroffio (**Garibaldi**), José Bacciarini (Grado 32, **Garibaldi**) y Juan Batisti (Grado 32, **Concordia**).

En 1885 se funda la Societá Operaia Italiana di Mutuo Soccorso, la fundan e integran su primera Directiva: el profesor Roque Lotuffo (Grado 30, **Logia Garibaldi**) como Presidente; lo acompañan: Federico Zampini (Grado 3, **Logia Garibaldi**) y Francisco Bellini (**Garibaldi**).

Todo eso en Montevideo, pero también en las principales localidades del Interior de la República, donde el Gran Oriente del Uruguay contaba con talleres de su obediencia, sus adeptos trabajaron en el mismo sentido y con iguales exitosos resultados.

Sólo he de referirme a todo lo ocurrido en Salto en 1865 y 1885 y, complementariamente, podré proporcionar detalles aislados respecto a lo que ocurrió en otras localidades cuya investigación aún no pude completar.

En la capital litoraleña ya en 1865 los masones italianos fundaron la primera sociedad laica del Interior; la denominaron Unione e Benevolenza que aún hoy, a casi un siglo y cuarto de su creación, continúa prestando su concurso al progreso de la sociedad salteña. Fueron sus fundadores y destacados miembros de sucesivas comisiones directivas: Nicolás Scarella, rematador; Vicente Pierri, sastre; Antonio Rocca, agricultor y comerciante; Carlos Garrasino, relojero; Nicolás Viacava, comerciante; Luigi Gallino, abastecedor de carne; Manuel Preve, Giuseppe Gianbiagio, panadero; Felice Barbieri, Andrés Castellanos, barraquero, y Salvatore Gallino, comerciante.

Pero fue en 1872 cuando comenzó el gran empuje secularizador que en el curso de los años que estudiamos llevó a la creación en aquella localidad norteña, de 23 asociaciones particulares de la más diversa índole; en todas, excepto una, de cuyos creadores no he podido conocer los nombres, tuvieron participación fundadora los elementos masónicos de nacionalidad italiana.

Las informaciones que puedo proporcionar las he recogido de los periódicos: **La Aspiración Nacional**, **El Progreso**, **Ecos del Progreso** y **La Voz del Norte**, dirigidos todos ellos por miembros de las logias actuantes en Salto: el ciudadano español Alejandro Argüelles (Tubal) dirigía el primero; el español José Oscariz, el segundo; el tercero, Mauricio Semblat y el cuarto, Luis Dominguez quien luego figuraría en los cuadros lógicos del taller Fe de Montevideo), y el bisemanario **El Deber** de predica liberal, dirigido por el procurador Juan Carlos Gómez Alzaga y Julio Castillo.

En **La Aspiración Nacional**, Tubal inicia en julio de 1872 una predica en pro de la creación de sociedades laicas; en efecto, el 12 de ese mes en una extensa nota editorial sobre la necesidad de que la ciudadanía se organizara en clubes o sociedades, leemos: "...un club es uno de los nervios del cuerpo social, un auxiliar para que se cumpla el designio o la voluntad del Progreso...". En otro editorial de ese mes, mientras se preparaba la creación del Club Cosmopolita, y bajo el título **Las Asociaciones morales y progresistas**, decía: "...al levantarse la bandera que bajo el nombre de Club Cosmopolista ha desplegado el periódico **La Aspiración Nacional** en el N°27, no es posible dudar que bajo su nombre se ha de enrolar todo lo honorable, todo lo ilustrado y todo lo que es progresista del departamento y que tanto honra a la sociedad salteña...". La idea se concretó a fines de ese mes de julio y entre los fundadores de esa sociedad Cultural encontramos a los italianos: Antonio Rocca, los Viacava y Nicolás Scarella. Ese mismo año se fundó el Casino Comercial y Recreativo, en su primer directiva aparecen: Nicolás Viacava, Vice Presidente; Tesorero, Alberto Montaldo y como Vocales: Antonio Rocca y Nicolás Scarella todos ellos miembros de

la orden Fraternal. También en 1878 se creó la sociedad cultural Los Uruguayos, social, musical y teatral, en la primera directiva figuraron entre otros "hermanos" los italianos Juan C. Forteza y Francisco Montaldo; en 1884 se fundó la Sociedad Cosmopolita de Socorros Mutuos, en su primera Comisión figuran: Francisco y Juan Forteza; en 1877 se funda la Sociedad de Socorros Mutuos de los sastres, el masón italiano Vicente Pierri fue su primer Presidente; en 1880 se elige la Comisión Organizadora encargada de los trámites para la erección del edificio del Teatro Larrañaga, aun hoy orgullo de los salteños; como en todos los casos entre los numerosos "hermanos" de diversas nacionalidades que asisten a la primera reunión y entre los que, asimismo, integran esa Comisión encontramos a Francisco Caracciolo, Nicolás Viacava, Carlos Garrasino, Andrés Sanguinetti, Antonio Rocca y Bartolomé Caballero; en 1881 se crea la Comisión Fundadora del Hipódromo que integran Francisco Forteza, Bartolomé Caballero y Francisco Montaldo; en 1882 se fundó la Sociedad Siamo Diversi, social, musical y teatral: Alberto Montaldo, Andrés Castellanos, Vicente Pierri, Luigi Gallino, Manuel Preve, Andrés Sanguinetti, Antonio Rocca, Nicolás Scarella y Felice Barbieri figuran en su primera Directiva; el mismo año se crea la Comisión de Caridad y Beneficencia en la que encontramos a Bartolomé Caballero y Carlos Garrasino; también en 1882 se funda la Sociedad Amigos del Saber, con el cometido de organizar lecturas semanales y conferencias, don Eduardo Forteza es elegido miembro de su primera Directiva; en 1884 inicia sus actividades otra sociedad recreativa y cultural denominada La Hormiga encontrándose en el grupo de fundadores y primeros directivos don Alberto Montaldo, Carlos Garrasino y Nicolás Scarella.

En Paysandú, donde no he podido finalizar mi investigación, sí he podido comprobar que entre los fundadores de las doce asociaciones particulares encuestadas se encuentran numerosos miembros de la Logia Fe de Colón quienes también ocuparon los principales cargos de sus primeras Directivas. Como en todas partes: Sociedades de Socorros Mutuos, recreativas, culturales de todo tipo, el Ateneo Comercial, etc. creadas entre 1872 a 1885 tuvieron a su frente, a quienes sin duda fueron los más activos miembros de aquel taller ya que sus nombres se repiten en casi todas: Juan J. Megget, Setembrino Pereda, periodista; José Debali, músico; Benjamín Quijano, agente marítimo; Mariano Comas, librero y los italianos; Angel Luisi, contador público y cónsul de su país; Alfonso Mautone, fotógrafo; los hermanos Casola, carpinteros; Atilio Guzetti, comerciante.

Pero lo más destacable de esa actividad pionera desarrollada por los látomos sanduceros fue su participación en la fundación, en 1882, de la primera organización obrera, perfectamente documentada, del interior de la República: la Liga Obrera que desde su fundación reunió a más de doscientos trabajadores de los saladeros, molinos y barracas ubicados en la localidad y su zona de influencia. En trabajos publicados en la revista HOY ES HISTORIA (13) me he referido detalladamente a esa sociedad que además de dedicarse a atender las cuestiones específicas que preocupaban a sus afiliados (salario, horas y condiciones de trabajo, etc.) se interesó por su salud, su educación y la

de sus familiares y por elevar su nivel cultural organizando periódicamente charlas y conferencias.

Propusieron la idea y alentaron en todo momento esta empresa los periódicos *El Progreso*, cuyo redactor era el cónsul italiano don Angel Luisi, padre de las destacadas pioneras del feminismo en nuestra patria: Clotilde, primera abogada; Paulina, primera médica y Luisa, que se destacó en el terreno de la poesía; *El Pueblo*, cuyo redactor era Setembrino Pereda, miembro de la Logia, *El Paysandú* que dirigía otro "hermano", el estanciero Servando H. Mendoza y *El Pueblo de Paysandú*, dirigido por otro francmason, Justo P. Correa. Desde su fundación participaron en las actividades organizativas e integraron sucesivas Comisiones los masones italianos Atilio Guzzetti, con despacho de bebidas refrescantes; Tomás Pomar, comerciante; Santiago Colombo, almacenero; Luis Trucco, sastre y Lorenzo Casola, carpintero.

Ese mismo año se fundó la Nueva Sociedad Italiana, cuya primera Directiva integraron los masones italianos: Angel Luisi y Felipe Scola.

Tampoco he podido completar el estudio del tema que nos ocupa en relación con lo ocurrido en Mercedes donde sólo he consultado hasta ahora los periódicos allí publicados desde el año 1869 a 1873. Precisamente en los que aparecieron en los años 1872 y 1873: *La Regeneración*, dirigido por Bernardino Echeverría y *El Sol*, cuyo director era José Miguel Díaz Ferreira, ambos masones, he encontrado alguna información que no sólo es coincidente con lo ya revelado en los casos precedentemente examinados sino que, tomando en cuenta que en esos mismos años es cuando en Salto y Paysandú se inicia el gran impulso secularizador, podemos suponer que esa coincidencia sea índice de una actividad concertada para comenzar simultáneamente en esa fecha la actividad secularizadora.

En efecto, el primero de enero de 1872 aparece el primer número de *El Sol* y desde esa entrega se abre una predica editorial, constante, en pro de la educación popular y de la creación de asociaciones particulares del tipo de las que venimos conociendo. En su edición del domingo 14 bajo el título *Un centro de reunión*, se lanza la idea de: "... la necesidad de un centro donde se reúnan los hombres de algunas luces y de donde más tarde surjan grandes mejoras para el Departamento... a última hora hemos sabido que se trata de dar forma a la idea apuntada por nosotros y que parece pronto será un hecho...".

Y en la entrega siguiente, jueves 18, informa: "Se invita a los señores que se han asociado al pensamiento de formar un 'club' o Casino; a la reunión que tendrá lugar en el teatro, el domingo 21 del corriente a las 5 y 1/2 de la tarde con objeto de nombrar la Comisión". La Comisión fue, efectivamente nombrada en esa reunión y en ella figuraron: Presidente, David A. Silveira, Vice, Dr. Serafín Rivas Rodríguez, Secretario, José Miguel Díaz Ferreira, Vocal, Lisandro A. Silveira y Dr. Eduardo Brugulat, Juan H. Soumestre, Enrique Reffino, todos ellos miembros de la Logia local. En octubre de ese año don Fernando Alzola, músico, promueve junto con otros aficionados la fundación de la Sociedad Filarmónica La Lira; Alzola ostentaba el Grado

18 de la Institución Fraternal. Al año siguiente se crea la Comisión de Salubridad por iniciativa del Dr. Serafín Rivas Rodríguez, quien es elegido Presidente, lo acompañan los "hermanos" Francisco A. Albin y J. Miguel Díaz Ferreira. Años más tarde se funda, también por iniciativa y con mayoritaria participación de los elementos de la Logia local, el Club Progreso, en cuyas sucesivas Directivas encontramos junto con otros "hermanos" a los italianos: Blas Solari, Albino Benedetti, Pedro Beltramo y Vicente Ducatelli. A mediados de los años ochenta los masones peninsulares promovieron la creación de la Sociedad Italiana di Mutua Protezione figurando en su primera Directiva: Luis Ferrari, Blas Solari, Antonio Battro, Nicolás Reffino y Albino Benedetti.

Por su parte, otro miembro de la Logia, José Bibiloni, Grado 3, fundó en 1880 la Sociedad de Ocaristas.

CONCLUYENDO

He ofrecido en la última parte de este subcapítulo noticias que, aunque fragmentarias, nos proporcionan una idea de lo que fue, también en toda la campaña oriental (porque de las demás localidades del Interior he recogido informaciones parciales coincidentes); de lo que significó la actividad constructora y transformadora de la gente asociada a la Orden Fraternal. He destacado, porque ese era el tema específico propuesto, lo que en esa empresa pusieron de su parte los "hermanos" italianos; múltiple, constante y valioso aporte a la obra proyectada y realizada. Tarea de arquitectura social encaminada a construir con lo autóctono, —gente afincada e inquietudes que venían de las raíces de lo oriental—, y con lo que del exterior llegaba, —hombres e inquietudes nuevas—, una renovada sociedad. Injerto vitalísimo resultante de agregar al viejo tronco ramas nuevas que perfeccionaron el fruto, fue como un penetrar de más aire y sol pleno en un ambiente cerrado, sin afectar las esencias. Larga y plausible labor de prédica y acción removedoras que posibilitó iniciar en el país una etapa de superación de un tiempo en que (entre otras causas la más perturbadora) la presencia dispersiva de los caudillejos militares de los pagos obstaba a la plena vigencia de la Constitución y la ley, al progreso y a la unidad nacional.

También, por supuesto, y ello estaba presente en el proyecto de la Masonería—, se creó una opinión pública propicia a la secularización del Estado, tarea ya iniciada durante el gobierno de Berro con la secularización de los cementerios, proseguida por Latorre con la creación del Registro Civil; continuada, durante la Presidencia de Santos, por obra del Ministro de Gobierno doctor Carlos de Castro, —eminente figura directora del Gran Oriente del Uruguay—, con la aprobación de la ley de Matrimonio Civil y culminada, recién a principios de este siglo, con la separación de la Iglesia y el Estado; avance éste tan combatido en su tiempo por la entonces Iglesia Oficial y después reconocido por ella como un acontecimiento beneficioso: su independencia del poder civil.

NOTAS

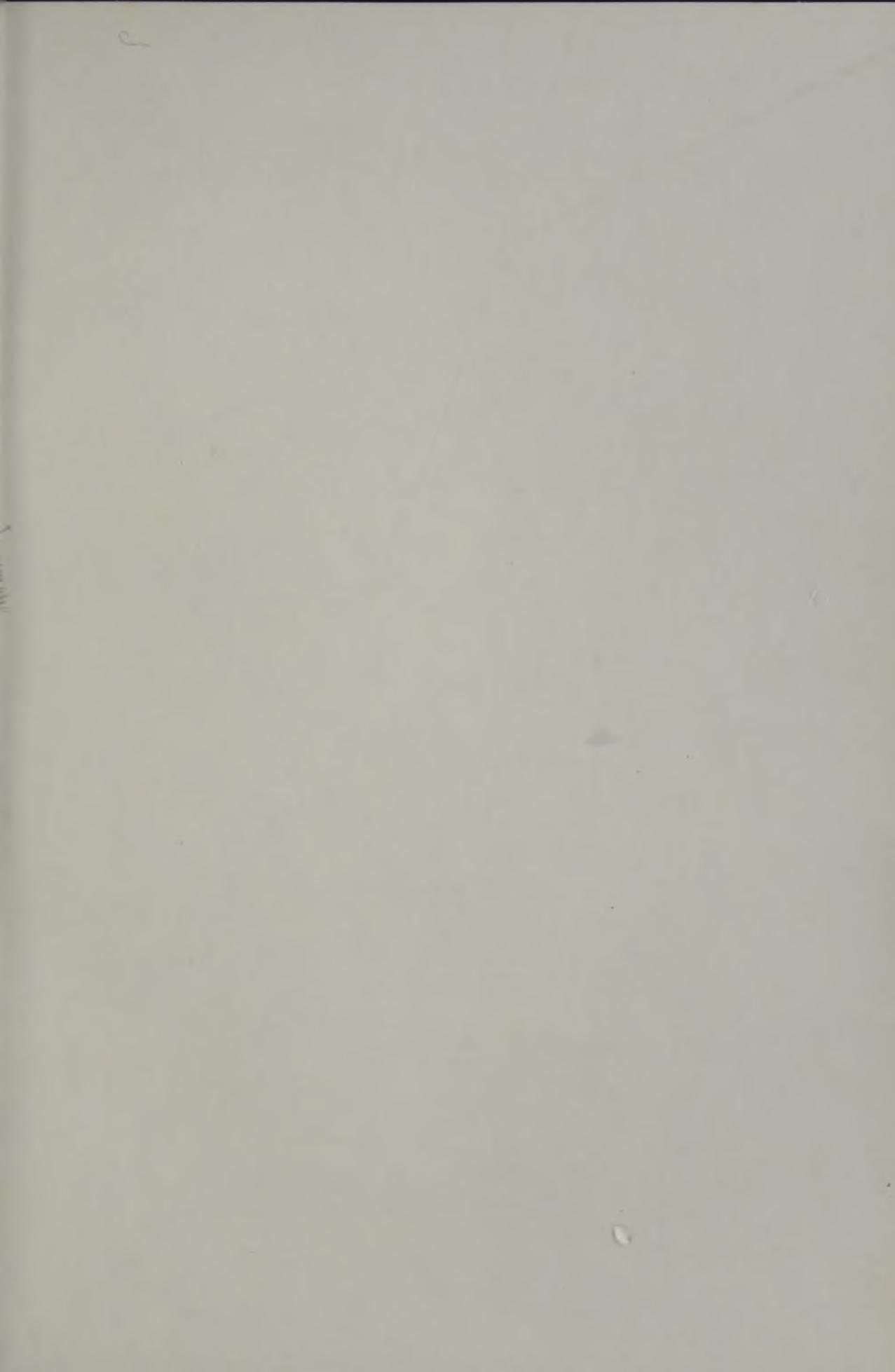
- 1) Dirección General de Estadística de la Rep. Oriental del Uruguay, años 1872-1884.
- 2) Archivo Gral. de la Nación, Historia de la Administración, L. 1025. Entrada de pasajeros de ultramar.
- 3) Archivo Gral. de la Nación, Historia de la Administración, L. 1065. Permisos para la instalación de negocios.
- 4) Archivo Gral. de la Nación, Historia de la Administración, L. 1022. Registro de peones y changadores.
- 5) Dirección General de Estadística de la Rep. Oriental del Uruguay, años 1872-1884, Cuaderno 8 p.24.
- 6) Calendario Masónico para el año 1864, de Adolfo Vaillant. Montevideo 1864.
- 7) Installation du Chapitre Les amis de la Patrie (Folleto), 1858, Montevideo.
- 8) Folleto en que publican los documentos relativos a la gestión encomendada a Bartolomé Odicini ante el Gran Oriente de Italia (residente en Florencia) por la cuestión de la Logia Esperanza. Montevideo, 1868.
- 9) Manuel Santos Pires, Historia del edificio de la Logia Armonía de Mercedes. HOY ES HISTORIA, Nº21, pp. 91-99.
- 10) Calendario Masónico para el año 1864, citado supra.
- 11) Conservo en mi archivo las fotocopias de las listas y los cuadros lógicos aludidos.
- 12) Pedro F. Alvarez Lázaro, Masonería y Librepensamiento en la España de la Restauración, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1985, p.29, n.54.
- 13) Alfonso Fernández Cabrelli, Las primeras organizaciones obreras del Interior, HOY ES HISTORIA, Nº1, Diciembre 1983-enero 1984, pp. 21-30. Primeras organizaciones obreras en el Uruguay, HOY ES HISTORIA, Nº22, julio-agosto 1987, pp. 35-43.

INDICE

	Pág.
- EDITORIAL	4
- 150 AÑOS DE LA REPUBLICA DE SANTA CATARINA	7
- LA HERENCIA DE GARIBALDI EN EL PLATA Prof. Dra. Luce Fabbri Cressatti	9
- EL ESPIRITU DEL RISORGIMENTO Carlos Novello	25
- SEMBLANZA DE MELCHOR PACHECO Y OBES Prof. Flavio A. García	29
- SENS D'UN ITINERAIRE Prof. Marie-Jean Vinciguerra Inspector General de la Educación Nacional de Francia	44
- LOS COMPAÑEROS DE GARIBALDI: JESSIE WHITE MARIO Prof. Acad. Dr. Guido Zannier	50
- ITALIANI DELL'URUGUAY ED URUGUAYANI ALLA DIFESA DI ROMA Prof. Salvatore Candido	64
- LOS PINTORES DEL RISORGIMENTO: I MACCHIAIOLI Carlos Novello	73
- UN PRETE REBELLE: L' ABBE SEMIDEI Prof. Marie-Jean VInciguerra	85
- PARTICIPACION DE LOS MASONES ITALIANOS EN LA TRANSFORMACION DE LA SOCIEDAD ORIENTAL Dr. Alfonso Fernández Cabrelli	89

ÍNDICE





✓